

CULTURA URBANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

MIGRACIÓN

IRMA PINEDA • LAURA CASTELLANOS • ÓSCAR DE LA BORBOLLA • DRUSILA TORRES
JESÚS VÁZQUEZ • IMANOL CANEYADA • ALBERTO CASTRO LEÑERO • JOSÉ JAVIER VILLARREAL
SALVADOR GALLARDO CABRERA • CARMEN ROS • JOSÉ LUNA • TADEO GONZÁLEZ

CULTURA URBANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Nada humano me es ajeno

RECTORÍA

Juan Carlos Aguilar Franco

SECRETARÍA GENERAL

Ernesto Guijosa Hernández

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Jorge Rubio Hernández

PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

CULTURA URBANA • REVISTA DE LA UACM

EDITORIA

Rowena Bali

DISEÑO

Juan Pablo de la Colina

CONSEJO DE REDACCIÓN

José María Espinasa, Rogelio Cuéllar, Gabriel Macotela, Magali Tercero, Bily López, Jorge Serrato, Lázaro Tello, Ernesto Aréchiga, Ana Clavel, Rosa Beltrán, Ana García Bergua, Bárbara Jacobs, Mónica Lavín y Emiliano Pérez Cruz.

NUEVO COMITÉ EDITORIAL

Alejandra Rivera, Alejandro Montes, Carina Víquez, Fanny Morán, Frida Páez, José Luna, Luis Ángel Ortiz, Mariano Marcos Andrade.

CULTURA URBANA, nueva época, año 6, núm. 96, enero-marzo, 2026, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), a través de la Coordinación de Difusión Cultural y Extensión Universitaria. Dr. García Diego, 170, col. Doctores, del. Cuauhtémoc, México, D.F., c.p. 06720, tel. 11070280 ext. 18223, www.uacm.edu.mx Editora responsable: Rowena Bali. Reservas de Derecho al Uso Exclusivo en trámite, ISSN: en trámite. Impresa en el taller de la UACM: San Lorenzo 290, esquina Roberto Gayol, col. Del Valle, alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México. C.P. 03100.

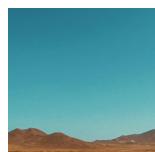
CULTURA URBANA invita a los miembros de la comunidad de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y a los lectores en general a enviar a la redacción colaboraciones y comentarios. Asimismo, se reserva el derecho de elegir el material que publicará en sus páginas. Oficinas: Centro Cultural Casa Talavera. Talavera 20, col. Centro, alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06090, Ciudad de México, CDMX. Correos: cultura.urbana@uacm.edu.mx y rowena.bali@uacm.edu.mx



Luis Cortés



Estudio Miktlán



Tom Swinnen



Mikhail Nilov



Derwin Edwards

Colectivo "F"

Alfredo Estrella

Antonio Nava

Guillermo Arias

Marco Ugarte

Isabel Mateos

Víctor Galindo

Keith Dannemiller

Jaime Anzures

Nayeli Cruz

Arturo Lara R.

Luis Gutiérrez M.

Javier Lira

Azz Rodríguez

Jakie Muniello-Guzmán

Jesús Quintanar

Arturo Ramos

Cristian Palma

Jesse Meireles

Víctor Mendiola

Alfredo Saldívar Sánchez

Isaías Hernández

Francisco Villeda Marañón

José Luna

Raúl Vera

Jorge Carballo

Octavio Nava

Alfredo Domínguez

Jesús Hernández

Hericka Martínez P.

Jamine Ávalos

Octavio Hoyos

Edgar Silva Fuentes S.

Quetzali Blanco

GALERÍA DE AUTOR

Alberto Castro Leñero

Los muros eternos



MIGRACIÓN

4 Poemas
Irma Pineda
José Javier Villarreal
Tadeo González

31 Un nuevo fantasma recorre el mundo
Óscar de la Borbolla

35 Crónica del retorno
Drusila Torres

42 Resonar la migración: bases y metodología para la realización del documental
Caminos Sonoros, música que cruza fronteras
Jesús Vázquez

49 El chucrut provoca gases
Imanol Caneyada

85 Alberto Castro Leñero: Desplazamiento. La grieta en el muro
Salvador Gallardo Cabrera

95 Pasaporte a Saturno
Carmen Ros

99 Pujol, el artista
Itinerarios: México, la música y la pintura.
Tonatiuh Gallardo Núñez

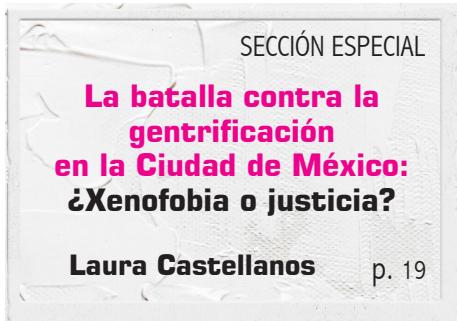
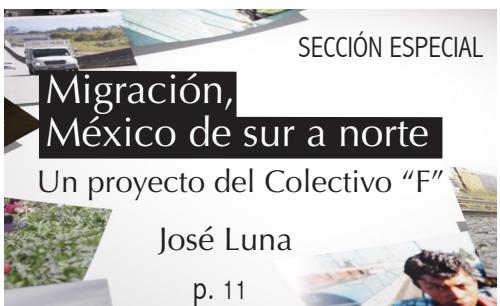
56 Trayectorias Uacemitas
Entrevista a Perla Santos
Fanny Morán

88 Música de la ciudad
Neue Strassen
Irad León

105 Modos de ser chilango
El Quijote de Azcapotzalco
Carina Víquez

109 Narrar la ciudad
Distopía
Alejandro Montes

113 Librario
Alejandra García



Poemas

Irma Pineda

Sica ti guie'

Ti bi nanda caguiñe ladxidua'
ca xpine' ca ni bedaniá'
ma qui zabiguetaca'

Guirá ni guni' xcaandacabe
guendariatinisa gudiñentaa laaca'
lu ca neza bidxi ca

Qui ñanda ninaaze' nácabé
qui ñanda nixubeyua' ñeecabé
ti nizarucabé neca sti ndaa neza
ni nudxigueta' laacabé xquidxinu
ti niguiabacabé ra xpa' binnlidxicabé
ne qui ñaanacabé sica ti dxu ni biaba ratiicasí
guiruti' ñanna tu la'

Xiru ndi gune' ya'
ni si guuna' ra guini' íque laacabé
ne xpinnicabé ni cabeza
guibiguetacabé ne guendanayeche'
ti gudxibacabé laa ra ñaa

Xindi guinié neza lu ca binni ca yanna
xi zanda gune' ti qui guiuuba' laacabé
ca gue'tu' di ya

Neca nisa ni ruuna' di' niquiñé
ti nuguu gudxa layú
ti ñanda lu sti bieque
sica ti guie' guendanabani ñaleru'

Como una flor

Un helado viento golpea mi corazón
aquellos con los que vine
no volverán

Todos sus sueños
fueron azotados por la sed
sobre los áridos caminos

No pude sostener sus manos
no pude arrastrar sus pies
y hacerlos avanzar un poco más
hacia el camino de nuestro pueblo
Para llegar a la tumba de sus muertos
y no caer en cualquier sitio como extraños
de los que nadie supo el nombre

Pero qué puedo hacer ahora
más que llorar al recordarlos
y recordar a quienes esperan
que ellos vuelvan con la alegría
que habrían de sembrar en la tierra

Qué puedo decir frente a los suyos
qué puedo hacer para que no duelan
estos muertos

Si al menos mis lágrimas sirvieran
para humedecer los campos
y hacer que de nuevo
como una flor se abra la vida

Tu laadu

Tu laadu

Laadu

yanna ma gadxé si laadu

Paraa biaana lidxidu

paraa zé riuunda stidu

ma zitu nga biaana ridxi yaya sti' xahui

ma biaanda guendanayeche' sti" ca guie'

ni ruzaani' lu xtaani' jñaa

ca xiiñe' ma qui zucaadiagaca' diidxa'

ni biele' ndaani' ruua bixhoze'

ma bigani ca dxi guca' xcuidi

rutuila' naa nuua gaca' stobi

nisi ridxi raca ndaani' ti guidxi ro' nga riudiaga'

ne tini sti' ca dxi ca

Bisiaandalu xa lá

ni bisibani laanu

nácani yanna ti bandá' nuua guxiaya'

Tu laadu yanna

laadu

cani gucala'dxinu stobi nga ñacadu?

Quiénes somos

Quiénes somos
nosotros
los que ahora parecemos otros
Dónde quedó nuestra casa
adónde se han marchado nuestros cantos
lejos quedaron los alborotados gritos de la urraca
en el olvido está la alegría de las flores
que iluminan los huipiles de mi madre
mis hijos no escucharán las historias
que nacieron de la boca de mi padre
los días de mi infancia guardan silencio
frente a la vergüenza de sentirme otro
no se oye más que el rumor de la ciudad
los días oxidados
Hemos olvidado el nombre
que nos dio origen
esa sombra que borrar quisiera
¿Quiénes somos ahora
nosotros
los que un día quisimos ser como los otros? ☰

Del libro: *Xilase qui rié di' sicasi rié nisa guíigu' – La nostalgia no se marcha como el agua de los ríos*. ELIAC, 2007.

José Javier Villarreal

Bahía de San Diego

Santee es un condado de San Diego que está ubicado al este, muy cerca de El Cajón.

Colinda con las montañas rumbo a la salida que desemboca al *free way* que lleva a Al Pine, a Morena Lake, y se pierde en la resolana y en los espejismos que se multiplican a lo largo del Valle Imperial.

Pero volviendo al oeste, rumbo a la costa, muy cerca de la bahía, se encuentra el centro de la ciudad, y en él, un jardín donde florecen los museos, las salitas de exposiciones, los restaurantes de comidas exóticas: el parque Balboa. Hay rincones, en este extenso jardín, donde los vientos trazan corrientes, caminos de aire que, asemejando corrientes submarinas, inauguran puertas y senderos que se pierden entre las ramas, entre los cuerpos de los paseantes.

Frente al aeropuerto, por la lateral que te lleva a Los Ángeles, hay una pequeña tienda de sombreros que visité en 2019.

También, por la 24 del centro, hace muchísimos años, vivía Robert L. Jones.

El poeta norteamericano que decía traducir a José Carlos Becerra.

Hace tantísimos años, a unas cuadras de la estación de autobuses, se encontraba un impresionante edificio que daba cobijo a la tienda Lyons.

Pero ésta ya no existe. Tal vez, el edificio siga en pie.

Un poco más lejos, a unas cuadras de la calle Washington, está el hospital Mercy.

Mis tíos abuelas vivían muy cerca, y los domingos, no todos, pero sí algunos,  fuimos a desayunar al Pancake house.

Lola, la esposa de Sándor Márai estuvo internada varias semanas en dicho hospital.

A principios de 2020, en enero, fuimos a la Bahía de San Diego y caminamos y nos tomamos fotografías frente al mar.

Hacía muchísimo frío, pero todos íbamos bien abrigados. La esposa y el hijo adoptivo del escritor húngaro fueron incinerados y sus cenizas esparcidas a diez millas, mar adentro, frente a la ciudad de San Diego.



Pese a las apariencias el índice de suicidios en la ciudad es muy alto.
Las armerías son numerosas, y el departamento de policía, previa cita, y previo pago,
en el campo, a las afueras, da clases y asesorías teórico-prácticas en el manejo de las armas.
La constitución norteamericana asegura el derecho de sus ciudadanos a portar armas.
Sándor Márai, a sus ochenta años, compró una, y le dieron cincuenta balas.
Él argumentó que no necesitaba tantas municiones. En cambio, mi conocimiento
de los poetas residentes en California es limitado.
Sé de Philip Levine, de Jerome Rothenberg, de Jim Dodge, de Rea Aramantrout
y Robert Hass. Son poetas que he leído y admiro. El parque Balboa,
con su templo y múltiples museos,
me ha acompañado desde mi más temprana infancia.
En la década de los sesenta estaba convencido que los invasores habían aterrizado
muy cerca del rancho de mi abuelo, en algún lugar de Campo, California.
Viejas es una reservación que está bajo la autopista que lleva a El Cajón
y al centro comercial de Santee donde mi padre solía degustar un rico hot dog
viendo el tranvía que llega hasta el centro de San Diego, frente al mar,
donde yacen las cenizas de la esposa, del hijo y del escritor Sándor Márai.
Mi padre siempre aseguró que un día haría tal recorrido.
Ahora que conozco y agradezco la literatura de este escritor centro europeo
que leyó a Jorge Luis Borges en húngaro, y que aseguró que los mexicanos
preferíamos el cuchillo por ser seguro, silencioso y económico, San Diego
y mi historia familiar poseen otro color, otro tono, paradójicamente,
de mayor intimidad. C U

Del libro: *Retratos de familia*. Vaso roto, 2025.

Foto: Derwin Edwards



La espera

Mis pupilas se arrodillan y reprimen a los lagos,
oran por la mañana prematura
y el castaño que las tiñe
deja viva su cordura.

Ah... que no ha llegado.

La órbita nocturna amarra sus cinturas,
y tempestades inflamadas
que yacen de un sueño desvelado,
acorralado e invisible,
ah... que no ha llegado.

Envidio a la lluvia que desliza
lágrimas sin prisa sobre mi tiempo congelado:
Triste imagen de la vida.

Ah... que no ha llegado.

Envidio al caballero taciturno
que se viste de arma, sombra y nada,
cansado sin la espera de un sueño
que deja a la tierra quebrantada.

Ah... que no ha llegado.

Mis pupilas se arrodillan y reprimen a los lagos,
oran por la Muerte.

¡Ah... que no ha llegado! □



Migración, México de sur a norte

Un proyecto del Colectivo "F"

José Luna

Los movimientos de migración han tenido una línea histórica desde la conformación de las naciones. En México ha existido este movimiento desde el proceso de la conquista. Desde entonces, el flujo migratorio fue discreto. Sin embargo, en la administración del expresidente Andrés Manuel López Obrador se adoptó una política migratoria humanitaria, pero debido a la presión de Estados Unidos cambió su postura.



Alfredo Estrella



Antonio Nava

Según los datos disponibles, el máximo de migrantes que llegaron a México se registró en 2023, con más de 780 mil migrantes en el país, lo que representa un aumento del 77% en comparación con 2022. Este año también se destacó por registrar el mayor número de eventos de personas en situación migratoria irregular en México.



Guillermo Arias

Esto originó que el fenómeno migrante se desbordara por todo el territorio de la República Mexicana. El flujo de personas no solo se llegó a notar en las carreteras o albergues cerca de la frontera del sur y norte. También grupos de migrantes se asentaron en algunos puntos de varios estados, llegando a formar comunidades en zonas de las ciudades donde intentan vivir con su propia estructura social, económica y cultural.

Los fotoperiodistas son y han sido elementos necesarios para el registro de este movimiento que no se había percibido en todo el territorio de México. *El Colectivo «F»*, conformado por Antonio Nava, Alfredo Estrella, Keith Dannemiller y José Luna se dio a la tarea de reunir a diversos fotodocumentalistas con el mismo tema; migración, pero desde diferentes perspectivas.

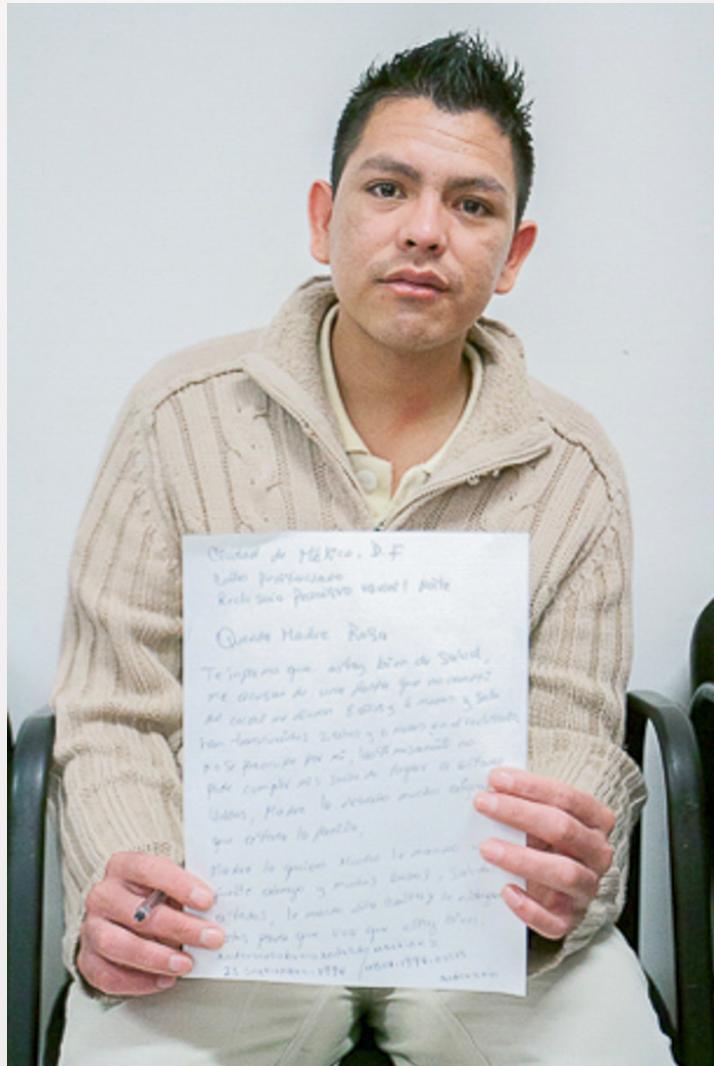


Marco Ugarte

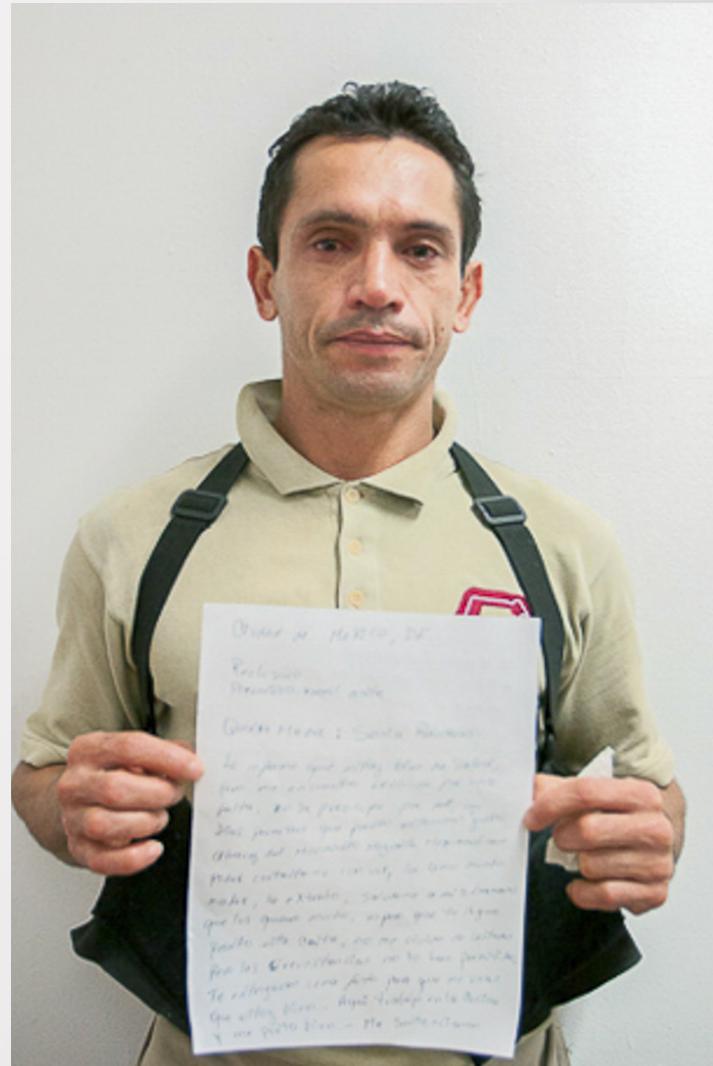


Isabel Mateos

Dentro del acervo se encuentran las imágenes de Guillermo Árias, que obtuvo mención honorífica en el World Press Photo y el chileno Marco Ugarte, del equipo de la agencia Associated Press (AP), que ganó el Premio Pulitzer en 2024. También se encuentran trabajos de fotodocumentalistas *freelance* como Víctor Galindo, Isabel Mateos, entre otros. La fuerza y la calidad del trabajo de cada fotoreportero gráfico es una muestra de la entrega en su labor retratando una problemática actual de nuestro país. C_U



Víctor Galindo





Una marcha en contra de la gentrificación en la colonia Roma de la Ciudad de México en julio de 2025 dejó a su paso pintas en contra de la presencia de extranjeros.
Foto: Luis Cortés

La batalla contra la gentrificación en la Ciudad de México: ¿Xenofobia o justicia?

Laura Castellanos

Como en otras grandes metrópolis, la presencia de nómadas digitales en la capital mexicana despierta debates en torno al capitalismo y la coexistencia

La primera de varias protestas contra la gentrificación en Ciudad de México, realizada el 4 de julio de 2025, dejó en su camino pintas en las paredes de la colonia Roma Norte: «Kill gringos» («Mata gringos»), «Aprende español, perro», «Fuera colonizador», «Muerte a Airbnb», «White people: your privilege rest on our work and dissession» («Gente blanca: su privilegio se basa en nuestro trabajo y en la explotación a la que hemos sido sometidos»).

Ese día, dos marchas «antigentrificación» aparecieron simultáneamente en las colonias Roma Norte y Condesa. Ambos vecindarios conforman un corredor social vibrante que hoy es el epicentro del nomadismo digital y de los alojamientos cortos por plataformas como Airbnb en la capital de México. La Roma Norte es la colonia más gentrificada de la capital según el mapa de la propagación de Airbnb en CDMX, un interactivo digital creado por

el arquitecto Jero Monroy para mostrar el avance de propiedades ligadas a dicha plataforma.

En las marchas, los manifestantes dijeron estar en contra del desplazamiento forzado de residentes locales y el cierre de negocios barriales. A su paso destruyeron y saquearon comercios y restaurantes de perfil internacional o turístico. Sobre Orizaba, el mobiliario exterior del exclusivo restaurante Sartoria fue despedazado. «Llegaron como 200 personas, de las cuales 20 o 30 empezaron a vandalizar la terraza y rompieron sillas, mesas, muebles, platos», narró a *palabra* uno de los empleados del establecimiento, solicitando el anonimato por temor a represalias. El empleado dijo atestigar el ataque a un joven extranjero. «Había un chavo sentado afuera, uno güero, no sé si era gringo o francés, pero lo agarraron entre 10 y casi lo matan», dijo.



Un restaurante tradicional en la colonia Santa María la Ribera en la Ciudad de México. Foto: Luis Cortés

Algunos medios de comunicación y ciertas cuentas de redes sociales calificaron las pintas, los destrozos y el hostigamiento a extranjeros como actos xenófobos y racistas. Al día siguiente, la presidenta de México, Claudia Sheinbaum, dijo en su conferencia matutina: «Rechazamos las actitudes xenofóbicas que ayer se expresaron». Pero para algunos integrantes del emergente movimiento antigentrificación, el rechazo presidencial fue un gesto de criminalización en su contra, acusando al gobierno de no frenar la

inmigración extranjera. El detonante del movimiento es más complejo y profundo, dijo Mar, quien prefirió omitir su nombre completo y que forma parte del núcleo coordinador del Frente por la Vivienda Joven (FVJ), una organización antigentrificación nacida en abril que aglutina a estudiantes de 19 a 25 años.

«Esto no es en contra de un individuo, de un extranjero que está aquí ganando más, es en contra del sistema, que permite que ese extranjero tenga una mejor calidad de vida que yo que vivo aquí y

El restaurante Sartoria, en la colonia Condesa, recibió ataques en julio de 2025. Foto: Luis Cortés



aporto impuestos», dijo. «Defendemos una postura anticolonial, anticapitalista y antirracista. Defendemos nuestro derecho a vivir, a habitar, a desarrollarnos libremente».

La antropóloga Rocío Gil, coautora del libro *Racismo y xenofobia, Expresiones múltiples dentro y fuera de México*, comentó que es importante individualizar ciertas manifestaciones xenofóbicas que se ob-

servan en el amplio movimiento antigentrificación mexicano, pero que no dominan su demanda central contra la desigualdad. El rechazo, explicó, no es contra toda la inmigración, como puede ser la haitiana o venezolana, sino que se centra en la estadounidense por las relaciones estructurales de poder y dominación de Estados Unidos sobre México, agudizadas durante el gobierno de Donald Trump.



A la izquierda, un edificio deteriorado en la calle Tonalá, en la colonia Roma, del cual varios inquilinos fueron desalojados en agosto de 2025. A la derecha, un edificio con apartamentos inscritos a la plataforma Airbnb. Foto: Luis Cortés



Habitantes desalojados de un edificio en la colonia Roma reciben alimentos por parte de organizaciones civiles. Foto: Luis Cortés

«En las manifestaciones estamos viendo una interlocución con personas estadounidenses y no con cualquier estadounidense; no es el mexicano que nace en Estados Unidos, que además es racializado negativamente», dijo la académica. «Es el migrante estadounidense que viene con cierto poder económico y que, ciertamente, sí nos habla de una ‘blanquitud’, no en el sentido fenotípico nada más, sino

en el sentido social que articula clase y procesos raciales».

Para la antropóloga, el enojo registrado en las protestas es «más resistencia que discurso de odio meramente». «Al final, es una reacción que apela al despojo, al desplazamiento, al encarecimiento, no solamente de la vivienda, también hablamos de una apropiación cultural muy fuerte que ha estado en la discusión», dijo Gil.



Uno de los varios restaurantes en la colonia Condesa, Ciudad de México. Foto: Luis Cortés

Nomadismo en expansión

«Gringo go home», se lee en una pinta en el Parque México, en el corazón de la colonia Condesa, el barrio residencial preferido de la gente extranjera por su oferta cultural, gastronómica y nocturna. El parque ha sido el ombligo de las protestas antigentrificación y de

un foro de discusión pública organizado por el gobierno capitalino en el verano. Los domingos, el parque también suele convertirse en el lugar de esparcimiento de decenas de personas, muchas de ellas inmigrantes, que juegan pádel, bailan música afrocaribeña, toman el sol, o pasean a sus perros.



Un extranjero radicado en México descansa en el Parque México de la colonia Condesa sentado sobre una de las pintas realizadas por manifestantes de una de las marchas en contra de la gentrificación. Foto: Luis Cortés



Sierra Burke y su mascota, Phoebe. Burke es nómada digital de los Estados Unidos y trabaja desde la Ciudad de México. Foto: Luis Cortés

Sierra Burke es una de las tantas paseantes en el parque. La nómada digital de 26 años viene de Oregón y labora a distancia como gestora de financiamiento de una asociación social ubicada en Dakota del Norte. Burke dijo que hace siete meses se mudó a México porque no desea vivir bajo el gobierno de Trump.

«Me encanta, me encanta, me encanta esta ciudad, es más de lo que pensé. Me encanta la cultura, la gente que sonríe siempre, la comida internacional, y mi perra está super feliz aquí», comentó en español y sin soltar a su perra Phoebe.

Burke ingresó como turista, pero dijo que quiere tramitar la residencia para vivir en México «por mucho tiempo». Ha rentado habitaciones en departamentos comunitarios o *coliving spaces*, como se les conoce en inglés, porque cuentan con espacios comunes. Burke dijo que el *coliving* en el que habita es propiedad de mexicanos y las rentas varían de 350 a 500 dólares al mes.

El sociólogo Adrián Hernández de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) es investigador del proyecto internacional NOMADIC (*Nomad Movements and Digital Impacts in Cities*), financiado por la

Uno de los nuevos apartamentos en la colonia Santa María La Ribera en la Ciudad de México. Foto: Luis Cortés



Unión Europea. Explicó que en México, durante mucho tiempo, prevaleció un perfil de inmigrante estadounidense y canadiense mayor de 60 años que «se jubilaba y se venía a vivir a (los pueblos de) Ajijic, Mazatlán, o San Miguel de Allende». Pero una oleada de nuevos inmigrantes surgió en la pandemia del Covid-19: nómadas digitales de entre 20 y 40 años, en soltería o unión libre, que trabajan

desde casa y tienen deseos de movilidad.

Hernández señaló que en la actualidad observa que hay un grupo más que brotó con Trump en el poder y que, al igual que Burke, busca alejarse de su gobierno. Este grupo, dijo el experto, incluye a un segmento migrante «inesperado»: los mexico-estadounidenses que deciden establecerse en el país.



Antiguo vecindario en la colonia Santa María La Ribera en la Ciudad de México. Foto: Luis Cortés

¿Mi casa es tu casa?

Tras las protestas, las opiniones se han dividido entre los residentes de la Condesa. Karla Berdichevsky vive en esa colonia desde hace 20 años y dijo que valora que los extranjeros le hayan dado un sello de multiculturalidad y dinamismo a la zona. «Claramente son quienes consumen en los establecimientos y mantienen la economía del espacio». En contraste, Erick Ramírez, que nació hace 55 años en la Condesa, dijo rechazar al nomadismo digital porque «encarece los barrios y la gente es desplazada». Ramírez dijo que no ve contribución alguna de este sector, pues considera que el dinero que dejan se va al presupuesto federal.

Según el sociólogo Hernández, el nomadismo digital impulsa el consumo en algunos sectores, por ejemplo, en la renta de viviendas. Sin embargo, explicó, su demanda se atiende a través de plataformas como Airbnb o Pokémon Go, lo que eleva los precios de esta vivienda y «la va retirando del mercado residencial y se incorpora al turístico». Aclaró que también suben los costos de productos básicos y perecederos en el área, lo que «puede resultar excluyente para algunos sectores de la población». A esto Hernández lo llamó «turistificación». Algunos residentes de la Condesa han señalado que la gentrificación y turistificación hacen que desaparezcan antiguos negocios barriales.



Erick Ramírez, empresario y residente de la colonia Condesa en la Ciudad de México. Foto: Luis Cortés



Susana Alanís Segunda en su puesto de periódicos y revistas en la colonia Condesa. Foto: Luis Cortés

Susana Alanís Segunda, de 63 años, es dueña de un puesto de periódicos ubicado en dicha colonia. Dijo que en tres años, en la cuadra en la que está su negocio, han desaparecido una carnicería, una tienda de abarrotes, una cocina económica y una panadería antigua.

Dijo que incluso su puesto de periódicos fue desplazado. El antiguo edificio con el que colindaba fue derrumbado para construir otro de modernos apartamentos, mientras tres negocios de la

planta baja fueron reemplazados por una pizzería elegante. En el sitio que estuvo su puesto de periódicos por más de dos décadas, pusieron una jardinera larga para impedir que ella se reubicara. En la esquina que hoy ocupa la señora Alanís se construye otro nuevo edificio de apartamentos. Dijo ignorar si finalmente la obligarán a cerrar su puesto de periódicos. «Yo quiero sostenerlo, lo que me queda de vida, es un trabajo noble, le tengo amor al oficio y es mi sustento de vida».

La ciudad como mercancía

En Instagram, la cuenta @AmoMiBarrioSantaMaríaLaRibera denuncia la gentrificación en este barrio antiguo, ubicado en la zona centro de la capital. Una activista vinculada a dicha cuenta, pero que no quiso dar su nombre por temor a represalias, dijo a *palabra* que los más peligrosos gentrificadores en la zona son los «whitexicans», un término despectivo que se ha vuelto común para identificar a un sector pudiente y poderoso de la sociedad mexicana.

«Son los más agresivos y totalmente tienen un posicionamiento clasista y racista», dijo. Y son, según ella, quienes acaparan propie-

dades para rentarlas a través de plataformas como Airbnb, impulsan la construcción de enormes edificios de apartamentos que encarecen el agua, abren negocios como restaurantes gourmet de precios elevados o galerías de arte. Ellos, añadió, están desconectados del ambiente comunitario porque atienden las demandas de un consumidor aspiracional nacional e internacional.

De acuerdo al geógrafo Jerónimo Díaz Marielle, autor del libro *Le Centre historique de Mexico, De la patrimonialisation du site à la gentrification* («El Centro Histórico de la Ciudad de México: De la patrimonialización del lugar a la gentrificación»), los desalojos producto



Anuncio que ofrece una preventa de apartamentos en un edificio que será reconstruido en la colonia Santa María La Ribera, en la Ciudad de México. Foto: Luis Cortés

de la expansión de inversiones inmobiliarias exponen cadenas de corrupción en diferentes niveles del gobierno. Antes, dijo, estas cadenas fueron ignoradas «porque parecía que solo afectaban a los sectores muy populares», pero hoy responden a intereses inmobiliarios que también involucran a poderosos fondos de inversión privados y gubernamentales.

«Las autoridades de Francia tienen esto muy identificado y pelean para limitarlo. En México no tenemos nada, o sea, tenemos a todos los capitales queriendo convertir a nuestra ciudad en mercancía y a un gobierno que parece que no está a la altura de esta presión», dijo el investigador.

El sociólogo Hernández, por su parte, señaló que, si bien la gentrificación y la turistificación responden a «mecanismos globales de acumulación capitalista», sus efectos violentan el derecho a la vivienda en México, pero las expresiones en su contra «terminan explotando contra a quienes tenemos más próximos, que es esta población extranjera, principalmente estadounidense, que vive en esa zona de la ciudad, y a quien equivocadamente se le acusa de ser los culpables de esta situación»

Este reportaje se publicó originalmente en la revista digital: *palabra NAH!*, fue editado por Rodrigo Cervantes. 

LA ACERA DE ENFRENTE

Sobre la presencia y la importancia del migrante mexicano en Estados Unidos de América

La diáspora mexicana es una de las más grandes del mundo (13.0 millones de personas migrantes en 2017), sólo antecedida por la de la India (15.6 millones), situación que da cuenta del peso y presencia de la población mexicana en el exterior. La mayoría de nuestros connacionales en el extranjero reside en Estados Unidos de América (11.6 millones), país con el cual conformamos el principal corredor migratorio del mundo. A pesar de que ha habido un incremento sustancial en la participación de las mujeres en el periodo de 2010 a 2017 (46.5 a 48.1%), los hombres siguen siendo mayoría; no obstante, hay que señalar que su presencia se redujo ligeramente en este mismo lapso, pasando de 53.5 a 51.9%. Es importante aclarar que esta distribución de participación porcentual por sexo puede variar dependiendo del país de destino. Se estima que en los próximos años la diáspora mexicana siga en incremento aunque no de manera sostenida, debido, entre otros motivos, al envejecimiento de la población y a la desaceleración de la migración mexicana hacia EUA: de una cifra de casi 400 000 mexicanos(as) que arribaron a aquel país en el primer quinquenio de la década de 2000, para estos últimos años se estima la llegada anual de un aproximado de 125 000 personas (acs, 2005-2017). Y aunque se prevé eventualmente un incremento de la migración hacia otros países, no se hará con la misma intensidad con la que se presenta hacia Estados Unidos de América.

En: «Magnitudes y tendencias de la migración en México». *Panorama de la Migración en México*. SEGOB. México, 2024.



Jaime Anzures

Un nuevo fantasma recorre el mundo

Óscar de la Borbolla

A veces hay que dejarlo todo: la ubicación se vuelve adversa y nos obliga a irnos, literalmente a desgarrarnos, porque lo nuestro, lo que nos es más propio no es un mero adjetivo; lo nuestro es lo que somos nosotros mismos y, por ello, partir equivale a morir un poco

A Beatriz Escalante

Cuando los seres humanos eran nómadas, no existía la nostalgia; nadie dirigía la mirada a la tierra que iba quedando atrás; se marchaba siempre hacia adelante usando un río como barandal, pues uno puede no comer durante semanas, pero bastan tres días para morir de sed. Cuando apareció la agricultura nos anclamos a un lugar y comenzó la idea de pertenencia, no solo como noción de propiedad, sino como amor al terreno. La tierra, antes de nadie, se volvió mi tierra, la de aquellos que la trabajaban. Así nació lo mío, lo nuestro y lo de nadie más. Al asentarnos en un sitio apareció, sobre todo, la idea «nosotros», esa forma incipiente de la identidad y, cuando pasó el tiempo y el paisaje y los caminos que regresaban se volvieron familiares, el espacio fue inspirándonos confianza, seguridad... se había sembrado la semilla de lo que muchos milenios después sería la patria.

«El hombre es un animal de costumbres», dijo alguna vez Óscar Wilde y nos definió mejor que cuando alguien más dijo que éramos animales racionales o políticos: conozco a muchos semejantes que no son racionales y yo mismo —huraño desde siempre y hasta un poco misántropo— no encajo bien con el aristotélico concepto de animal político; sin embargo, todos —y en esto no hay ninguna excepción— tenemos rituales, rutinas, acciones que repetimos una y otra vez, en una palabra: costumbres. La primera de todas las costumbres es vivir. Vivir es algo que no hemos dejado de hacer desde que nacimos: lo repetimos todos los días mientras existimos y para vivir —qué remedio— hay que realizar miles y miles de repeticiones: nuestro corazón late sin cesar con acompasada costumbre, y también respiramos una y otra vez hasta que se nos vuelve una costumbre que, de tan repetida, la realizamos inconscientemente. Vivir es una costumbre.

La vida está llena de repeticiones y, como nos gusta vivir, amamos todo lo que adquiere legítimamente el adverbio «siempre», aunque a veces nos canse y tratemos de escapar. Pero volvemos: volver a la rutina es también una costumbre. Podría acumular cientos de párrafos, mostrando millares de costumbres: comer, dormir... así como desear, intentarlo o caer y subir; amar incluso es una costumbre. Solo morir no es una costumbre, solo morimos una vez, todo lo demás lo repetimos hasta ya no desearlo.

Entre esas incontables costumbres está una muy importante porque nos dio raíz, me refiero a la ubicación fija en este mundo. Esa ubicación es para cada quien su lugar de residencia, donde está su casa, su trabajo, su familia, sus amigos: su país. En la ubicación de cada quien hay una colección incontable de «sus», o sea, es donde está lo suyo. Y uno nunca se aparta de buen grado de lo que le es propio. Así somos los seres humanos: cada uno quiere lo suyo, vivir con los suyos...

A veces, sin embargo, hay que dejarlo todo: la ubicación se vuelve adversa y nos obliga a irnos, literalmente a desgarrarnos, porque lo

nuestro, lo que nos es más propio no es un mero adjetivo; lo nuestro es lo que somos nosotros mismos y, por ello, partir equivale a morir un poco. Quien se ha escindido lo sabe; quien ha dejado atrás tierra y familia lo sabe; quien ha tenido que partir, que «partirse», lo sabe y por eso pregunto: ¿Qué tiene que ocurrir en nuestra ubicación, ahí donde estamos, ahí de donde somos para que decidamos desgarrarnos, desenraizarnos, dejar atrás un pedazo de nosotros?

La migración tiene muchas causas concretas; pero si se busca con ánimo analítico su rostro, uno encuentra una moneda en cuyas caras puede ver: de un lado la falta de oportunidades para vivir y, del otro, la falta de la mera oportunidad de vivir. Ambas son caras de la muerte, porque cuando la propia tierra no nos permite hacer la vida que deseamos termina matándonos en la miseria y cuando sí nos quedamos nos matan, entonces la causa de la migración es salvarse de la muerte. Hoy vivimos en el desdichado tiempo de las migraciones; en una desventurada época que no inventó la nostalgia, pero en la que la nostalgia, ese dolor por lo que quedó atrás, anda como un fantasma recorriendo el mundo. 

LA ACERA DE ENFRENTE

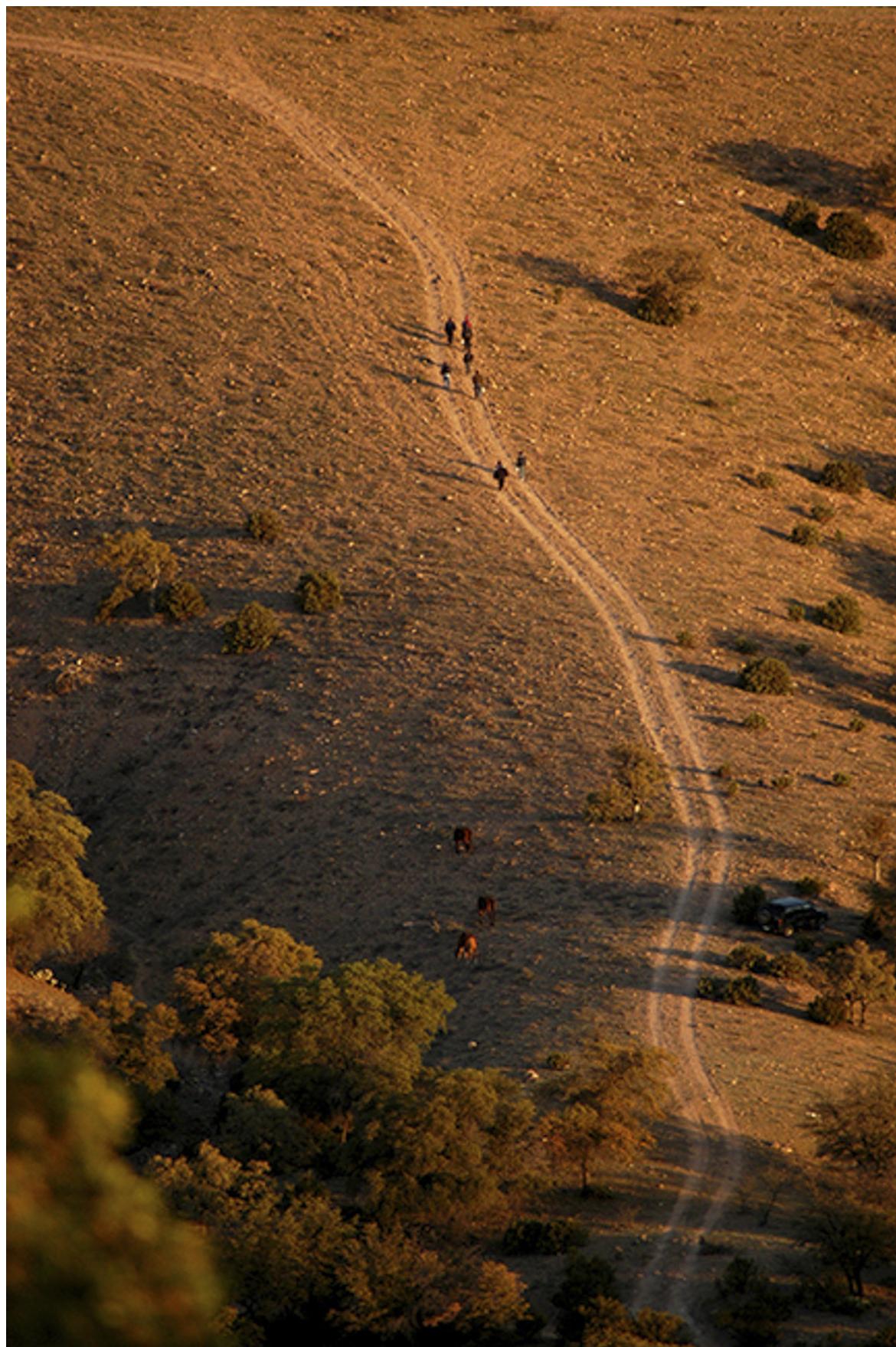
Sobre un tiempo de migración compleja

El año 2022 dio paso a algunas de las dinámicas migratorias más complejas y de rápida evolución que se hayan visto en México y en el hemisferio occidental en toda la historia, incluyendo el mayor número de personas registradas en tránsito en varios puntos en México, así como en otras partes de América Central, incluido el Tapón del Darién en el sur de Panamá. A la dinámica a largo plazo de la migración desde los países del norte de Centroamérica (El Salvador, Guatemala, Honduras), o NCA, se suman niveles sin precedentes de personas migrantes que llegan por tierra a México cruzando a través de Centroamérica desde la República Bolivariana de Venezuela, Cuba, Nicaragua, Colombia, Ecuador, Haití, o incluso desde países de África, Asia, y Europa (incluyendo Rusia y Ucrania). Entre estos flujos se encuentran un gran número de mujeres (incluidas mujeres embarazadas y lactantes), niñas, niños, y adolescentes (NNA), incluidos NNAs separados/as y no acompañados/as, personas indígenas, personas con algún tipo de discapacidad y enfermedades crónicas, personas lesbianas, gay, bisexuales, transexuales, queer, y más (LGBTQ+), y otras poblaciones que a menudo enfrentan situaciones de vulnerabilidad. Muchas de estas dinámicas se destacan en los datos y tendencias.

En: *Perfil migratorio de México. Boletín Anual 2022*. OIM, México, 2022.



Nayeli Cruz



Arturo Lara

Crónica del retorno

Drusila Torres

Algunos se mudan fuera de la ciudad con la promesa de una oportunidad laboral o de una vida mejor, pero existimos también quienes no deseamos marcharnos, sino que la ciudad nos expele, nos vamos hacia la periferia, hacinados en las puntas de los cerros o en la ladera de los ríos

Cinco años después regresé a Santa Úrsula Xitla, un pueblo al sur de la Ciudad de México en el que habité del 2014 al 2019. Para llegar allá, tomé el metrobús desde la estación Nuevo León. El plan era bajarme en Fuentes Brotantes, pero no llegué ni a Doctor Gálvez. El transporte fue suspendido en La Bombilla, diez kilómetros lejos de mi destino. Opté por tomar un micro en avenida Revolución. Tampoco había transporte disponible. Última opción: abordar un taxi. Me urgía llegar, la cita era a las tres de la tarde. El taxi avanzó tan solo hasta Perisur, todavía lejos de mi destino. La Avenida Insurgentes comenzaba a ser bloqueada por patrullas, *pickups* y camiones llenos de granaderos. Se trataba de un fuerte operativo para desactivar la marcha antigentrificación del domingo 20 de julio de 2025. A ese lugar me dirigía.

Una vez hice la cuenta y el resultado fue que, a lo largo de mi vida, he residido en catorce domicilios diferentes. La estancia más corta fue de cuatro meses y la más larga de diez años. Trece de esas catorce veces he vivido en el otrora Distrito Federal. Me he ido moviendo de acuerdo con una fuerza centrífuga. Fui concebida en el primer cuadro de la ciudad, mis primeros años los pasé en un edificio sobre la calle Venustiano Carranza; crecí en la zona de Observatorio-Tacubaya; mi adolescencia la pasé en la periferia norte; la primera parte de mi adultez, a unos minutos de la caseta a Cuernavaca, hasta que finalmente la ciudad me expulsó y me marché por cinco años a un municipio del estado de Morelos. La razón de tantas mudanzas ha sido siempre la misma: la renta y el problema de pagarla.

La Ciudad de México (y otros estados de la República) mantiene, desde hace años, una dinámica de migración interna. Somos trasmundantes, población flotante que amanece en una alcaldía, en otra trabajamos y regresamos al hogar por la noche.

Otros más somos expulsados. En promedio, cada año 100 mil personas abandonan la Ciudad de México¹. Esos habitantes son rápidamente suplantados por personas de otros lugares del país o de otras nacionalidades. Algunos se mudan fuera de la ciudad con la promesa de una oportunidad laboral o de una vida mejor, pero existimos también quienes no deseamos marcharnos, sino que la ciudad nos expelle, nos vamos hacia la periferia, hacinados en las puntas de los cerros o en la ladera de los ríos.

La paradoja es que un alto porcentaje de la población de la Ciudad no reside en el centro sino en los márgenes, y no por decisión sino por imposición. Es evidente la falla estructural que privilegia una ciudad gentrificada, accesible solo para unos cuantos. En las alcaldías Cuauhtémoc, Benito Juárez y Miguel Hidalgo, por mencionar tres céntricas e inaccesibles para rentar, vive el 15% de la población, mientras que en Tlalpan, Álvaro Obregón y Gustavo A. Madero, por decir solo tres alcaldías periféricas que conozco bien, habita el 29% de la población citadina.

Me fui de Santa Ursula Xitla después de cinco años de un constante malabar para sortear el pago de la renta. Me fui cansada. Recuerdo el día en que la ciudad me expulsó. Fue una tarde del 2018, después de una jornada en una oficina donde mi labor consistía en evaluar pruebas de argumentación por computadora. Me ardían los ojos, me dolía la espalda por estar sentada tantas horas. Tenía hambre y sueño. A las seis de la tarde me encontraba sobre avenida Insurgentes. Vi el metrobús pasar. Tenía que abordarlo para llegar a mi casa en Santa Ursula Xitla. El autobús iba repleto. Entonces, Octavio (mi esposo, que en ese momento era también mi compañero de trabajo) y yo decidimos caminar sobre Insurgentes hacia el sur, con la esperanza de encontrar más adelante alguna estación liberada.

Caminar varios kilómetros sobre Insurgentes se ha convertido en una experiencia casi ritual. Anduve ahí en mis días de preparatoria; durante el sismo del 2017, en el espanto de una ciudad en ruinas y

1 Según el testimonio de Federico Taboada, titular del Instituto de Planeación Democrática y Prospectiva, en 2024.

repetiría la experiencia años después, durante el bloqueo de la marcha antigentrificación.

Sin embargo, ese 2018 algo en mí colapsó: quizás fue por el sonido incesante de los claxones o por la osadía de los automobilistas que se detienen en el paso de cebra y «se avientan» al peatón o por las banquetas intransitables o quizás por las bicicletas que andan sobre las aceras.

Hostil. Esta ciudad me es *hostil*, me repele, pensé. Después de un encierro de ocho horas en una oficina donde respiro oxígeno viciado por el climatizador, ahora mi camino a casa se convierte en una prueba de obstáculos. «Vámonos de aquí», le dije a Octavio que caminaba al lado mío. «Lejos. Y empecemos de cero».

Cinco años después regresamos. El sur de avenida Insurgentes parecía escenario de película postapocalíptica, desierto. Sobre el asfalto, vacío de autos, andábamos: los jóvenes que llevaban a cuesta su mochila, su cámara y su botella de agua; otros, con el sombrero o paliacate amarrado a la cabeza, nos protegíamos del calor. Todos llegamos a Fuentes Brotantes caminando. Ahí la presencia policial era inminente. Las estaciones del Metrobús permanecían cerradas, mientras que las fachadas de bancos, las tiendas de ropa y los dos famosos restaurantes de esa zona, fueron protegidos con enormes hojas de triplay en las que se leían frases como: «Negocio familiar 100% Mexicano», a manera de petición subliminal para evitar cualquier represalia.

Esta era la segunda marcha antigentrificación del año en la Ciudad de México. La primera había ocurrido dos semanas atrás, frente al Parque México, en la colonia Condesa; el lugar preferido de los extranjeros y nómadas digitales, en cuyas calles, se sabe, se habla más inglés que español. Inmediatamente después de ese primer evento, empezó a formarse una narrativa mediática contra los manifestantes. Las notas de los periódicos de circulación nacional los acusaban de «violencia», «vandalismo» y «destrozos» contra negocios transnacionales como Starbucks y restaurantes italianos de la zona.

Se viralizaron post en X y facebook con adjetivos que estigmatizaban a los manifestantes como «resentidos» y los culpabilizaban de no tener un estatus que los convirtiera en merecedores de habitar esa parte de la ciudad. «Si no te alcanza, vete a vivir a otro lado», rezaban los comentarios en las redes sociales. Esta retórica preparó

el terreno para identificar al ciudadano inconforme con el enemigo destructor, con el delincuente que está en contra del «progreso» y el desarrollo económico de las ciudades.

He participado en las manifestaciones más cuantiosas de los últimos años, desde el apoyo a las madres y padres de personas desaparecidas hasta las multitudinarias marchas del #8M. He tenido que correr ante la amenaza de los gases lacrimógenos y de las persecuciones; aún así, este julio del 2025 percibí una intensificación en el cerco políaco que, literalmente, me rozaba los codos.

Como en un cuento kafkiano, como en una narración absurda, los supuestamente inexistentes granaderos se encontraban más presentes que nunca, uniformados con sus cascos, chalecos y escudos de policarbonato. Custodiaban a los manifestantes, la mayoría de ellos jóvenes de no más de 25 años. También participamos otros, de otras edades y generaciones, nuestro objetivo era el mismo:

buscamos habitar en la ciudad, en algo más que una vivienda: un hogar. «Un lugar limpio y bien iluminado», diría Hemingway. El lugar adonde llegar después de la jornada, un lugar seguro, cercano, que sea refugio y nido. Y esos jóvenes que empiezan su búsqueda, así como yo que aún la continúo, lo que encontramos es un camino que nos desvía, o tal vez la Ciudad nos echa fuera y nos pierde.

En aquella manifestación participaron no solo jóvenes, había niñas que acompañaban a sus madres, perros que escoltaban a sus dueños, personas mayores en silla de ruedas y líderes de los pueblos de Santa Ursula Xitla que encabezaban la legítima defensa de los territorios originarios. Pero los cuerpos de seguridad ejecutaron su plan con una precisión inusitada. A la altura de la estación Caminero, fuimos encapsulados. Cerraron el camino por el norte y por el sur. Sobre el puente peatonal se instalaron policías y camarógrafos. Diferentes medios tomaron fotos, videos y testimonios de aquel intento



Luis Gutiérrez Martínez



Javier Lira

por implosionar la manifestación. Esta no era una marcha multitudinaria, pues el cierre de las vías impidió el arribo de más gente; sin embargo, la participación de las fuerzas de seguridad fue desproporcionada. Ahora la recuerdo como esa manifestación donde se prefirió cerrar doce estaciones del Metrobús, ocasionar caos vial, cerrar negocios, proteger bancos y restaurantes, en fin, al capital, que permitir el legítimo derecho a la manifestación ciudadana.

Así como las palmeras

Cuando me fui de la Ciudad sentí que necesitaría tan sólo mi voluntad para construirme de nuevo. Regalé ropa, libros y trastes. Me llevé lo indispensable: mis gatos y mi familia, un 24 de diciembre de 2019. La realidad me mostraría otra de sus facetas unos meses después, durante la pandemia. Conocí las complejidades de estar lejos

de la metrópoli siendo escritora y docente; lejos de las redes culturales, lejos de mis amigas y seres queridos, lejos de las fuentes de empleo. Aunque el primer año el trabajo a distancia fue obligado para muchos, poco a poco el mundo volvía a lo presencial y se agotaban las opciones en línea, una de mis fuentes principales de ingresos en aquel momento. Allá, en un pueblo cañero y turístico, gran parte de los pobladores trabajan en las zonas urbanizadas, es decir, en otros municipios. Diciembre y enero son los meses más activos. Vienen los paisanos desde Estados Unidos a reunirse con sus familiares. Despues de los convites de enero y del carnaval de marzo, el municipio permanece prácticamente tranquilo el resto del año, habitado tan solo por los padres y abuelos de los que migran, por las mujeres y los hijos ahí concebidos y por los que nos aferramos al sueño de una vida más o menos campirana aunque tropical.

Para el 2024, ya estaba acostumbrada al intenso calor del verano y a las lluvias torrenciales de agosto, pero llegado el otoño, otra vez sentía que la situación me exigía movilizarme.

Enfrente del lugar donde me alojaba, allá en Morelos, plantaron dos «palma canaria» (*Phoenix canariensis*). Esta especie fue introducida en México a inicios del siglo XX con una función ornamental, para simular el ambiente cálido de Los Ángeles o de las zonas caribeñas. En los municipios donde abundan los balnearios, este tipo de vegetación es común y en la ciudad también lo habían sido; sin embargo, desde hace aproximadamente una década, comenzó su proceso de muerte. Las investigaciones sobre la real causa de su debilitamiento siguen en curso. Las hipótesis más plausibles apuntan a una mezcla de condiciones que incluyen el cambio climático, una bacteria resistente y el acceso limitado al agua. Hay un factor subyacente: la tierra. No son endémicas, por ello, aunque alcanzaron un periodo de esplendor, reverdecieron cada año y embellecieron avenidas, hoteles y áreas verdes, a la postre su estructura básica, su genética, si cabe, no resistió más y comenzó su declive.

El desplazamiento y el desarraigamiento son las principales causas de depresión entre los seres que migran². Esto es una metáfora y no. Así como las palmeras, comencé a detener mi ciclo, me rezagué y percibí que, si me quedaba más tiempo allá, comenzaría a secarme. Podría decir esto románticamente: «añoraba el terruño». No es así. Estaba lejos de mi fuente vital, es decir, de mi fuente de empleo. La primera palmera murió en 2022, año de una intensa sequía, y la segunda murió en enero de 2025, víctima también de la falta de nutrientes. Aunque intenté aferrarme a la tierra de Morelos, así como las palmeras, el mes siguiente, febrero de 2025, regresé a la Ciudad de México.

«Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos
van marcando mi retorno»

Bajé del puente peatonal para incorporarme a la manifestación pero los elementos policíacos no dejaban de aparecer y se replegaban hacia los manifestantes que gritaban consignas antipolicía; por

2 A este fenómeno se le conoce como «duelo migratorio» o «síndrome de Ulises», estudiado ampliamente por el Dr. Joseba Achotegui desde 2002.

allá, por el megáfono, se anunció que ante la prohibición de seguir la marcha hacia el sur, retornaríamos.

Se supone que era una marcha contra el «Proyecto Fuentes Brontantes 134», por el derecho a la vivienda y en defensa del derecho a habitar la ciudad. El operativo logró convertirla en una marcha fantasma. Con las vialidades cerradas, las consignas, las arengas y los carteles se quedaron sin interlocutores, resonaban solo como en cámara de eco.

Y lo demostró la recepción de la marcha en las redes sociales. A pesar del saldo blanco, los medios masivos reportaron: «rompen vidrios», «rompen luces», «persona lesionada». La opinión pública la recuerda por los destrozos ocasionados por el bloque negro en un museo del sur de la ciudad.

Al final del Circuito Interior, en la cuchilla que se bifurca en avenida Jalisco y avenida Revolución, se encuentra el Edificio Ermita, blanco y altísimo. Hasta hace algunos años ostentaba un anuncio luminoso de Coca-Cola. Era una imagen recurrente de los años en que aprendí a manejar y recorría la ciudad. Por esos mismos años, trabajé como demostradora de calzado en las zapaterías de Tacubaya. Los domingos asistía, junto con mis compañeras, al cine Ermita, que está cerca del edificio, sobre la calle Antonio Maceo. En aquella época eran comunes las salas de permanencia voluntaria.

A mi regreso a la ciudad y en la búsqueda de un lugar para rentar, volví a Tacubaya. Algunas cosas han cambiado y otras permanecen. El letrero del refresco hace años lo bajaron, el cine cerró y el inmueble se convirtió en departamentos, un hotel, bancos y gimnasios. Las zapaterías permanecen. Yo también sigo. Retorné. El anuncio gigante y la rueda de la fortuna de la feria ya no alumbran las noches de Tacubaya, pero aún brillan las luces neón de los restaurantes «de chinos», característicos de aquel barrio, ampliados y con nueva razón social.

Algo más está cambiando en Tacubaya: el nombre. Empresas inmobiliarias anuncian esta zona como: «Condesa Sur».

De otra forma también, intuyo, retorné. Hace poco me enteré de que mis bisabuelos, que migraron hace 70 años de Guanajuato en búsqueda de una oportunidad en la Ciudad, rentaron muy cerca de donde ahora vivo. Desde la ventana del tercer piso, donde escribo esto, alcanzo a ver tres edificios del siglo pasado, prácticamente en

ruinas. Un poco más adelante está la que posiblemente fue la vecindad donde ellos vivieron.

La semana pasada, un grupo de personas taló los árboles crecidos en uno de los terrenos en ruinas, y una máquina comenzó a excavar; lo mismo sucede en la calle de atrás y a unos cuantos pasos de la estación del metro más cercana. Cada día se inicia la construcción de otra y otra torre de departamentos. El domingo me desperté con el sonido de una revolvedora de concreto. Es un

aviso de que, próximamente, volveré a moverme. Tacubaya será la Condesa Sur, mis vecinos serán otros, subirá la renta y no volverán a existir los cines de permanencia voluntaria. El departamento que rentamos Octavio y yo es pequeño y decidimos no comprar muebles nuevos, nada pesado, porque dentro de poco, quizás el siguiente año, quizás el otro, volveré a empacar y me llevaré conmigo, una vez más, lo único valioso, lo único que tengo, mis gatos, mi familia y mis recuerdos. 



Keith Dannemiller



Azz Rodríguez

Resonar la migración: bases y metodología para la realización del documental *Caminos Sonoros, música que cruza fronteras*

Jesús Vázquez

A partir del sustento teórico elaborado por Casandra Archundia, Cinthia Serralde y Jesús Vázquez

La principal motivación al realizar *Caminos Sonoros: Música que cruza fronteras* fue generar una narrativa contraria a la de las instituciones hegemónicas, una que observe el fenómeno migratorio a través de un lente distinto al de la necropolítica. Mediante las historias de vida de las personas migrantes, llenas de la riqueza y diversidad cultural que traen consigo, buscamos ofrecer una narrativa que signifique posibilidad, vida, superación y adaptación





Las bases del proyecto

En la segunda mitad del siglo XX, Achille Mbembe utilizaría el término «necropolítica» para denominar las relaciones complejas de poder que se ejercen en el sur global cuyo fin máximo es administrar de manera soberana la muerte a través de distintos dispositivos propios de los países que experimentaron la modernidad de manera distinta a los países europeos. Bajo este concepto, las personas y poblaciones son convertidas en objetos; mercancía que sólo sirve para los fines del gran capital y propician «mundos de muerte» en donde la precariedad, la violencia, la muerte y el terror son el estado y no la excepción para ejercer el gobierno de los cuerpos.

El fenómeno migratorio se ha convertido en una de estas tecnologías; la producción y reproducción de un discurso migratorio en clave de necropolítica ha generado una imagen estigmatizada

de la migración que deshumaniza al migrante y su experiencia. En este discurso, las personas migrantes son convertidas en un mero instrumento para ejercer poder que mantiene a los cuerpos en un sitio de precarización, muerte y violencia. Esto se observa en la mayoría de las noticias sobre el fenómeno migratorio que se difunden en distintos medios a nivel nacional y en cómo las instituciones hegemónicas accionan, a través del poder político y social, las formas en que se posibilita tanto la vida como las formas de morir. Así, específicamente en territorio mexicano, se genera un sistema de políticas migratorias violentas que criminalizan, victimizan y tratan de desincentivar la migración internacional de personas en tránsito por México.

La principal motivación al realizar *Caminos Sonoros: Música que cruza fronteras* fue generar una narrativa contraria a la de

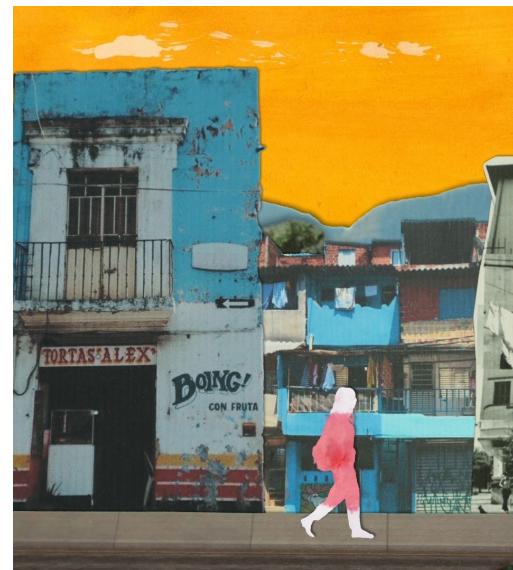
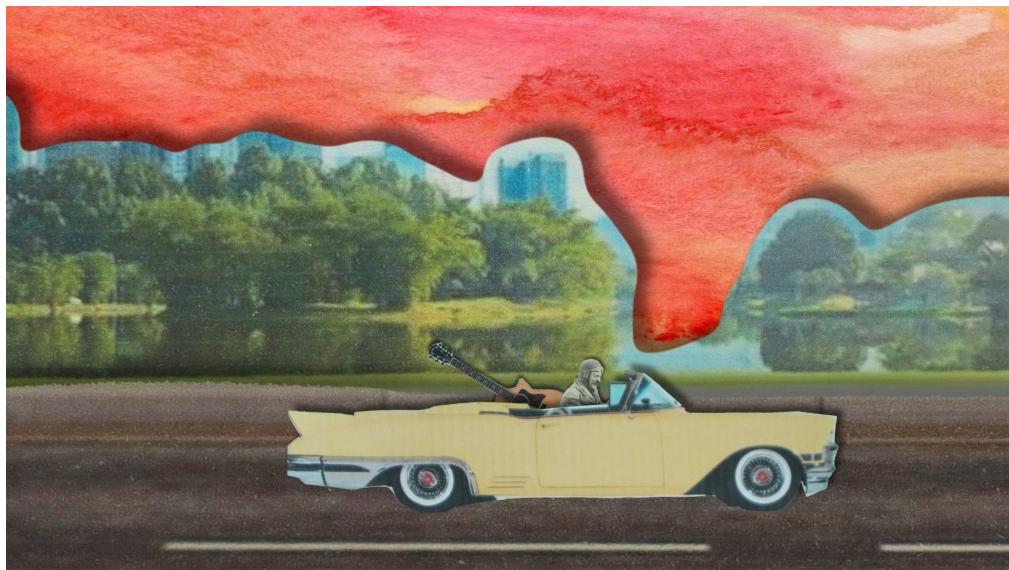
las instituciones hegemónicas, una que observe el fenómeno migratorio a través de un lente distinto al de la necropolítica. Mediante las historias de vida de las personas migrantes, llenas de la riqueza y diversidad cultural que traen consigo, buscamos ofrecer una narrativa que signifique posibilidad, vida, superación y adaptación; escuchar y comunicar sus historias, verdades y experiencias a fin de proponer un cambio en las representaciones hegemónicas de la migración.

La primera tarea esencial de este proyecto fue entender el concepto de migración: más allá de trabajar con un concepto reduccionista que se enfoca en el ámbito legal y las implicaciones económicas, sociales y jurídicas que supone el cruce de fronteras, buscábamos explicar de manera más profunda este concepto para que nos permitiera tener acceso al entendimiento de las distintas razones, procesos y determinaciones que llevan y mantienen a las personas en su trayecto. Diferente a una idea homogénea sobre el fenómeno, este enfoque nos da la posibilidad de visualizar una red compleja de vínculos, contactos y relaciones que mantienen las personas migrantes desde su origen, trayectoria y destino, generando así espacios transnacionales. Con este entendimiento, tuvimos la posibilidad de enfocarnos en todas las subjetividades que son atravesadas por las múltiples experiencias que viven las personas migrantes,

sujetas a procesos de dominación y desigualdades sociales, de género, etarias y raciales.

El segundo concepto de este proyecto es la música, especialmente la popular y su función principal como producto comercial. Al entender que la música se produce para ser vendida y, por lo tanto, consumida, podemos comprender que el valor de la música popular es subjetivo y depende de algo que siempre se halla fuera de ésta, ya sea en la persona que la consume, el autor, la comunidad o la subcultura que se hallan detrás de ellos. Así, la experiencia estética musical está estrechamente ligada a los afectos y emociones de una situación social específica, haciendo que este arte en particular esté abierto a una apropiación personal de un modo que ningún otro arte puede tener en la cultura popular.

Así podemos encontrar diversos usos culturales para la música y este proyecto postula sus bases sobre tres específicos: la creación de identidades concretas, el manejo de los sentimientos, y la organización del tiempo. La música puede representar una respuesta a la búsqueda de una identidad que nos defina particularmente basada tanto en aquellas melodías que nos gustan como en las que no nos gustan. De esta forma, podemos definirnos de manera precisa y construirnos como una audiencia que puede delimitar identidades de género, étnicas, de nación, etc. También la música posibilita una intensidad emocional a aquello que los sujetos quieren



decir entre ellos o a ellos mismos y que, de otra forma, resultaría en un ejercicio poco expresivo. Podemos entender la existencia de canciones que expresan lo mismo que nosotros, pero de maneras más interesantes o emotivas. Es importante entender que, en este aspecto, la música también tiene la función de contrarrestar los pesares de la vida cotidiana; distraerse, divertirse y entretenerte. Por último, la música también funciona como un aparato que gestiona la memoria y nos permite organizar nuestro presente, intensificando la experiencia del momento, definiéndolo a través de una unidad de medida proporcionada por la música y que escapa al tiempo real que transcurre y al pasado; las melodías nos sirven para dotar de un tiempo más específico al momento en el que sucedieron nuestras experiencias vitales más intensas.

Por último, el concepto de identidad fue desarrollado como un proceso constante de producción inherente a cada individuo que se transforma a lo largo de la vida. Más que un rasgo estático, es una relación dinámica entre lo que somos, lo que creemos ser y cómo nos reconocemos en contraste con los otros. La identidad se articula tanto en dimensiones individuales como colectivas y surge tanto de la subjetividad individual como de los marcos simbólicos y culturales que compartimos. Esto nos permite que la identidad exista como algo personal y colectivo y, por lo tanto, existe como un sistema abierto y en constante reformulación,

cuyo sentido emerge de la diferenciación y, simultáneamente, de la pertenencia.

La familia desempeña un papel fundamental en este proceso, pues actúa como la primera comunidad cultural que dota al individuo de valores, creencias y tradiciones que establecen su configuración inicial para entender el mundo. Estos referentes permanecen incluso cuando las personas atraviesan experiencias de movilidad, particularmente en experiencias migratorias, donde el sujeto confronta y resignifica su identidad frente a nuevas realidades sociales. En este sentido, el concepto de diáspora, indispensable para entender la importancia del de identidad dentro de este proyecto, resulta pertinente para comprender la manera en que los migrantes mantienen una relación activa con su lugar de origen. La diáspora no se limita únicamente al desplazamiento físico; es una vivencia marcada por la memoria, la añoranza del hogar y un sentido urgente de reconstrucción del sentido de pertenencia. En *Caminos Sonoros*, estos conceptos resultan fundamentales para comprender cómo la música se convierte en un puente entre la identidad familiar, la memoria y la experiencia migratoria. A través de los testimonios de personas que utilizan la música para recordar, sentir y construir su historia, el proyecto explora la manera en que las identidades se transforman sin perder su raíz, cómo la cultura funciona como un territorio emocional que viaja con cada individuo,



creando conexiones profundas entre pasado, presente y comunidad. El objetivo principal del proyecto es comunicar la forma en que sostienen y transforman su identidad las personas migrantes a través de la música en la CDMX en lo contemporáneo y de qué manera estos procesos generan prácticas interculturales y ejercicios de memoria.

La realización de *Caminos Sonoros*

El proceso creativo de *Caminos Sonoros* surgió en un momento coyuntural no sólo para el equipo creativo, sino para la humanidad en general. El regreso a las aulas después de la pandemia por COVID-19 implicó un proceso de reconstrucción total de las dinámicas de trabajo y aprendizaje, al tiempo que iniciábamos nuestro proceso de titulación que culminaría más de dos años después con la entrega de este documental animado. Desde el inicio, la colaboración en el equipo creador de este proyecto se consolidó como un principio metodológico, fuimos motivados por nuestra afinidad previa y por intereses comunes: la música, la migración y la identidad. El proyecto tomó forma a través de ejercicios exploratorios que nos permitieron acercarnos a estos conceptos desde distintas perspectivas. El proyecto tuvo un primer vuelco de timón cuando advertimos la dificultad de delimitar nuestros sujetos de estudio únicamente a personas migrantes que fueran músicos. Con el acompañamiento académico de la profesora Amarela Varela, replanteamos el enfoque con el fin de situar la migración como eje central del análisis, privilegiando las experiencias de personas en movilidad que emplean la música como recurso identitario, como mecanismo de evocación de la memoria y como herramienta emocional para habitar su experiencia migratoria. El seguimiento realizado por Afra Mejía estableció un marco profesional indispensable para la realización audiovisual y para el diseño narrativo del proyecto.

El trabajo de campo se llevó a cabo en Casa Tochan, un albergue para personas migrantes en la Ciudad de México, donde realizamos más de diez entrevistas. Este espacio se constituyó como un punto de observación fundamental para el proyecto, pues permitió comprender la migración desde su cotidianidad: la movilidad forzada, la ruptura y reconstrucción de vínculos, la

permanencia de la música como elemento articulante de memoria individual y sentido de pertenencia. Aunque al final solamente tres entrevistas conformaron la base del documental, la experiencia en el albergue fue decisiva para ajustar el instrumento de investigación, refinar el guión y consolidar un enfoque metodológico preciso.

La decisión de realizar un documental animado surgió como respuesta a la necesidad primaria de dar un golpe de timón en la representación visual de los discursos hegemónicos sobre la migración, basados principalmente en una imagen documental convencional. Esta decisión no sólo distinguió el proyecto, sino que nos desafió a traducir emociones, recuerdos y paisajes sonoros en imágenes creadas desde cero, construyendo así una estética propia que dialoga con la subjetividad de los testimonios recabados.

La dinámica del equipo de trabajo combinó, durante toda la realización, reuniones virtuales para el trabajo técnico y encuentros presenciales para el desarrollo creativo. Buscamos privilegiar durante este proceso una lógica de producción colectiva coherente con las prácticas profesionales del medio, lo que nos llevó a formalizar este trabajo bajo un colectivo llamado Estudio Miktlán. En suma, *Caminos Sonoros* es el producto de un proceso metodológico que articuló teoría, práctica y experiencia de campo para comprender la migración desde una perspectiva sensible a la construcción de identidades. El documental surgió, entonces, como un dispositivo audiovisual que busca visibilizar que, en la experiencia migratoria, la música opera como un eje de continuidad subjetiva, un puente entre memorias, afectos y territorios diversos.

Conclusión

La realización de este proyecto permitió al equipo desarrollar una comprensión más profunda y matizada del fenómeno migratorio. A lo largo del proceso, el diálogo con las y los migrantes entrevistados se convirtió en un eje formativo esencial para nosotrxs. Escuchar sus trayectorias, sus prácticas musicales y los sentidos emocionales que atribuyen a la música nos llevó a reconocer la migración no sólo como un desplazamiento físico, sino como una experiencia subjetiva marcada por la memoria, los arraigos y desarraigos y la

reconstrucción de identidades. Este acercamiento fue clave para fortalecer nuestra sensibilidad cultural, nuestra capacidad de escucha y nuestra comprensión del valor que tienen las narrativas personales para resignificar la movilidad humana más allá de los discursos estadísticos, estigmatizantes y hegemónicos.

En el ámbito creativo, la experiencia de fragmentar y reconstruir narrativas que nos permitieran articular un relato audiovisual coherente se volvió un ejercicio que exigió rigor conceptual, claridad comunicativa y, sobre todo, una reflexión constante sobre cómo representar de manera respetuosa y precisa, la experiencia migrante. Esta experiencia nos permitió explorar formas simbólicas –audiovisuales y sonoras– que nos permitieran transmitir la manera en que la música funciona como refugio emocional, herramienta de

resistencia y espacio de continuidad identitaria para quienes han debido alejarse de su hogar. Finalmente, este proceso reafirmó la necesidad de promover representaciones más humanas y complejas sobre el fenómeno migratorio dentro del campo de la comunicación. Al documentar las experiencias sensibles que surgen de la relación entre la música y el desplazamiento, tuvimos la oportunidad de comprender que las prácticas culturales de las personas migrantes no sólo fortalecen sus vínculos afectivos y su sentido de identidad, sino que también enriquecen la vida social y cultural de ciudades como la Ciudad de México. En este sentido, el cortometraje busca contribuir a una mirada más empática, inclusiva y crítica sobre la migración y su papel en la construcción de comunidades más diversas y solidarias. ☐





Jakie Muniello-Guzmán

El chucrut provoca gases

Imanol Caneyada

Viridiana había crecido con la idea de que el inglés nombraba un mundo limpio y esponjoso, lleno de escaparates. Yo había crecido con la idea de que el francés contenía las fórmulas arcanas que resolvían todos los misterios. En esa ciudad bilingüe habíamos terminado por refugiarnos en una patria que eran muchas patrias: el español advenedizo

Observé el moco con fascinación y lo pégue debajo de la mesa. Tenía ese mal hábito, el de hurgarme la nariz. Una experiencia excelsa sentir el hilo desprendiéndose de la fosa nasal. Un asco exquisito verlo colgar de la larga uña del dedo índice de la mano izquierda. Una larguísima uña, por cierto, porque acostumbraba a cortármelas de vez en cuando. Bueno, era Viridiana quien lo hacía. Yo estiraba la mano, volteaba la cara y cerraba los ojos. Ella canturreaba canciones inexistentes, me decía beba llorona, chamaca babosa, jotita, mientras el cortaúñas hacía su faena. Me retorcía como si me estuvieran clavando agujas en las yemas. Ella, al final, formaba un montoncito con aquellas células muertas, las arrastraba hasta la palma de la mano y las arrojaba al bote de la basura. Yo revisaba el resultado todavía con hormigas en la punta de los dedos.

Busqué la caja de zapatos debajo de la cama. Viridiana dormía hecha un ovillo de nalgas y brazos. Abrí la caja. El rostro de Isabel II de Inglaterra seguía ahí, con su expresión regia y soberana.

Cinco dólares, cinco putos dólares. Viridiana abrazó la almohada y estiró las piernas rompiendo el ovillo. Sus nalgas se hicieron cordillera. Dejé la mirada en su culo. Ese culo me había dado de comer durante los últimos seis meses. Orgullo de mierda. Una noche la saqué del club muy dispuesta a todo. Ya no vuelves a este antro de mala muerte, le dije. Me tomó la palabra. En realidad era un club limpio de normas estrictas. Las mujeres bailaban y se desnudaban en las mesas y los clientes se conformaban con mirar. Luego pagaban los cinco dólares que costaba la pieza y las mujeres volaban a otra mesa. Era un club decente con forzudos atentos a cualquier desmán.

Y yo, la mayor pendeja del mundo, me quejé con Isabel II que seguía sola en su caja de zapatos. Demasiada caja para tan poco billete. El problema había sido aquel colombiano hijo de puta empeñado en tocar las tetas de Viridiana. Raymond le advirtió dos veces. A la tercera lo pescó de los hombros, lo levantó y en vilo lo llevó a la salida para echarlo en plena avenida Saint Denis. Un buen tipo Raymond.

Viridiana cruzó corriendo el local, en pelotas, con las manos crispadas sobre sus pechos y unas lágrimas de asco. El colombiano le había recordado ciertos rostros, ciertas pesadillas. La seguí hasta los camerinos y le solté la promesa.

Viridiana abrió los ojos y bostezó. Ver a esa mujer estirarse en la cama era como ver despertarse a la vida misma. Tenía la piel lechosa y el cabello negro, largo, liso hasta la cintura. Un rostro mitad francés, mitad apache; dependiendo de la luz del día resaltaba más una mitad que otra. En la penumbra era más apache que francesa. Unos dientes robustos, una cadera potente, una cintura breve, unos muslos marmoreos, unos senos pequeños y firmes, unas nalgas bien alimentadas. Había nacido en un pequeño rancho de Chihuahua y exhibía con arrogancia esa sorprendente sopa de genes propia del norte de México. Que terminara de gobernadora del Quebec o en un club de estriptis de la avenida Saint Dennis poco importaba. Viridiana era capaz de resolverlo todo con una carcajada.

—Ven aquí, morra, dame un beso —me dijo.

Me acomodé en sus labios esponjados y me olvidé de Isabel II en su caja de zapatos.

En el refrigerador había pan, jamón, mayonesa y un jugo de naranja tan dulce que lastimaba los dientes. En el departamento había una cocina que en algún punto se transformaba en una recámara-sala-comedor con una cama en un rincón. El edificio se encontraba a una cuadra del metro Papineau. Estaba habitado por latinoamericanos. Terminé de instalar mi cuerpo tractor en los brazos de Viridiana y me dediqué a mordisquear sus bíceps y sus pezones.

—Ya déjate de cosas y ponte a buscar trabajo, cabrona.

—El gordo Silva me va a conseguir chamba en el restaurante donde trabaja. Es un restaurante muy fino por el rumbo del Vieux Montreal.

—¿Y de qué es la chamba, si se puede saber?

—Lavando platos, ni modo que sea de *maître d'hotel*.

Puse cara de *maître d'hotel*. Viridiana no podía dejar de reír. La engullí con mi cuerpo de luchadora libre y unos segundos después la devolví al revoltijo de la cama. Se alejó de mí —tendida sola con unas tremendas ganas de cigarro— hacia el cuarto de baño. Ya sentada en la taza, soltó un chorro escandaloso.

—Tengo un hambre de la chingada —gritó.

—Come un sándwich de jamón, no hay más.

Comprobé que sólo quedaban dos cigarros en la cajetilla. Dudé unos segundos. Arrojé la cajetilla al piso y enterré la cara en la almohada. Tendría que aplazar las ganas unas horas a la espera de que sucediera algo: un encuentro, un golpe de suerte. La tarde prometía. Era julio y Montreal se ofrecía como un pastel de queso. Imaginé los parques de la ciudad. Los cuerpos enfermos de invierno al sol. Las ardillas. Los ciclistas y los caminantes. Los impenetrables círculos de quebequenses apostados alrededor de un picnic. Saint Hélène, Mont-Royal, Maisonneuve. La tarde estaba afuera, cálida y luminosa, y la isla se regocijaba con urgencia, consciente de las horas contadas. Sus habitantes apuraban el sol del verano como los viejos consumen sus últimos días. Dejé de pensar en los parques.

Viridiana se sentó al borde de la cama con un sándwich de jamón en una mano y un vaso de jugo de naranja en la otra. Era rústica en el masticar y el beber.

—¿Cuánto queda?

—Cinq dollars.

Me gustaba de pronto soltar frases en francés para molestarla. A ella, ese idioma de górgaras se le derramaba de la boca. Hasta entonces se las había arreglado con el inglés. Montreal era un perro y un gato encerrados en una caja a la deriva. Viridiana había crecido con la idea de que el inglés nombraba un mundo limpio y esponjoso, lleno de escaparates. Yo había crecido con la idea de que el francés contenía las fórmulas arcanas que resolvían todos los misterios. En esa ciudad bilingüe habíamos terminado por refugiarnos en una patria que eran muchas patrias: el español advenedizo. Viridiana terminó el sándwich y anunció las ganas de bañarse. Antes había dicho: a ver qué se nos ocurre. Dejé de pelear con el deseo, busqué la cajetilla en el piso y prendí uno de los dos últimos cigarros. Siempre habría una solución más tarde. Aspiré el primer humo al tiempo que el agua comenzaba a correr por el cuerpo de Viridiana. De pronto todo me pareció simple. Tenía que significar algo que una tipa gorda como yo, fea, sin dinero y sin papeles, hubiera conquistado a la bailarina más codiciada del *Mistére de Femmes*, nombre infame.

—Mira qué eres imponente, morra, voy a gastar mis últimos cinco dólares en ti —le dije a la tercera noche, cuando ya sabía



Jesús Quintanar

que era mexicana, como yo, y los bailes se habían convertido en un pretexto para conversar. Ella aceptó que la esperara en un rincón del antro hasta el término de su turno. Bajamos por Saint Denis a Villeneuve y por Villeneuve llegamos al Vieux Montreal. Cenamos algo en un pequeño bistró. Ella pagó la cuenta. A la semana nos mudamos juntas. Ella puso una sola condición. Yo no tenía condiciones. Cada mañana, al comprobar que Viridiana amanecía a mi lado, le susurraba al oído un *merci*. Ella sonreía entre sueños y tiraba un brazo sobre mis tetas voluminosas. Luego vino el incidente con aquel colombiano de mierda. El orgullo tenía un precio. Cinco dólares en una caja de zapatos y un cigarro. Hasta ese día había logrado posponer el momento en que la risa dejara de ser suficiente. El gordo Silva me había prestado cien dólares. No era cierto que me hubiera ofrecido chamba en el restaurante. Había comenzado a mentir porque la verdad era un veneno que terminaría por liquidarnos. Apagué el cigarro en un cenicero que

había robado de una brasserie. Me saqué otro moco. Fue a dar al interior de la pata de la cama.

—¡Cómo eres cochina! —me gritó Viridiana envuelta en una toalla bajo el quicio de la puerta del baño, con el cabello escurriendo entre sus senos—. Vámonos al Viejo Munich, nos alcanza para un pichel. Con una cheve helada todo es más fácil —propuso.

Llegamos a las puertas de una construcción enorme en la esquina de Saint Laurent y Maisonneuve. Era rectangular, con tejado de dos aguas y postigos de madera. Las paredes estaban pintadas de blanco y las vistas, de rojo. En el frontispicio había un balcón que nadie utilizaba. Labrado en piedra sobre el frontón podía leerse: *The Old Munich*. Adentro, el decorado del galerón era una réplica exacta de una cervecería bávara. Grandes mesas de madera tosca dispuestas en paralelo con bancas corridas a los costados. En el centro, elevado unos dos metros, se encontraba un escenario hexagonal en el que músicos vestidos a la

usanza bávara interpretaban música vernácula del Freistaat. Conforme transcurría la noche y el alcohol ablandaba las caderas de los quebequenses, los tradicionales instrumentos germanos eran sustituidos por bajos y guitarras eléctricas; el folclor se convertía en canciones de boda para bailar en grupo alrededor de las mesas con restos de salchicha, costillas de puerco y chucrut. Era un lugar ruidoso, anónimo y con cerveza barata. A Viridiana le gustaba sentarse en alguna de las mesas ubicadas en un segundo nivel alrededor de la bodega, y observar a los nativos brincar como robots borrachos. Se reía de su torpeza, de su incapacidad para seguir ritmos tan dispares como un swing o una salsa. Viridiana disfrutaba de esa enorme cervecería porque era un lugar inofensivo. De alguna forma, le recordaba a las fiestas que su familia organizaban en el patio de su casa en un tiempo en que una fiesta no terminaba en una carnicería. Antes de que su pueblo fuera un cementerio. Para mí, el Old Munich no representaba más que la posibilidad de estar con ella. Al entrar a ese viejo galerón, Viridiana dejaba afuera el olor a muerte que a veces despedía.

Ese sábado habían llegado dos autocares llenos de ancianos procedentes de un asilo. Ocupaban las mesas centrales. Pedimos un pichel y nos sentamos en una mesa para cuatro que quedaba justo encima del centenar de viejos. Congestionados por la cerveza y el chucrut, masticaban con precaución, bebían pequeños sorbos de los tarros y agitaban sus cabezas blancas al compás de la música. Mujeres de senos maternales ataviadas con el traje típico de Baviera cargaban jarras y platos sobre grandes charolas.

—Qué hambre de la chingada —protesté.

—No pienses en comida, morra.

Después de pagar el pichel nos quedaba un dólar con veinticinco centavos en el bolsillo. Me bebí de un solo trago el tarro y me serví más cerveza. Mi sangre absorbió el alcohol como una esponja. Viridiana me imitó. Sus ojos muertos comenzaron a brillar. Los músicos se montaron en la versión anglosajona de la conga: Come on shake your body baby do the conga. Muchos de los comensales dejaron sus mesas e invadieron los pasillos y el corredor que ceñía el escenario. Bailaban como marionetas. De pronto Viridiana se incorporó y me jaló del brazo.

—Vente, vamos a bailar.

Nunca lo hacía, ni en el Old Munich ni en ninguna parte. Prefería observar a los otros. Pero había pasado al menos un mes desde la última vez que se había deslizado por un tubo. El cuerpo de Viridiana poseía una memoria muy vieja pero muy poco rancorosa. Mucho más vieja incluso que el miedo y el silencio. Yo oscilaba entre la torpeza que exhibía junto a ella y el virtuosismo que significaba bailar entre un montón de ancianos canadienses. Viridiana utilizó mi corpulento esqueleto como un pretexto, un contrapunto, y supo deslizar la cadera por los recovecos más adormecidos de un público que se hizo círculo alrededor. Cuando terminó la canción, el círculo estalló en un aplauso de pellejos y manchas. Exultantes, sudorosas, hacíamos caravanas mientras regresábamos a la mesa. No nos dimos cuenta de que uno de los ancianos nos fue siguiendo hasta pararse a un lado de Viridiana. Sonreía y sus mejillas estaban encendidas. Aún jadeaba a causa del baile. Una considerable erección palpitaba bajo su pantalón de franela. Era un bulto descomunal para un sujeto tan viejo.

—*Merci* —dijo—, *merci beaucoup, ça fait longtemp que ne voyait pas une chose pareil.*

El viejo extendió la mano, tomó la de Viridiana y besó el dorso al tiempo que deslizaba un billete en la palma. Le guiñó un ojo, hizo una especie de pase mágico sobre su cabeza, dio media vuelta y se perdió entre sus compañeros.

—No mames, veinte dólares por mover las nalgas —exclamé.

Viridiana hizo una mueca que no supe cómo interpretar. Era un gesto que comenzaba como una ballesta a punto de dispararse y terminaba en una sonrisa llena de cenizas. El billete se reflejaba en la jarra medio vacía. Viridiana llamó a gritos a una mesera que pasaba cerca. Pidió otro pichel y una orden de salchichas con puré de papas y chucrut. Aunque el chucrut le provocaba gases.

Cuando tuvimos el plato delante, empezamos a comer con parsimonia. Masticábamos despacio sin dejar de vernos a los ojos.

—¿Quedó algo para unos pinches cigarros? —le pregunté.

Como toda respuesta levantó su prodigiosa nalga derecha apenas unos centímetros y dejó escapar un sonoro pedo. Yo me saqué un moco de la nariz y lo pegué bajo la mesa.

A las doce de la noche entramos al metro Saint Laurent. En la escalera mecánica nos dimos un prolongado beso mientras descendíamos. Fue un beso pegajoso, de babas y ajo, salchicha y cerveza. Un beso que duró todo el trayecto de la escalera. Caminamos a lo largo del andén con la mirada perdida en el túnel donde, en unos minutos más, aparecería el último convoy. No encontraba la forma de quitar los ojos del agujero negro. Una espesa tristeza me fue alejando de ella. A Viridiana, en cuanto se separó de mí al pie de la escalera, le rodeó ese olor a muerte del que no podía deshacerse ni con el tiempo ni la distancia. Me senté en uno de los bancos de cemento del andén. Me pregunté cómo llegar a casa y hacerle el amor a la mujer que esperaba ausente la aparición del tren. Ya no sabía cómo despertar al día siguiente a su lado y susurrarle al oído merci. Tal vez a causa de esa ignorancia, o del recuerdo del anciano empalmado frente a la mesa del Old Munich, o del alcohol, cerré los ojos y descansé el rostro en mis manos. Por eso no los vi llegar; tampoco Viridiana, obcecada en la negrura del túnel.

Nada hubiera cambiado de todas formas.

Estábamos al fondo del andén, un callejón sin salida. Los cinco tipos que acababan de aparecer permanecieron menos de un minuto

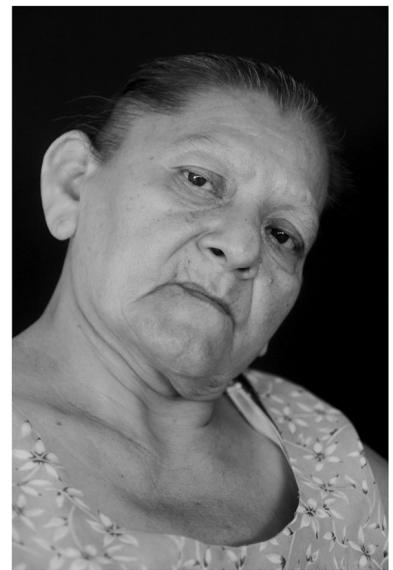
en medio del largo pasillo. Barrieron el subterráneo con la vista, intercambiaron unas palabras y comenzaron a caminar hacia nosotras. Hombro con hombro ocupaban todo el ancho del andén. Un grupo variopinto. Dos eran extremadamente gelatinosos, con esa expresión cercana a la idiotez. Podían pasar por mellizos. Marchaban a los extremos. En medio iba el más alto de todos ellos. Su rostro era como un hachazo en pleno rostro. Los ojos parecían no caber en sus órbitas, dos huevos cocidos. A los otros dos nada los distinguía salvo su propia insignificancia. Los cinco llevaban raras las cabezas, calzaban botas militares y vestían pantalones de camuflaje. A los cinco les colgaban de la cintura sendos tirantes. En la pechera de sus camisetas blancas, cada uno había trazado una suástica con un marcador negro. El recio taconeó hizo que levantara la cara.

—¡Puta madre, *skinheads*!

Viridiana rompió el hechizo del túnel y encaró a los sujetos con sus ojos cenizos. Analizó a cada uno de ellos ya sin la angustia que le había empujado a huir del colombiano hijo de puta en el club o a abandonar el pueblo en el que había nacido. Supo de inmediato qué querían. Y supo que estaba harta de escapar.



Arturo Ramos



Me incorporé del asiento y me situé entre Viridiana y los *skinheads* que seguían avanzando a nuestro encuentro. El andén estaba vacío. Faltaba poco ya para que llegara el último convoy. Era la única esperanza. Cinco neonazis un sábado por la noche en busca de diversión se topan con unas latinas lesbianas. Un dominicano había sido acuchillado salvajemente en un camión de línea dos semanas antes: nadie de los presentes había movido un dedo. Cuatro o cinco días atrás, un haitiano había recibido una paliza que lo había convertido en un vegetal. En los bosques de las Laurentides, los *skinheads* eran entrenados militarmente para jugar a la guerra de la supremacía racial. Me puse a temblar. Contemplé a Viridiana. Bajo la luz blanquecina del metro su rostro me pareció más francés que apache. Cuando volteeé de nuevo para encarar a los neonazis, uno de los gordos gelatinosos se había adelantado unos pasos al resto del grupo y sin mediar palabra me reventó el hocico con un puño americano. Fui a estrellarme contra el banco. Por un momento todo se pintó de blanco alrededor. Luego, poco a poco, volvieron las imágenes y la realidad resurgió ante mí desenfocada. Alcancé a distinguir cómo el más alto se situaba detrás de Viridiana, le aprisionaba los senos y le lamía la cara con una lengua bovina mientras otro de los *skin* embestía su sexo con la mano derecha. Los dos gordos se habían colocado a mis flancos para impedir que me pusiera en pie. Las palabras *patois* de los sujetos llegaban inconexas a mis oídos. La proximidad del convoy las ahogaba. Los ecos de los hierros se adelantaban en una carrera loca por el túnel mientras Viridiana, impasible, aletargada, se dejaba manosear por los neonazis, cuyos insultos le sabían a los mismos insultos de siempre, aunque no los comprendiera. Al entrar el metro a la estación nos dejarían en paz, me dije en el instante en que el primer vagón asomaba por el túnel.

Fui a comprar cigarros. Cuando regresé se había marchado. El silencio del silencio, el fantasma del fantasma en que Viridiana se había convertido en los días posteriores a la agresión, flotaba en el departamento de Papineau como el polvo en las columnas de luz que entraban por la ventana. La violencia de esos tipos me había dejado temblando, indefensa, partida en dos, rota, irreparable. No hay peor infierno que el implacable conocimiento de que nunca podrás defender a los seres amados. Cuando esa certeza

se esfuma como se esfumó en la estación de metro, entre el ruido caliente de la máquina entrando a toda velocidad, los rostros indiferentes de los pasajeros, las manos de los *skinheads* quemando el cuerpo de Viridiana, mancillándolo con esa violencia tautológica nacida del odio más puro, los golpes y escupitajos en mis carnes, los insultos mascullados con una ingenuidad estremecedora... cuando eso sucede, cuando las horas posteriores se convierten en todos los hubiera y los tendría que haber hecho, un animal insaciable te consume por dentro y terminas por no soportar la presencia de la persona a la que debías haber defendido. Por más que traté de acurrucarla en mis brazos, de amarla como tal vez no la había amado, de lamer sus heridas y las mías, Viridiana fue envolviéndose en ese olor a muerte que a veces la acompañaba hasta que ya no pudo más y se largó.

No me sentí abandonada. Antes bien, un asqueroso alivio fue aplacando al insaciable animal y en cuanto me supe sola, lejos de Viridiana, pude empezar a olvidar. Solo en las pesadillas regresaban los sujetos a poblar mi más profundo terror: nadie podría evitar en el futuro que Viridiana o yo fuéramos ultrajadas nuevamente: ni la policía, a la que no podíamos acudir porque éramos ilegales; ni los amigos, a los que no les contamos nada porque hacerlo significaba soportar una piedad claudicante igual de ofensiva; ni la familia, lejana y maltrecha, desperdigada por esa otra geografía mortuoria de la que habíamos huido. Perdida la prepotencia de mi ingenuidad, las calles y las noches de Montreal ahora las habitaban banales monstruos que ejercían su poder ante la indiferencia de todos.

Pasaron los meses. Dejé de usar el metro y solo de día abandonaba el departamento. Solo de día caminaba las avenidas en busca de cualquier trabajo que me permitiera sobrevivir: calles y bulevares que hasta antes del asalto me habían parecido paisajes blandos y acogedores. En una de esas caminatas pasé frente al *Mistère de Femme*, nombre infame si lo había. Una foto tamaño póster de Viridiana en bikini de lentejuelas formaba parte del menú en el que otras mujeres vestidas de igual forma exhibían esas poses que a los hombres ponían tan calientes. Me detuve unos segundos frente al cartel. En los ojos de Viridiana la cámara había captado una sombría presencia, la de un ruidoso tren cargado de muerte. □



Cristian Palma

TRAYECTORIAS UACEMITAS

Fanny Morán

Entrevista a Perla Santos



Debo confesar que no recuerdo el momento exacto en el que conocí a Perla. Mi duda va entre la materia de ensayo literario o alguna de gramática. Ella es una de las personas que más admiro, no sólo porque nos une una gran amistad (y aún este adjetivo se queda corto) sino porque constantemente está involucrada en un sinfín de actividades culturales, además de su trabajo como psicóloga. Perla Santos es y ha sido mi compañera en muchos proyectos, somos como una especie de sismo y replica o como esas duplas cinematográficas: donde va una, va la otra. Y conocerla es ver la vida desde otros ojos, en otros zapatos.

Fanny Morán: ¿Cómo llegaste a la UACM?

Perla Santos: Me encantaría decir que fue el destino, suponiendo que eso significa que era algo diseñado para mí, aun sin que yo pudiera darme cuenta de ello. Lo que en realidad creo es que el modelo

educativo de la universidad es generoso, democrático, sensible —en muchos aspectos— a ese gran lema que la caracteriza: «Nada humano me es ajeno», y desde esa perspectiva, es un destino que todas y todos merecemos y podemos sentir tan propio.

Lo cierto es que ahora caigo en la cuenta de que, tal vez, esa sea la decisión más consciente que he tomado en mi vida. Tenía, en ese entonces, la claridad de querer escribir y de escribir «bien», porque, aunque había escrito ya una novela, algunos cuentos y no sé cuántos poemas, yo creía que lo que hacía era malo, «horriblemente asqueroso de malo». Quería escribir, no sé si quería publicar; quería descubrir lo que podría hacer si aprendía algo sobre el oficio de la escritura y busqué opciones. Comencé en el Faro de Oriente y me gustó y, aunque lo disfrutaba mucho, sentía que era insuficiente. Esa necesidad me llevó a buscar las posibilidades en las universidades públicas y encontré la licenciatura en Creación Literaria en la UACM. No podía creer que existiera algo tan exacto para mí. Fue una materia en el plan de estudios la

que me hizo saber que acá era mi lugar: *La narrativa escrita por mujeres a partir de una habitación propia* de Virginia Woolf. A pesar de que todo pintaba tan bien, tenía mis dudas, no estaba segura de contar con el tiempo requerido para cursar otra licenciatura, no sabía si mis condiciones económicas me permitirían regresar a la escuela y a eso se sumaba que estaba pasando por un periodo de salud muy inestable. Fueron dos los factores que me impulsaron a dar el paso: por un lado, fue que, al continuar revisando la oferta educativa, vi que había una licenciatura que podría ser de interés para mi hermana y cuando se la presenté se mostró emocionada, así que la idea de compartir este proceso me llenó de esperanza.; por otro lado, ya no podía cubrir del todo mis gastos médicos y la universidad era una vía de acceso al sistema de salud. Entonces, hice el registro con mucha emoción y, curiosamente, en el sorteo de ingreso mi hermana quedó seleccionada y yo no. Para entonces no tenía la menor duda de que regresaría a la universidad, solo tenía que esperar así que quedé muy atenta en la lista de espera y en el siguiente año ya estaba inscrita. Durante ese año me dediqué a revisar a detalle el plan de estudios, continué con mis talleres en el Faro de Oriente sumándome además al taller de poesía, o sea, nunca dejé de escribir.

Estaba tan contenta de emprender este camino en ese momento de mi vida. hablo de que, en 2015, que es cuando ingresé a la UACM, yo tenía ya 34 años, no tenía ninguna presión social, ni familiar ni emotiva para complacer a nadie, solo estaba haciendo algo para mí. En ese momento, no pensaba en formarme desde una mirada estrechamente profesional. Lo que tenía claro era que quería aprender, tenía mucha hambre de palabras, de sonidos, de historias, de descubrirme en mi escritura desde otras perspectivas, ampliar la mirada, el alfabeto, el mundo, mi mundo. Desde esa perspectiva ya sabía que lo que iba a encontrar iba a ser extraordinariamente maravilloso. Y lo ha sido.

Por eso que no quiero quitarle el elemento mágico de este proceso, a veces, con mucha conciencia de que estoy romantizando, me gusta creer que era mi destino, sí, como si al ir caminando me encontrara un obsequio con una dedicatoria a mi nombre. Como si una extraña fuerza me llamara al encuentro con la UACM, o sea, como si yo la buscara sin saber que existía. Tiene que ver con que ahora puedo historizarme y reconocer que escribo desde que aprendí a formar palabras, cuando puse mi nombre en papel ya imaginaba que

cada letra era un bichito con vida propia que bailaban y jugaban más allá de mi voluntad. Y seguiré escribiendo hasta el final de mis días.

Antes de Creación Literaria fue Psicología en la UAM. ¿Cómo ha sido tu paso por las universidades del país?

Es muy curioso que parezca que mi transitar universitario se vea como una gira artística, aunque sí ha sido algo parecido, quizás más como un maratón. Debo confesar que atravesé primero la UNAM —o, ella me atravesó a mí—. En 2000, ingresé a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, estudiaba Relaciones internacionales. No la terminé. Cuando reviso esa parte de mi vida la reconozco como la etapa más oscura y triste. Pienso que el modelo educativo es muy violento, deshumanizado, devorador y yo era muy joven para desarrollar habilidades de ese tipo de competencia y, además, entre el trabajo y la escuela dormía a lo mucho cuatro horas diarias, comía muy poco y muy mal, a veces eligiendo el destino de mi dinero entre los alimentos y el material de lectura; no tenía computadora ni Internet, ¿cómo podría ser parte de un equipo? No sé si como intento de filtrar los talentos y las resistencias. La verdad es que no termino de entender por qué, era claro cómo el profesorado nos limitaba mucho la visión para el campo laboral, como si la única opción fuera el área diplomática y con la sentencia, además, de que esos espacios estaban destinados para los varones. Yo no supe, no pude, no tuve las fuerzas para integrarme, lo intenté hasta agotar los tiempos y las formas de terminar, pero en realidad no quería hacerlo y al iniciar 2007 por fin solicité mi baja definitiva. Para entonces ya estaba lo suficientemente decepcionada de mí, tan rota como para seguir ahí, aunque internamente, sabía que no todo era mi responsabilidad. Desde ahí empecé a considerar otros espacios educativos, pensaba que, probablemente, había otras formas, otras pedagogías, otros tratos, otras formas de construir conocimiento, habría que buscarlos, por eso sabía que, en algún momento, aunque fuera ya muy viejita iba a regresar a la universidad.

No quise esperar tanto, total, ya nadie —ni yo— esperaba algo de mí como profesionista. En 2009, hice solicitudes para cuatro universidades, me fue bien en todas. Me quedé en la UAM Xochimilco por dos motivos: era la menos lejana y su sistema modular me resultaba muy atractivo.

Me enamoré de la UAM desde el día uno, me resultaba extraordinario que otorgaran tantos recursos al estudiantado: cada trimestre nos entregaban una valera canjeable por fotocopias y había un comedor del que dispuse casi toda la licenciatura para desayunar y comer. El ambiente era tan distinto a lo que conocía hasta entonces; las y los docentes no eran autoritarios sino cercanos, las jerarquías en el aula parecían sustituirse por un constante trabajo en equipo, casi siempre interdisciplinario —por lo menos claramente marcado en el primer año— y la biblioteca estaba bien nutrida y dispuesta con espacios para colectividades pequeñas. Fui incentivada, desde los primeros trimestres, a escribir y publicar en las revistas universitarias, yo estaba muy insegura como para creerlo, me limitaba a mis clases y fui muy lenta para descubrir las muchas otras actividades que ocurren fuera del aula y que sin duda son también parte de la formación universitaria. Terminé con un muy buen promedio, satisfecha, contenta, no me hacía falta nada. Y por nada hablo también del título, no lo tramité, aunque cumplí con todos los requisitos, pero en ese momento de mi vida un papel ya no me determinaba en ningún sentido.

Ya luego hice lo pertinente y he participado en diplomados y seminarios, quizás regrese por alguna maestría, aunque no es mi prioridad por ahora.

¿Por qué y para qué estudiar Creación Literaria?

Primero, porque tenía claro un sinfín de carencias. Ya para entonces era una lectora gozosa; sin embargo, sentía que leer la recomendación de los clásicos —esa lista de autores imperdibles que ganan premios y venden muchos libros— no era el todo y no sabía cómo buscar lo otro, lo que no estaba en las bibliotecas ni en las grandes librerías. También tenía un asunto personal que resolver, en 2020 tomé un Taller de Creación Literaria en la UNAM y, el profesor —«de cuyo nombre no quiero acordarme»— se rio de mí cuando le dije que quería dedicarme a la escritura como algo permanente en mi vida. Su risita burlona me hizo suponer de inmediato que lo que yo escribía era realmente malo y como yo seguía escribiendo y sabía que no iba a dejar de hacerlo, pues sería mejor ir corrigiendo esas cosas que para mi maestro y otras personas como él, eran tan evidentemente malas.

Lo que encontré en la licenciatura de creación literaria era mi mundo perfecto, tenía a mi alcance muchísimas lecturas interesantes, novedosas, subversivas, desafiantes. El profesorado también era cercano y mucho del material ya podía compartirse de manera digital lo que reducía todavía más los gastos para sostener los estudios. El acompañamiento de los y las profesoras era puntual y nutritivo, acá rara vez me topé con juicios de valor sobre la buena y la mala literatura, más bien, el constante cuestionamiento al respecto forma parte de la construcción de saberes. La licenciatura tiene cinco áreas de formación profesional, eso fue un gran plus respecto a lo que yo buscaba, y debo decir que he podido desarrollarme en cada una de ellas en alguna medida.

Ahora estudias Arte y Patrimonio, cuéntanos qué te impulsó a estudiar una segunda licenciatura en la UACM.

Acepto que hay en mí algo parecido a la adicción en relación a los estudios. La verdad es que, independientemente de que esté inscrita en una institución educativa, creo que, desde mis veintes, me la paso tomando cursos de todo lo que puedo. La pandemia, por ejemplo, fue un festival de cursos *on line* gratuitos y yo los disfruté muchísimo.

En parte, también puedo distinguir tres factores claves para buscar una segunda licenciatura aquí; en primer lugar, fue que me enamoré rotunda y perdidamente de la UACM. La UAM ya me había hecho sentir en el paraíso, este espacio era lo que le seguía. Y aclaro que no es perfecta, también tiene mil y un asuntos que corregir, pero su accesibilidad y el cuidado con los y las estudiantes me ha impresionado. Acá, además del comedor, se prestan tabletas, hay becas para el pago de Internet, para el apoyo en los estudios, para poblaciones vulnerables, para la realización del servicio social, para apoyarse en el proceso de titulación y no sé cuántas más. También descubrí muchísimo talento entre los y las compañeras pues, además de que hay infinidad de artistas, me encontré a varias/os cursando aquí su segunda o tercera licenciatura, lo que significa que no soy la única en esa situación.

El segundo factor es que quería más. Había terminado todos los créditos de Creación Literaria en tres años y no quería que eso fuera todo. Y, en tercer lugar, el seguro facultativo es importante bajo mis circunstancias de salud, con el acceso a este derecho solvento alrededor del 70% de mis gastos médicos.

Debo aclarar que, como segunda licenciatura en esta casa de estudios, mi primera opción era estudiar Filosofía, para entonces ya estaba muy activa en el mundo literario y la difusión, por eso pensé que me convendría profesionalizarme en la gestión cultural. Fue un acierto a medias porque lo que yo hago ya demanda más de lo que el plan curricular me ofrece. Aun así, solo me faltan certificar cinco cursos, ya concluí el servicio social y pronto estaré en el proceso de titulación.

Formas parte del Comité Organizador de la FENALEM. ¿Qué es lo más satisfactorio de este papel como gestora cultural?

Me convertí en gestora cultural sin buscarlo, aunque también sin dudarlo. Lo único que tenía claro era la necesidad de abrir espacios para la difusión de la literatura escrita por mujeres y, una vez que iniciamos supe que eso no lo iba a dejar. El trabajo es mucho, a veces me siento rebasada, creo que hay momentos en que así nos sentimos todas, pero las satisfacciones son muchas. En primer lugar, podría decir que descubrir el maravilloso universo literario que han construido las escritoras es un hallazgo valiosísimo. De la mano va mi reconocimiento para tantas mujeres que están escribiendo y publicando y buscándose espacios porque los que hay ya tienen el letrero de «reservado», basta revisar los resultados del SNCA de este año, por ejemplo. La FENALEM, es un espacio físico y simbólico donde se conjuntan creadoras, gestoras, editoras, comunicadoras y el público para mostrar esa otra parte del mundo literario que al sistema oficial le sigue costando tanto trabajo reconocer. Es magia lo que ocurre en este encuentro, es un evento único, diferente de cualquier otra feria pues en esta las protagonistas son las escritoras y no las editoriales ni las trayectorias.

Un plus de este trabajo es la colectividad. Trabajar en equipo no es cosa sencilla y menos cuando, siendo un grupo de mujeres, las miradas están puestas en nuestros errores más que en nuestros logros. Somos un proyecto autogestivo, no tenemos dinero, solo buena voluntad, la necesaria para sostener ya seis ferias, tres concursos nacionales de poesía y seis años de trabajo ininterrumpido. La comunidad que hemos construido entre nosotras es sumamente grata y enriquecedora, estoy rodeada de mujeres de las que aprendo cada día. Si bien, soy una lectora que disfruta mucho la literatura,

descubrir a la persona detrás del libro siempre es un hallazgo maravilloso.

Ahora participo en muchas actividades culturales de la universidad desde este proyecto, cada año tenemos stand de libros en la Feria del libro en el plantel del Valle, tenemos Foro en el Festival Semillas, hemos generado espacios de presentación para estudiantes de Creación Literaria, por ejemplo. Es muy grato participar en estos eventos como colaboradoras además de público.

Platícanos sobre tus publicaciones.

Recién entré a la UACM y tuve la suerte de ser antologada en un libro de cuentos que reunía el trabajo de varios talleres, yo participaba como parte del Taller de Narrativa del Faro de Oriente con el cuento «Tres días», que narra la experiencia de una chica que fue secuestrada y logró sobrevivir.

Lo siguiente me lo publicó la UACM por un concurso de ensayo que conmemoraba los 15 años de la universidad, ahí obtuve el tercer lugar.

También ligado a la UACM, los poemas de varios estudiantes de la licenciatura formaron parte de una antología, *Voz de Tezontle*, de la editorial Nado Mundo.

Mas adelante fui seleccionada como una de las 25 ganadoras del primer Concurso Nacional de cuento de Escritoras Mexicanas y mi cuento «La culpa» fue parte de esa antología.

Por parte de la FENALEM, creamos una antología muy bella con consejos prácticos de escritura, ahí se publicó mi ensayo «Falso talento» con su respectivo decálogo.

Fui parte del número cinco de la antología *Historias metropolitanas*, de la UAM, ahí participé con mi texto «Cartas desde la periferia».

Hace algún tiempo ayudé a coordinar dos antologías digitales con la editorial EOS Villa de Argentina, la primera conmemorando el 8 de marzo y la segunda eran textos en torno al amor romántico.

Tengo también algunas participaciones en la *Revista Tlacuache*, *Palabrijes*, *Nomastique*, *DEMAC* y *Mood Magazine*. Últimamente, el material publicado son reseñas de libros en la revista digital *Tianguis de Letras*, coordinada por el área de Publicaciones de la UACM.

También has sido tallerista, háblanos sobre esta faceta.

Pienso que los talleres son una de las muchas formas de enseñanza-aprendizaje y yo he trabajado en ese campo desde muy joven. He dado clases de alfabetización, primaria y secundaria para jóvenes y adultos; fui maestra de mecanografía y computación básica; he sido docente suplente en universidades privadas cuya experiencia me debería hacer abstenerme de mencionarlo. También he sido parte de colectivos culturales dedicados a las infancias. Desde aquí, la experiencia frente a grupos se ha nutrido a lo largo de la vida. Específicamente, respecto a mi ejercicio como tallerista, comencé primero desde el ámbito religioso, después desde el psicológico y ahora también desde lo literario y fue en este último en el que pude sistematizar la experiencia y perfeccionar lo aprendido, tuve una excelente profesora.

¿Qué sigue para Perla?

Sobrevivir, supongo —y ni siquiera sé si ello dependa de mí—. No tengo prisa en publicar un libro en solitario, antes lo deseaba, ahora la escritura la experimento desde otra mirada. En lo académico, ya le estoy coqueteando a las maestrías de la Universidad Nacional Rosario Castellanos, aún no decidido si es un proyecto a corto o mediano plazo, además tengo pendiente el proceso de titulación en arte y patrimonio cultural. Tal vez la certeza más constante por ahora es el trabajo de la FENALEM, que no para y que implica estar reinventando siempre las propuestas y los espacios.

Lo que sigue, en todo caso, es la escritura, que estuve, está y estará aún frente a mis limitaciones físicas, visuales y de movilidad, la escritura también se está adaptando a mis posibilidades, es una sabia compañera de vida. □

LA ACERA DE ENFRENTE

Sobre las consecuencias de las nuevas políticas migratorias en la Casa Blanca

El mercado laboral de Texas enfrenta una paradoja: a medida que las empresas dependen cada vez más de trabajadores extranjeros, las políticas migratorias de la administración Trump están dificultando mantenerlos en plantilla. Un estudio de la Reserva Federal de Dallas revela que este hecho está limitando el crecimiento del empleo en el Estado. Según la investigación, realizada a partir de las encuestas locales de perspectivas empresariales, una de cada cuatro empresas texanas depende actualmente de mano de obra migrante, lo cual representa un aumento de casi el 10% respecto al periodo anterior. A diferencia de otros años, cuando la principal preocupación era contratar personal nuevo, las empresas ahora luchan por conservar a los empleados que ya tienen. Las encuestas de julio pasado revelan que el 13% de las empresas consultadas reportó un deterioro en su capacidad para contratar o retener trabajadores, mientras que apenas un 2% dijo tener mejoras. Los sectores más afectados son la manufactura, los servicios y el comercio minorista. Las nuevas políticas migratorias de la Casa Blanca impactan directamente en este asunto. Cuatro de cada diez negocios que reportan dificultades aseguran que sus empleados han faltado al trabajo alguna vez por miedo a las redadas del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés). «Residentes y contratistas con problemas de estatus legal, que durante años han trabajado con normalidad, están repentinamente aterrorizados», afirmó un profesional del sector inmobiliario. «Están renunciando, escondiéndose, evitando lugares que solían frecuentar y negándose a viajar».

En: «La paradoja texana: la empresas necesitan más migrantes, mientras Trump busca expulsarlos». Diario *El País*. 22 de Octubre 2025.



Jesse Meireles



Víctor Mendiola

Los muros eternos

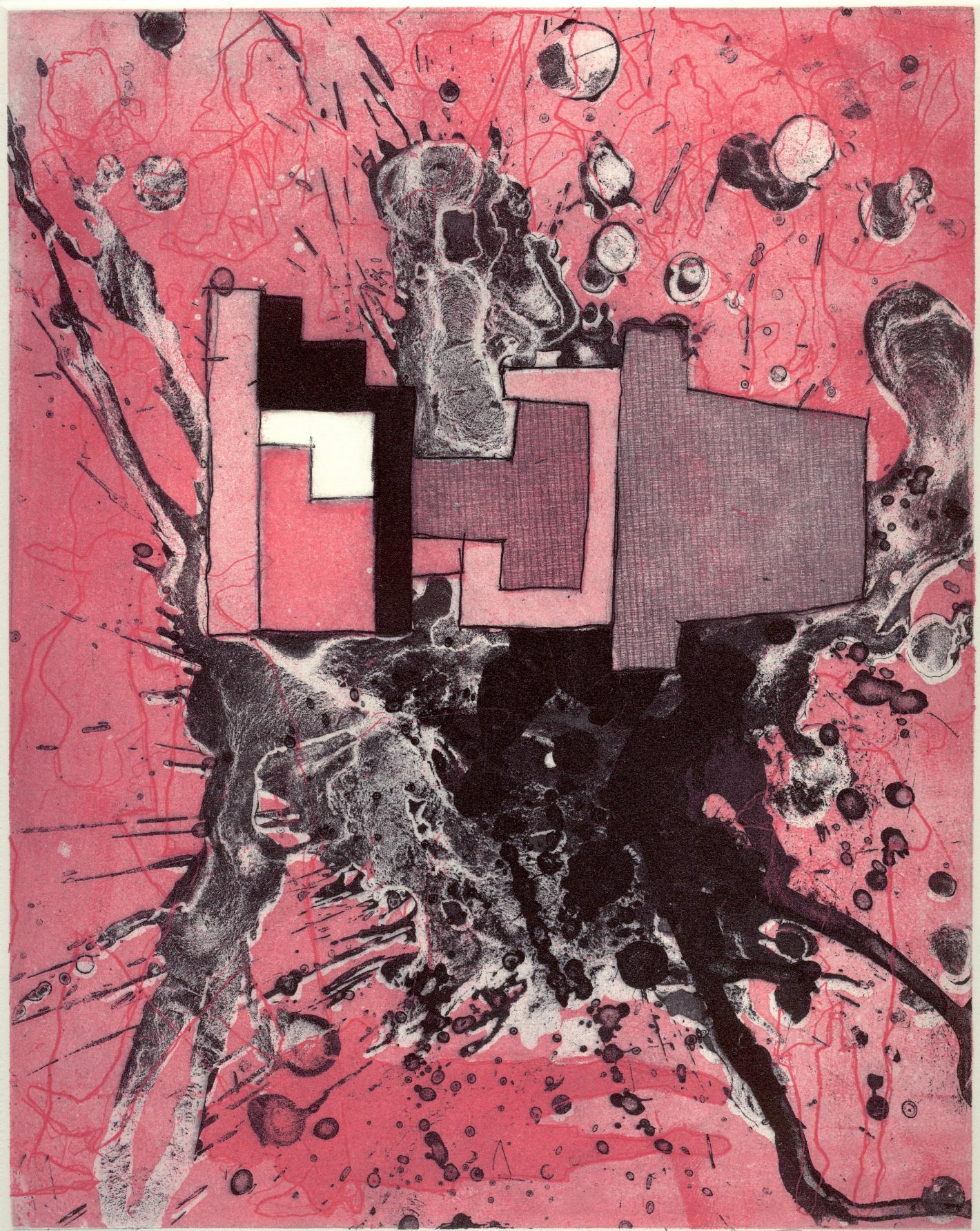
El compromiso del artista Alberto Castro Leñero ha transitado por largos años de trabajo intenso. Su curiosidad artística se detiene a explorar detalladamente en temáticas, técnicas, incluso escuelas y géneros distintos; en su obra ha tocado música, ha danzado, se ha desplazado como un pez en el agua hacia distintos territorios del mundo, donde su obra habita, respira, se sigue moviendo. Es quizá por eso que la migración es otro de sus grandes temas. El artista, nacido en la Ciudad de México y reconocido desde hace décadas por su búsqueda constante y su copiosa obra, tiene un pacto con la dinámica y vislumbra muros eternos, interminables fronteras.

La muestra aquí expuesta es parte de una selección personal del artista, en la cual toca, como si de música se tratara, el tema migratorio, entre muchos otros. En su camino se ha encontrado con violencia, con ciudades perdidas, con paisajes, personas, estructuras, espirales, círculos, curvas, movimientos constantes. 



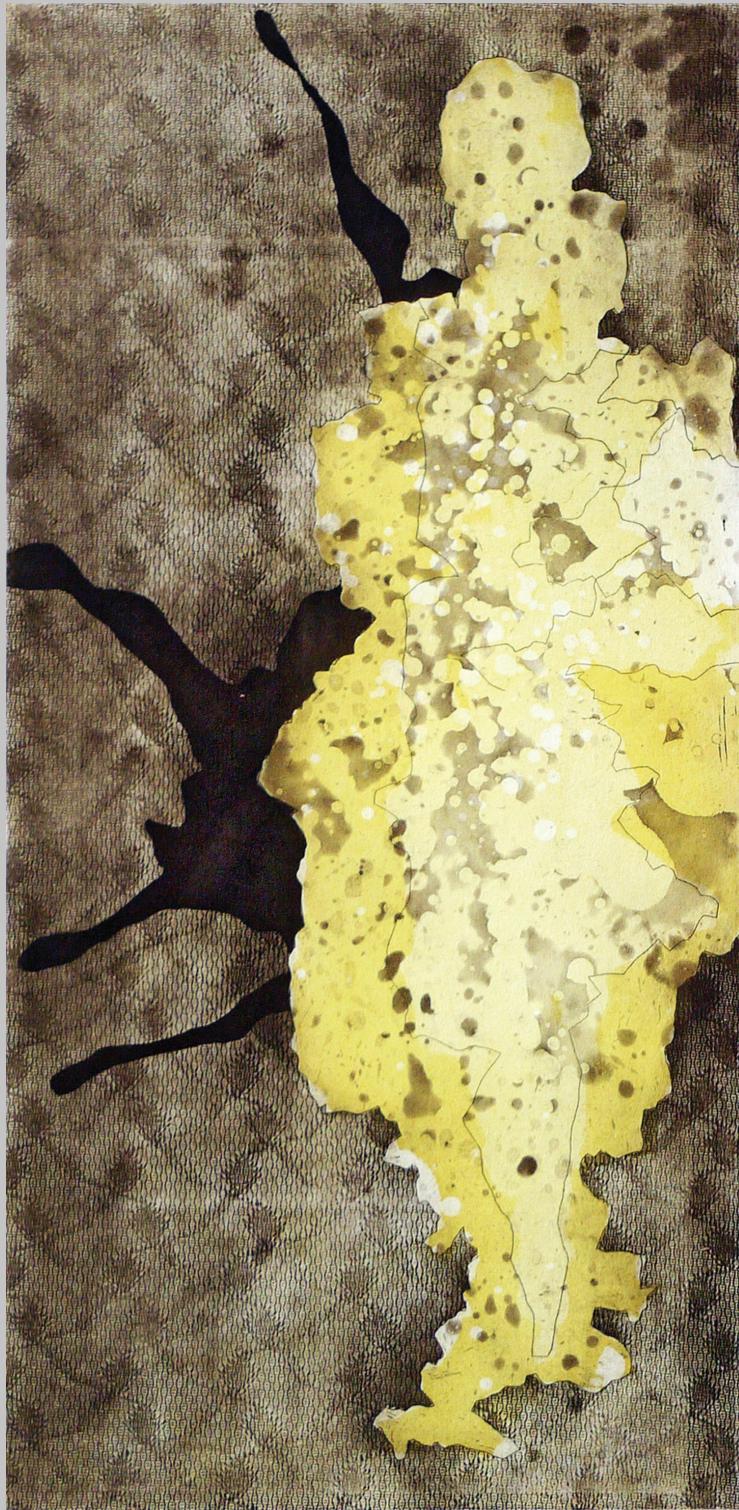






PA

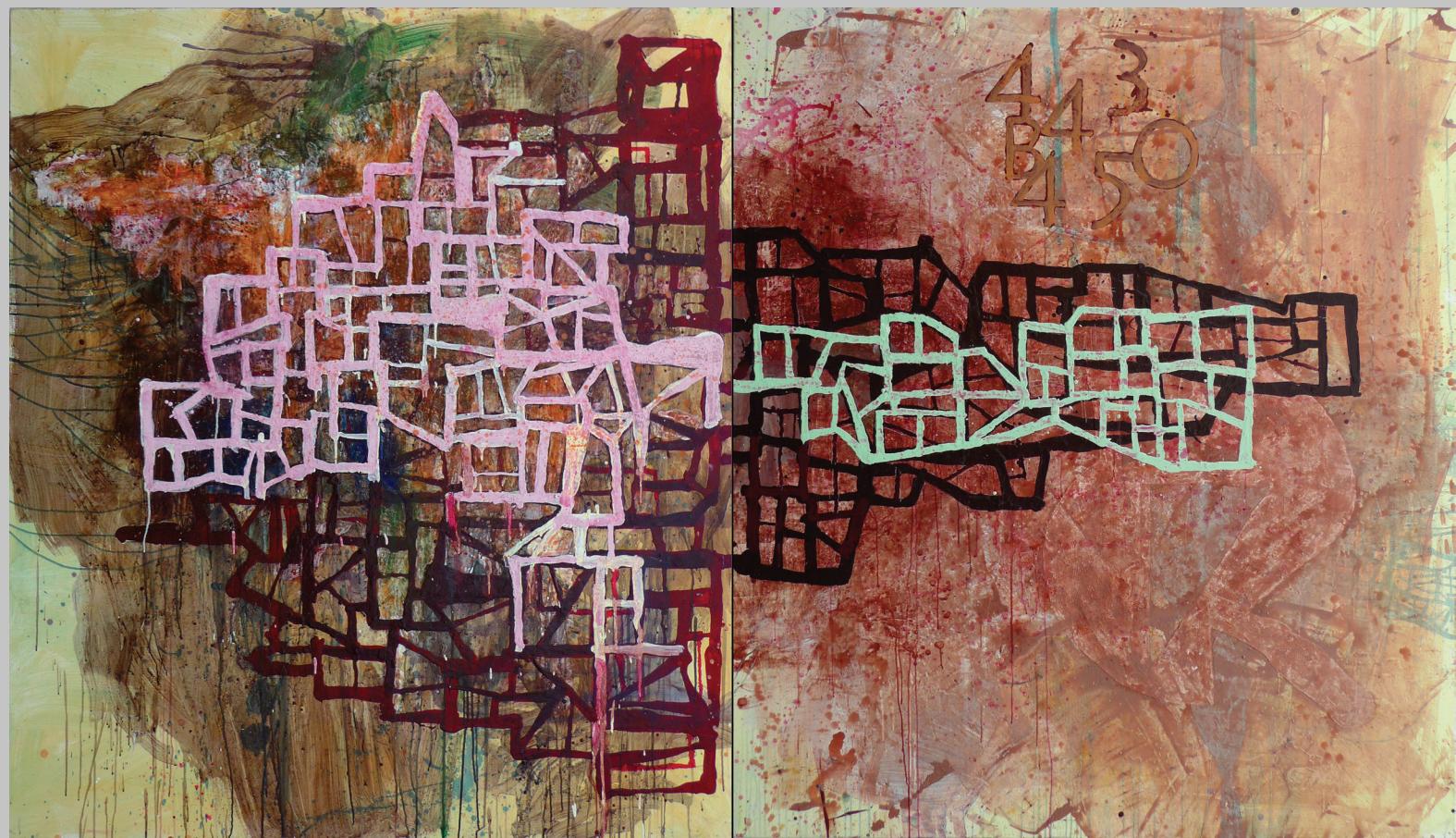
DESPACIO

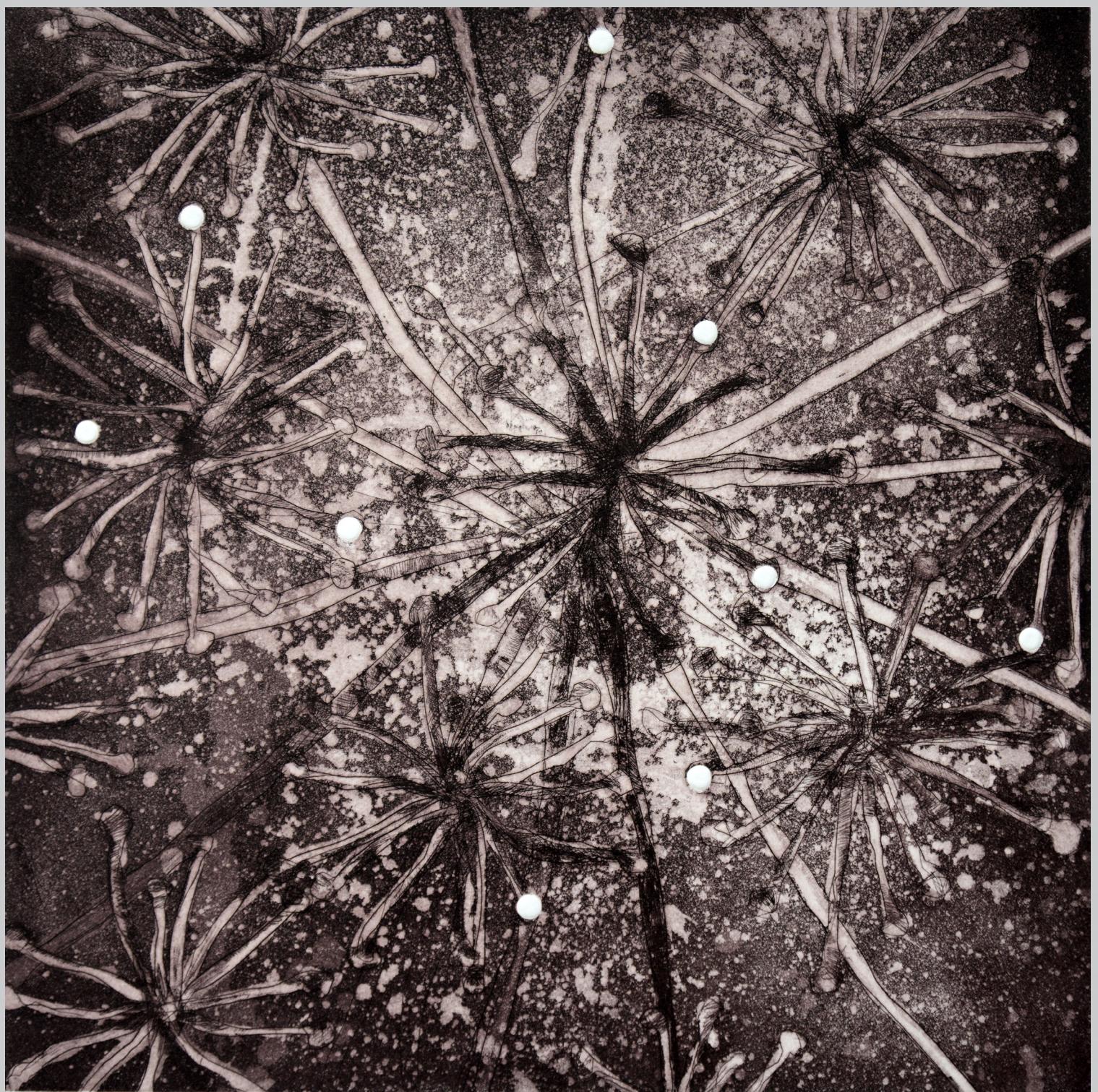






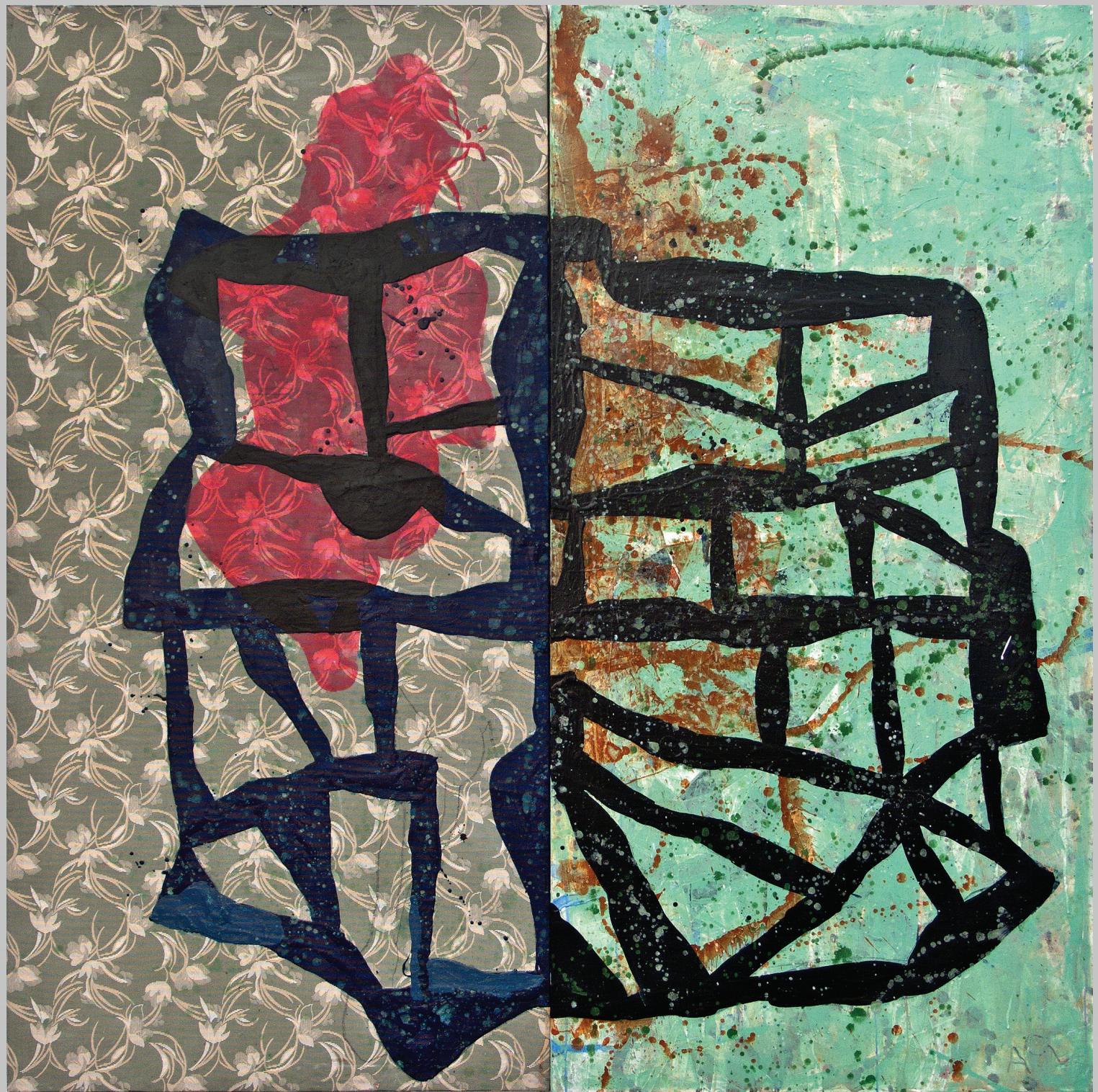














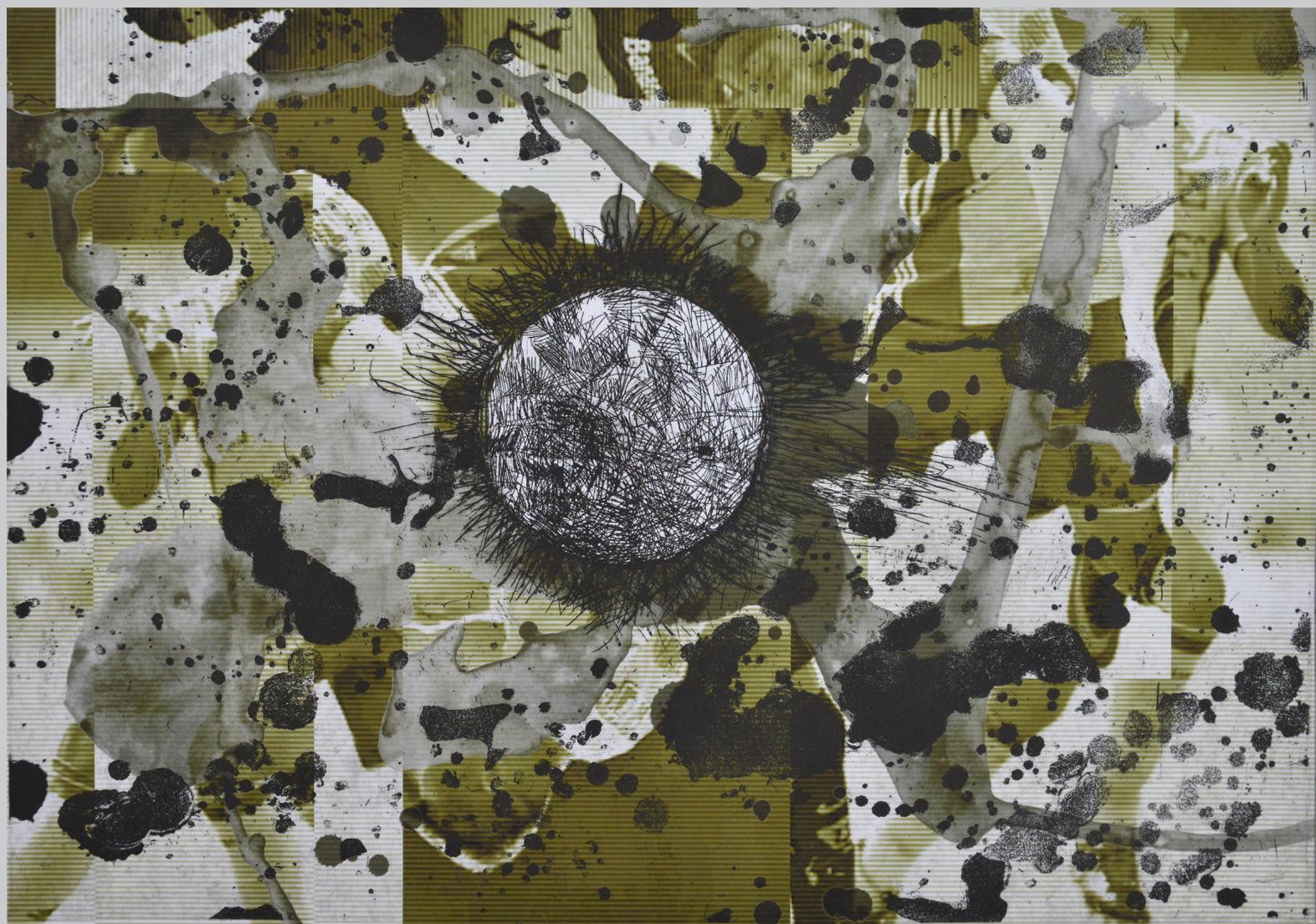
PA

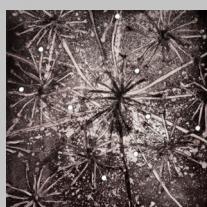
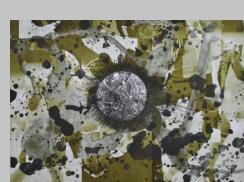
ACQUA









1. *Migración*7. *Comunismo*13. *Interpuesto*2. *Sin título*8. *Karnapipasana*14. *Narciso*3. *Cali*9. *La marcha de la muerte*15. *Natale*4. *Casa roja*10. *Semillas*16. *Niña azul*5. *Cuerpo y alma*11. *Marcha*17. *Nudo*6. *Isla*12. *Mujer amarella*18. *Tiro a gol*



Alfredo Saldívar Sánchez



Alberto Castro Leñero: *Desplazamiento. La grieta en el muro*¹

Salvador Gallardo Cabrera



El capitalismo de nuestro tiempo ha generado un nuevo tipo de miseria: la feroz exclusión del mundo, por la que cientos de miles de personas no pueden sostener siquiera un espacio residual. Son los migrantes que aparecen en *Desplazamiento*. En su camino, a la intemperie, hasta la luz aprieta

«Una grieta en el muro...», me dijo Alberto al observar la obra en curso en su estudio. Una grieta que abra el muro; que crezca en un espacio envuelto por un aparato mítico de hace cien años. Habíamos levantado del suelo dos grandes lienzos y los acomodamos contra la pared. Los tramos hacían un ruido seco al buscar juntarlos: la grieta crepita, hiende, no admite la linealidad de una historia, ni la monumentalidad de un fresco, ni el pegamento político y moral del nacionalismo. El mismo plano continuo del lienzo está quebrado por una saliente que lo dobla, un pliegue tridimensional que abre la obra al afuera y alarga la distorsión en el muro para sobreponerse a los

¹ Texto leído en la apertura del mural *Desplazamiento* en el Colegio de San Ildefonso.

gruesos arcos del edificio. Alberto me contó cómo el gran paisaje en flujo abstracto, en violetas y ocres grises, pardos, verdes, que había imaginado al inicio del proyecto, se transformó en *Desplazamiento*: al caminar frente a los murales de Orozco, los migrantes salieron a su paso. Como si estuviesen ahí mismo, en los márgenes de *La ley y la justicia*, esos ídolos ciegos y desequilibrados. Aparecieron en filas, sin límites precisos, mujeres y hombres que esperan o caminan, a veces con niños, en grupos o en familia, vigilados como si llevasen la peste, salidos del polvo, de la lluvia, del silencio, atravesados por una red multiforme de afectos sin contorno: el miedo tocando la esperanza, el desaliento desfondando los cuerpos, el pasado nublando los reflejos. El capitalismo de nuestro tiempo ha generado un nuevo tipo de miseria: la feroz exclusión del mundo, por la que cientos de miles de personas no

pueden sostener siquiera un espacio residual. Son los migrantes que aparecen en *Desplazamiento*. En su camino, a la intemperie, hasta la luz aprieta.

Como sólo sucede cuando el gran arte se encuentra con la vida, esta obra nos permite entender algo que parecía paradójico: que sea entre los excluidos del mundo donde se hace presente la solidaridad humana.

La más bella aspiración de un artista al crear una obra pública es que se convierta en una obra colectiva. Una señal que acompaña nuestros trayectos, nuestras vidas y las inscripciones de la ciudad. *Desplazamiento*, de Alberto Castro Leñero, forma parte ya de ese vínculo común, tan precario y poderoso, que se hace y se deshace sin cesar. ■





Isaías Hernández



Francisco Villeda Marañón

Neue Strassen

Irad León



El Centro de Salud está a reventar, entre mujeres y hombres que bailan, sudan y beben de sus caguamas de cerveza, una sirena suena inquietante como un aullido fuerte y mecánico. En seguida se escucha una voz en alemán. Todo esto es la alarma del juego *Call of Duty* que te avisa cuando el enemigo está por atacarte y que, se supone, así es como sonaba la verdadera en la Segunda Guerra Mundial. Segundos después el sintetizador golpea con su sonido grave y punzante, para darle paso a la guitarra que se mantendrá constante con una ligera distorsión, pero encaminándonos a una breve, pero potente explosión. Ahora la voz aparece anunciándonos lo inminente: *Attack*

on the city, attack on the city, bullets crossing lines, bullets crossing lines. Attack on the city, attack on the city, bullets crossing lines...

Así comienza el video de una de mis canciones favoritas de Neue Strassen (CDMX), dúo que fusionan *post-punk*, *new wave* y *minimal synth* con un fuerte espíritu ochentero. Integrado por Antonio Armenta (Werner Karloff) y Daniel Camacho (Casper Fokop), NS ha logrado construir un sonido que combina guitarras filosas, cajas de ritmo precisas y sintetizadores de estética industrial, para crear canciones con atmósferas urbanas, tensas y muy bailables. Su nombre, que en alemán significa «calles nuevas» o «nuevos caminos»,

surge de la canción del mismo nombre de la banda alemana de los ochenta Metropackt.

Los he visto varias veces en distintos recintos, ya sea como teloneros de otras bandas internacionales o como cabezas de eventos dentro de la escena *underground* de la Ciudad de México. Estos shows además de su innegable talento con canciones poderosas como «*Airfighter*», «*Tanks*», «*Baptism of fire*» o «*Last days*», los ha llevado a tocar en países como Alemania, Inglaterra y Colombia, así como llamar la atención de disqueras internacionales como Young & Cold Records e Infravox Records, que han editado y publicado su música en vinil

y casete, algo poco común para bandas mexicanas de estos géneros.

Algo muy distintivo de ellos es que en vivo suenan muy similares a lo que escuchas en sus discos, algo difícil, sobre todo por la combinación de sonidos electrónicos que crea Werner Karloff con los sintetizadores y cajas de ritmo, lo que a mi parecer es un plus, pues siempre escuchas eso que te gustó o te llamó la atención de ellos en un principio.

Otra cosa que los caracteriza es su forma de vestir que nos remonta a épocas de antaño al utilizar abrigos, camisas sobrias, pantalones de vestir sujetados por tirantes, zapatos de charol o *creepers* y boinas de estilo francés o inglés que, sin duda, les dan un toque extravagante y muy diferente al de otros proyectos similares

Esta vez tuve la oportunidad de entrevistar a Werner Karloff en el Circuit Music Studio, otro proyecto que tiene junto a Víctor Zúñiga (SFX DJ y creador del colectivo Techno Bastards), en donde imparten clases de música centradas en el uso de sintetizadores, cajas de ritmo y consolas de DJ, generalmente orientándose al sonido de la música electrónica oscura y sus derivados.

Irad León: ¿Cómo surge el proyecto de Neue Strassen?

Werner Karloff: Conozco a mi compañero Daniel desde hace 15 años gracias a unos amigos en común. En ese entonces yo iba en la prepa y él en la universidad y solíamos juntarnos por la zona del metro Azcapotzalco. Con el tiempo empecé a involucrarme más en la música: él tocaba la guitarra y yo comenzaba en el mundo

de los sintetizadores. La idea era formar un proyecto de *minimal wave* o *minimal electronics*; al inicio éramos tres y después se unió otro compañero que empezó a ser la voz. Nos llamamos primero Big Mechanic, pero luego lo cambiamos y comenzamos a tocar como una banda de cuatro integrantes. En ese tiempo era difícil conseguir eventos y dos de los miembros se desanimaron y se salieron. Me quedé con Daniel porque él sí quería seguir haciendo música. Entre los dos buscamos un nuevo nombre y elegimos Neue Strassen y empezamos a trabajar en nuestro primer EP. Comencé a cantar y a escribir letras, y ese proceso originó nuestro primer lanzamiento *Landschaffen Und Maschinen*, publicado por la disquera peruana Infravox Records en el 2014.

¿Cuáles son sus influencias directas? ¿Son parecidas a las de tu proyecto solista?

Sí, son parecidas a lo que hago como Werner Karloff. La propuesta gira mucho hacia los ochenta y a la Neue Deutsche Welle, con influencias de bandas como Palais Schaumburg, Abwärts, X Quadrat, Grauzone, DAF o Fehlfarben. También hay una inclinación hacia el post-punk, que es un género que también me gusta mucho, pero con el toque de la guitarra podemos darle otros matices. También nos gusta el indie rock, quizás no lo incorporamos tanto en la música, pero es un punto en común que tengo con Daniel.

¿Cómo marcas esa diferencia en tus proyectos?

La idea es que cuando estamos creando canciones trato de hacer todo a partir de lo que

Daniel propone con la guitarra. A veces llega con una idea y, a partir de eso, saco la escala, los acordes y comienzo a armar algo alrededor de lo que trae. Eso quizás es lo que hace que el resultado sea distinto. También solemos platicar antes de empezar; él me comenta qué le gustaría lograr y, con esa pauta, empiezo a estructurar, programar y componer. Voy probando líneas de bajo y otros elementos y ya sobre eso trabajamos.

¿Qué géneros saca Casper en la guitarra?

Él está muy influenciado también por bandas de NDW, de post-punk y lo que le gusta tocar son cosas más cercanas al indie. Su formación como guitarrista viene de grupos como The Libertines y otras bandas de los dos mil, así que ese es, digamos, su estilo. Esa base va ligada también al post-punk y yo trato de llevarlo hacia lo electrónico. Entonces él toca desde su estilo indie y yo busco trasladarlo hacia una estética más ochentera sin que él pierda su esencia. Su forma de tocar la guitarra queda con un matiz muy particular después de todo ese proceso.

¿Quién compone las letras de las canciones?

La mayoría las escribo yo, pero siempre partimos de una idea que platicamos entre los dos. Algunas las hemos construido juntos, pero casi siempre soy quien las termina o quien las acomoda ya con la música armada, pues la letra es lo último que metemos.

Con NS no tienen ninguna canción en español ¿o sí?

No, obviamente hoy en día esto suena un poco absurdo, pero hace unos diez años era muy raro e incluso mal visto cantar en español, especialmente dentro de estilos como el post-punk, quizás por ese prejuicio tomamos esa decisión. No lo pensamos mucho en su momento, pero ahora, con más experiencia, me parece algo extraño e incluso un poco tonto. Lo hicimos porque en ese entonces era difícil que nos escucharan en México y si hubiéramos cantado en español, probablemente habría sido más complicado.

¿De qué hablan sus letras?

Ambos compartimos una afición por la historia, sobre todo por la 1ra. y la 2da. Guerra Mundial, así como por la estética de los años cuarenta y cincuenta, por eso nos hicimos amigos y nos gusta vestirnos así, como raro, no sé. Nos gusta hablar sobre esto, pero no desde un enfoque de enaltecer, sino más bien desde la descripción y los significados, de cómo alguien podría narrar esos acontecimientos no como una apología, porque es todo lo contrario, aborrecemos la guerra, nos parece un sinsentido muy estúpido, pero no significa que no lo entendamos, más bien lo valoramos porque, a veces, la historia no se aprende y termina repitiéndose. Por eso buscamos generar un poco de conciencia, para ver si también a alguien le llama la atención estudiar estos temas: la historia, la humanidad, las guerras.

En nuestras pláticas solemos hacer una introspección sobre cómo muchas personas de nuestra edad vivieron siendo soldados, toda

esta cuestión de juventudes perdidas, de cómo las guerras las pelean los jóvenes, pero las deciden los viejos, otro sin sentido. Es una especie de mirada humanista que busca no olvidar el sacrificio de esas juventudes. De eso hablan la mayoría de las canciones, pero también un poco de la vida en la ciudad desde un punto de vista existencialista si lo quieres ver así, desde esta oscuridad que envuelve a las personas al vivir y trabajar en una ciudad, más o menos va por ahí.

¿Cómo fue la evolución de tocar su música en México?

Cuando empezamos alrededor de 2014 ya existían espacios como El Under, el Bizarro y el Dada X. Apenas estaba surgiendo lo que después se conocería como el Centro de Salud, así que, siendo sincero, nos costaba mucho trabajo conseguir eventos. Tocamos en muchos otros lugares y terminamos compartiendo escenario con bandas que realmente no eran de nuestro estilo, más cercanas al rock. Uno de los primeros lugares que nos dio cabida para tocar de manera más frecuente fue el segundo Centro de Salud que estaba ahí en Garibaldi, enfrente del Teatro Blanquita, ahí tuvimos un lugar casi de fijo donde tocábamos una vez cada dos o tres meses.

Con el tiempo llegó el *boom* del post-punk y de géneros afines. Empezaron a surgir más eventos, más lugares y, aunque suene extraño, en los espacios que ya existían estaba esa visión «clásica» de lo gótico. Nuestro sonido tiene una relación directa con eso, pero no sé si estaba

bien visto o simplemente resultaba raro. En lo personal todavía me genera cierta contradicción, porque mucha gente notó que, aunque para algunos nuestro estilo fuera extraño, en realidad era algo muy cercano a lo que siempre se ha escuchado dentro de esa escena, como lo que hacía Fad Gadget o incluso Depeche Mode si lo pensamos de manera más popular dentro del *underground*: música con sintetizadores, guitarras, cajas de ritmo. Pero en ese momento mucha gente lo veía mal o no lo consideraban parte de lo «oscuro», quizás porque nunca nos vestimos de negro, siempre optamos por una imagen más sobria. Y eso también me causa conflicto porque al final, tampoco Joy Division se vistió oscuro. Creo que era más bien un cliché: si no te veías oscuro, no podías hacer música oscura.

¿Han salido de gira, cómo recibieron su música en otros países?

En 2017 fuimos de gira a Europa con algunas fechas en Alemania y en Londres, ya para cerrar tuve una fecha más en Madrid solo como Werner Karloff.

Allá la gente hace el trabajo de investigar lo que va a ver, entonces ya es garantía saber que supieran quienes éramos y qué música tocamos, después el recibimiento fue bueno, o sea no así como locos, porque la gente de allá no es así, pero sí nos fue bastante bien en el sentido de que sí fueron directamente a vernos y sí sabían quiénes éramos.

¿Con qué artistas influyentes o importantes han alternado?



Compartido escenario así como de los más famosos pues con The Chameleons, post-punk de los ochenta, ese fue en el Alicia, pero te digo que era raro en esos tiempos (2015), no fue sin pena ni gloria porque mucha gente nos empezó a conocer ahí, pero nadie nos tomaba mucho en cuenta y no sé cómo salió esa tocada, nos tocó abrir y en muchos *flyers* que subieron ni siquiera estaba nuestro nombre. Ya cuando tocamos fue así como de casi casi «toquen y se van», pero a mí me gustó mucho porque es una banda que al igual que Joy Division o Bauhaus, nunca imaginas que alguna vez la verás o que tocarás y estarás con ellos.

Pláticame alguna otra presentación que más se te haya quedado en la memoria

En Alemania y Colombia el recibimiento fue muy bueno, y al mismo tiempo estaba esa tristeza de saber que, al volver a México, las cosas no serían así, pero tampoco puedes culpar a nadie, así son las cosas y uno tiene que seguir trabajando. Cuando tocamos en Londres nos fue bien, la mayoría del público era mayor que nosotros, señores que seguramente llevaban toda la vida escuchando post-punk y new wave. El show fue en un lugar pequeño, como un pub con un espacio para bandas, y había unas 40 o 50 personas. Nosotros éramos los más jóvenes ahí, y eso me hizo darme cuenta de que quienes asistieron realmente apreciaban la música desde el corazón, porque formaron parte de la historia misma de esos géneros. Era gente que vivió

en Inglaterra y más en Londres, en el auge del post-punk en los ochenta y que probablemente vio en vivo a esas bandas que hoy consideramos míticas y, aun así, se toman el tiempo de ir a ver a un proyecto que llega de un país que no suele exportar este tipo de propuestas como Estados Unidos o Alemania. Además, no van con una actitud crítica o de «a ver qué traen», sino con toda la apertura, la amabilidad y un sentido de reconocimiento.

Finalmente ¿qué opinas de la escena *underground* actual al paso de los años?

Como te comentaba ha sido difícil, quizá hoy en día las cosas ya se han facilitado: hay más proyectos, más lugares, más fiestas. Y

es normal que la gente no lo sepa; tampoco se trata de quejarse ni de andar platicando todo lo que hicimos para que la escena esté como está ahora. Al final, todo lo que nosotros y otras personas pasamos sirvió de algo, porque hoy todo está un poco mejor estructurado. Sí faltan muchas cosas y sigo un poco con la incertidumbre sobre hacia dónde va este tipo de movimientos en un futuro cercano, porque la dinámica de las redes sociales y la forma en que circula la información cambian prácticamente cada mes, lo que hoy es tendencia mañana deja de serlo.

Ahora la veo bien, si logra mantenerse al menos dos o tres años más, entonces sí podríamos hablar de algo casi permanente. Sucede mucho lo que comentaba, en Alemania existe una escena fuerte, siempre con eventos y festivales, porque la gente adop-

tó estos géneros como parte de sus gustos personales, no como una moda. Lo particular es que, aunque los eventos allá se llenan, gran parte del público no es precisamente joven; la renovación generacional no está ocurriendo tan rápido. Aun así, es gente que ha seguido esta música durante más de veinte años y que seguirá asistiendo porque hay personas de 60 años que continúan yendo y llenando festivales y, en teoría, eso es lo que sostiene un movimiento, un estilo de música, incluso una forma de vida si lo quieras ver así.

En México no sé si eso sea posible. Conozco gente mucho mayor que yo que sigue en esto, pero también hay quienes se quedaron en el camino, obviamente por cuestiones normales de la vida. Por eso es importante que haya gente nueva en esto y que le interese. También hay gente más grande que

a veces se queja de los más jóvenes como de «ah es que no saben nada, solo están por moda» y seguramente algunos sí, pero también hay muchos otros a los que realmente les interesa, igual que cuando nosotros empezamos de jóvenes. Esos serán quienes se queden, apoyen, armen proyectos y mantengan todo esto en movimiento.

Con grandes discos como *Moderne Zeiten* (2017) y *Last Days* (2024), muchos conciertos y presentaciones al lado de artistas importantes como Techniques Berlin, Selofan o VVV Trippin You, entre otros, Neue Strassen se ha consolidado como uno de los favoritos del público dentro de la escena oscura mexicana, destacando por su identidad visual minimalista y su propuesta sonora que dialoga con el pasado sin dejar de sonar actual. □





José Luna



Raúl Vera



Jorge Carballo

Pasaporte a Saturno

Carmen Ros

Uriel volvió a su país, a su pueblo, a su calle, a su casa, a su ventana y desde ahí vio lo incommensurable, la inmensidad, la lejanía, que pronto estarían al alcance de su vista y de su olfato. Su emoción era tan alta y noble que bendijo a la robot de las pestañas sobresalientes, al empleado sin cuello ni rostro, cada avión, cada tren, cada autobús y cada taxi que lo habían transportado hasta conseguir su pasaporte

Uriel llegó rápido a la oficina de pasaportes, no hubo tráfico y el color de la mañana era vívido: nubes plácidas y espumosas; firmamento azul de mar y las colinas reverdecidas. Él, de flexible paso, se acercó al mostrador de información.

—Perdone, ¿dónde está la sección de pasaportes interplanetarios?

—¿Ha respondido usted los formularios? —, dijo un robot femenino de nariz recta y pestañas sobresalientes.

—En la página no había indicaciones de llenar formularios.

—Podremos hacerlo aquí, gracias por su paciencia. Su nombre, su edad y lugar de nacimiento, por favor.

—Uriel Rico. Treinta y ocho años. Turingaranícuaro, Guanajuato; pero soy ciudadano de los Estados Unidos.

La robot miró la pantalla y asintió con la cabeza antes de preguntar: —¿Cuándo se decepcionó de ser hijo de migrantes?

Uriel se descuadró, ¿qué clase de pregunta era esa?

—Esa pregunta no es relevante para el trámite y estoy muy agradecido con mis padres — respondió el guanajuatense de origen.

—Gracias, ya ha respondido — aseguró la mujer de pestañas sobresalientes, mientras tecleaba

El hombre tamborileó sobre su celular.

—¿Razón de su viaje al exterior de la Tierra?

—Cumplir con una manda que le prometí a la Virgen de la Vía Láctea, por unos favores que me hizo.

—¿De qué tipo?

Uriel se pasó los dedos por el pelo en señal de impaciencia.

—Su cooperación es valiosa para llenar el formulario que usted no logró encontrar en la página — las pestañas parpadearon.

—Gané un premio importante en la lotería, saldé mis deudas, compré una casa para mis padres e hice otras cosas. Además, también le pedí que dejaran de hablarme unas voces que me daban malos consejos.

—¿Pensó en algún plan financiero para los estudios de sus hijos, cuando los tenga? — la robot leía a toda velocidad la información que iba apareciendo en la pantalla.

— No entiendo para qué me pregunta y ve la computadora si usted tiene la información de mi vida entera en su cerebro — Uriel hizo ademán de mago que saca un conejo de un sombrero.

— Gracias por su cumplido, pero mi memoria no da para tanto; he sido programada para auxiliar a ciudadanos en sus trámites. ¿Me responde a la pregunta que le hice?

— No, no he pensado en los hijos que tendrá.

La mujer agregó:

— Acabo de mandarle a su correo electrónico el código de su formulario, se lo van a pedir en las oficinas correspondientes.

— ¿En qué piso están?

— Lamento informarle que hasta ayer estaban en este edificio; pero hoy se han mudado.

— ¿A dónde?

La robot envió un enlace al celular de Uriel de la nueva ubicación de la oficina de pasaportes interplanetarios.

— Por favor, verifique si ya la recibió, señor Rico.

Uriel hizo un zoom a la pantalla de su teléfono.

— ¿Cómo que tengo que viajar a una isla vietnamita para conseguir un pasaporte? La página decía claramente que las oficinas estaban aquí, en Antilla Colonial, y que únicamente atendían a ciudadanos del continente americano. Vengo desde Imperial Valley ¿para que me salgan con esto?

— Comprendo su irritación, pero me es imposible seguir ayudándolo.

Uriel tuvo que apretarse el cinturón para ahorrar y así comprar los pasajes que lo llevarían a la isla vietnamita. Dado que ninguna línea aérea volaba hacia la mentada isla, fue necesario comprar un pasaje de un barco que saldría de Camboya.

Un asistente uniformado le señaló la ventanilla en donde se le atendería. Uriel puso sobre el mostrador su pasaporte estadounidense, la visa vietnamita, la identificación que lo acreditaba como empleado de una empresa saudita y el formulario que había llenado aquella robot. Al terminar, se dio cuenta de que el empleado de pasaportes carecía de rostro y de cuello; sin embargo, fue amable, rápido y eficiente.

— Todo en orden, señor Rico, felicitaciones. Por ahora puede irse a casa y esperar a que lo llamen para que recoja su pasaporte. Estamos seguros de que cumplirá con su manda y su fe no decaerá.

Uriel no tuvo fuerzas para protestar a gritos y patadas. Cerró los ojos y regresó a su hogar. Tres veces al día revisaba su correo electrónico con el anhelo de recibir noticias del pasaporte intergaláctico. El guanajuatense iba perdiendo la esperanza de viajar por el espacio y visitar las colonias humanas de Saturno.

Por fin apareció el correo. Uriel debía presentarse en el edificio de la Naciones Unidas en París, a recoger su pasaporte. Vuelta a reunir monedas y criptomonedas para ir hasta la Ciudad Luz. Cuando por fin obtuvo el documento que lo autorizaba a viajar como voluntario y fundar una capilla que dedicaría a la Virgen de la Vía Láctea, se sintió libre: cumpliría su promesa. Fue a darse una vuelta por la Torre Eiffel, que sí, era una saeta hacia el cielo; esperaba que Notre Dame fuera una experiencia sobrecogedora, pero la turbamulta de turistas lo aturdió. Imaginaba el silencio de Saturno, su obscuridad y las luces de sus anillos y, por supuesto, una comunidad humana en donde habría almas en espera de su reencarnación en un planeta distinto al que habían habitado.

Uriel volvió a su país, a su pueblo, a su calle, a su casa, a su ventana y desde ahí vio lo incommensurable, la inmensidad, la lejanía, que pronto estarían al alcance de su vista y de su olfato. Su emoción era tan alta y noble que bendijo a la robot de las pestañas sobresalientes, al empleado sin cuello ni rostro, cada avión, cada tren, cada autobús y cada taxi que lo habían transportado hasta conseguir su pasaporte. En pleno vértigo, al ver el portafolio que contenía sus documentos de viajes, lo abrazó con honda intimidad y entrega apasionada como si ahí latiera el corazón mismo de su fe.

Fue al otro día, antes de ponerse de pie, que Uriel recibió un correo mientras paseaba por Instagram y Facebook. Qué bien había salido en las selfies que se hizo en París. El remitente era de las oficinas francesas de migración. Se le informaba que su pasaporte interplanetario había sido encontrado en el aeropuerto y que, por seguridad para evitar un uso indebido de ladrones de identidad, había sido reportado a las autoridades de su país, a las de la Antilla Colonial así como a las vietnamitas y, tal como lo establecían las leyes internacionales, había sido debidamente triturado. En el correo se adjuntaba un archivo con la firma del cónsul americano, quien fungió como testigo de la trituración. 



Octavio Nava



Manel Pujol, *Halffter. Capricho* (2008). Archivo del artista.

Pujol, el artista¹
Itinerarios: México, la música y la pintura.
Tonatiuh Gallardo Núñez

No es trivial que Manel haya intimado con México a través de su música; Julián Carrillo, Carlos Chávez, Silvestre Revueltas, José Rolón, José Pablo Moncayo (y yo incluiría incluso a Rodolfo Halffter), todos estos compositores se desenvolvieron como su Beatriz en la travesía por ese México profundo lleno de color, contradicciones, complacencias, complejos y extremismos

Y estos grises negros puestos sobre verdes,
blancos sobre grises, grises sobre verdes, etcétera;
es decir, un juego de musical [...]

La pintura es como la música.

Vlady²

Después de la *Dedicatoria*, Johann Wolfgang von Goethe abrirá su *Fausto* con un *Prólogo en el teatro* donde tres personajes discuten sobre la inspiración y la obra de arte: el director, centrado siempre en cuestiones prácticas; el poeta dramático, encarnando el ideal de la creación artística; y un personaje bufo que hace las veces de mediador un tanto cínico para aterrizar al poeta y desencajar la pragmática del director. Es en la voz de este personaje bufo donde Goethe colocará uno de los secretos de la eficacia de la creación artística: en primer lugar, esta personificación burlesca le dirá al artista que «llevé los asuntos poéticos como una correría amorosa, y que envuelva al lector, poco a poco, en una maraña que se acrecienta hasta llegar al embeleso, y al dolor». Pero, y sobre todo, «que se aproveche a manos

llenas de la fecunda vida espiritual del hombre»; y no se preocupe tanto por lo que pensarán de su obra o cómo será recibida pues, finalmente, «cada cual ve lo que lleva en su propio corazón». «Con quien esté acabado nada se podrá hacer, el que esté en gestación siempre lo agradecerá³; termina por sentenciar el personaje bufo como para darle una lección de vida al poeta.

Y es que, en efecto, tanto en el mundo como en el arte, «cada quien ve lo que lleva en su propio corazón». Desconozco si alguna vez un cierto espíritu mefistofélico se le apareció a Manel Pujol⁴, pero en su obra él hace suyo el *dictum* goethiano que pone en voz del personaje

3 Paráfrasis y traducción libre de los versos del *Prólogo en el teatro*, en Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto. Parte I y II*. Penguin Random House. México, 2016, pp 158-180.

4 Manel Pujol Baladas. Nacido en Vic, Cataluña, en 1947. Desde temprana edad se inició en el dibujo y la pintura. Cercano a Joan Miró, el artista barcelonés alimentó el impulso que finalmente le hizo sublevarse a la instrucción paterna de dedicarse a la ingeniería naval. Dicho camino lo llevaría a conocer a Pablo Picasso y, finalmente, a trabajar durante diez años en el taller de Salvador Dalí. Tras un camino no exento de obstáculos, llega a México en 1998, país que le recibe con dilección y que Manel convierte en su hogar.

1 Conferencia pronunciada durante la mesa «Pujol: del surrealismo a la abstracción», llevada a cabo el 24 de octubre de 2025 en el Centro Vlady dentro del marco de la exposición «100 años de Surrealismo. En la colección Toledo y otros acervos».

2 Vlady, «Recorrido por los murales de la BMLT los días 15 y 29 de mayo de 2004», Archivo Centro Vlady.

bufo en cuestión. Manel en reiteradas ocasiones ha sostenido que, con su pintura, él busca «abrir ventanas» —o, incluso, «abrir puertas»—, pero no para que el público ande de mirón en la vida privada del artista; sino para que cada uno pueda, más bien, dirigir la mirada hacia su propio interior. «A mí me gusta hacer soñar», nos confesó en alguna ocasión. Entonces Pujol, el artista, no es tanto una antorcha como un espejo; un espejo fáustico. Su pintura, nocturna como toda obra surrealista bien lograda, conduce al espectador por las regiones crepusculares de su alma.

Ahora bien, aquí habría que ir con cuidado, pues generalmente se asocian los bajos fondos del alma humana con deseos no expresados o reprimidos; cuando se habla de la parte oscura del hombre surgen en la mente imágenes de vaivenes ocultos, inconfesables; como si todo aquello que no se desenvolviera tranquilamente a plena luz y acorde con la razón fuera necesariamente secreto, perturbado y violento. Pero no; no necesariamente. A la sombra del entendimiento también se encuentran nuestras pasiones, las más arrebatadas y extraviadas, sí; pero también las más excelsas. No hay que olvidar que el amor es un acto nocturno; y que no hay más dicha que la plenitud en la soledad íntima. Cuando afirmo que la obra de Pujol nos conduce como un nocturno por nuestras zonas de tiniebla, me refiero a que su pintura despierta en nosotros aquel reino interior que nos es más entrañable por justamente no poder ser alcanzado por las palabras. Habrá que recordar que el lenguaje no ilumina sin ocultar. La claridad lógica no abarca sino una ínfima parte de lo que nos conforma. Y ahí, en la penumbra de nuestras posibilidades de enunciación, ahí está nuestra noche; con sus simas oscuras y sus ápices radiantes. Despertar en nosotros ese silencio recóndito es justamente el efecto surrealista de la obra de Pujol; silencio de palabras, pero poblado de afectos y emociones, de imágenes fantasmáticas cargadas de anhelos y nostalgias.

La última ocasión que visitamos a Manel en su taller nos recibió con una sonrisa y la afable cortesía que le caracteriza como anfitrión; sin embargo, lo que inundaba la atmósfera era el *allegretto* de la Sinfonía no. 7 en la mayor de Ludwig van Beethoven. Fue entonces que me sentí en casa. (En efecto, Beethoven es un hogar para los que vivimos en la añoranza —sobre todo ese segundo movimiento de la séptima—).



Manel Pujol, *Beethoven D. 5a. Sinfonía* (2008). Archivo del artista.

La música y la obra de Pujol han ido conformando una unidad que permite vibrar a la distancia; incluso sin conocer personalmente a Manel. Su pintura hace mucho que se independizó de él: *tiene vida propia*. Fernando Gálvez ya me había contado de Manel tiempo antes de conocerlo; me habló de su historia de vida y de sus peripecias; de su pintura; de sus maestros y andanzas. Sin embargo, no presté mucha atención; para mí, el artista adquiere un rostro y una personalidad solamente a la luz de su obra (la historia de vida llega después). En este sentido, no fue sino hasta que descubrí la pintura de Manel, Kazuya Sakai, *Turangalila I (Olivier Messiaen) I* (1976). Museo Tamayo/INBAL, hasta que me topé frente a frente con su producción pictórica, que pude dimensionar a Pujol, el artista; no el personaje.⁵ El puente fue la música y la peculiar manera en la que Manel la desenvuelve arquitectónicamente en sus lienzos (tratamiento plástico-pictórico que se distingue abismalmente de las soluciones que podemos encontrar en la serie *Ondulaciones* de Kazuya Sakai, por ejemplo⁶).

5 Cfr. Manel Pujol Baladas, México. UAEH. México, 2024.

6 Si bien en estas obras la pintura de ambos artistas parte de la música, fundamentan su trabajo en series y se apoyan sobremanera en las capacidades expresivas del color; los resultados a los que arriban los separan a tal grado que no es posible conciliación alguna. Por ejemplo,



Kazuya Sakai, *Turangalila I (Olivier Messiaen) I* (1976). Museo Tamayo/INBAL.



Jackson Pollock, *Number 18* (1950). Museo Solomon R. Guggenheim.

Ahora bien, según tengo entendido, esta incursión de la música en su pintura comenzó como una apuesta escénica en Barcelona por ahí de 1984 o 1985. Resulta interesante pues, finalmente, fue la irrupción de lo escénico –de este universo de las artes vivas– lo que obligó a Manel a empezar a reconfigurar su lenguaje plástico. El concierto de

es interesante notar que, tras su llegada a México, Kazuya Sakai se distanció de la propuesta gestual y matérica que mostrara a principios de los sesentas en Buenos Aires para decantarse por la abstracción geométrica, post-pictórica, de acrílicos brillantes y formas bien delineadas de su serie *Ondulaciones* que, justamente, se aboca al campo sinestésico de la pintura partiendo de un estímulo musical. Daniel Garza Usabiaga, incluso, en un ejercicio especulativo sobre *Ondulaciones* propone que las soluciones de Sakai, más que buscar ahondar en la sensación que la música genera en el espectador, buscó aludir a la «estructura de la composición de sus partituras, partes y fuentes sonoras». De ser el caso, las *Ondulaciones* de Sakai –a diferencia de la obra de Pujol– mostrarían una vertiente más tendiente hacia lo analítico y racional del campo musical; incluso reverberando desde lo tecnológico. No por nada Garza Usabiaga saca a relucir el contexto de la «tecnología de mediación aural» del *Hi-Fi* que terminó por «eliminar cualquier tipo de ruido y depurar el sonido» hasta culminar en lo que Caroline Jones llamó la «burocratización de los sentidos»: un «impulso de la modernidad instrumental por fragmentar y separar las distintas esferas sensitivas del ser humano». La abstracción post-pictórica de Sakai respondería así a «las nuevas tecnologías aurales de la posguerra que amplificaban y purificaban las señales auditivas». Las bandas surcadas por colores bien definidos de *Ondulaciones* vendrían a ser un eco de dicha burocratización del oído, generando un representante visual de la tecnología que permite generar una «burbuja aural». Nada más alejado de la propuesta de Manel Pujol donde la gestualidad matérica genera un ecosistema orgánico de texturas, formas y colores que apuntaría al universo afectivo y sinestésico de la experiencia humana en toda su crudeza. Habría que profundizar mucho más en esta relación, sin embargo. Cfr. Daniel Garza Usabiaga, «De la abstracción post-pictórica al *geometrismo mexicano*», en Museo de Arte Moderno, Kazuya Sakai en México 1965-1977. *Pintura-Diseño-Critica-Música*. INBA. México, 2016, pp. 36-39.

la música y la pintura le hizo, poco a poco, abandonar la figuración y centrarse solamente en el gesto, en la pura expresión. La arquitectura de sus cuadros comenzó a nutrirse así del color, de las texturas y de los ritmos; es decir, del tiempo en su desenvolvimiento. Su lenguaje tuvo entonces que servirse de la materia y de sus propiedades físico-químicas. Por tanto, su abstracción no puede ser más contraria a la que encontramos en la abstracción estadounidense (à la Jackson Pollock); su abstracción es animosamente matérica, pero también es lírica. Es una abstracción profundamente simbólica llena de fuerza y expresión –y que no es lo mismo que una expresión abstracta. Y en este proceso México fungió como un engranaje efectivo.

Considero que no es trivial que Manel haya intimado con México a través de su música; Julián Carrillo, Carlos Chávez, Silvestre Revueltas, José Rolón, José Pablo Moncayo (y yo incluiría incluso a Rodolfo Halffter), todos estos compositores se desenvolvieron como su Beatriz en la travesía por ese *Méjico profundo* lleno de color, contradicciones, complacencias, complejos y extremismos. Justo después de su serie *Homenaje a México*, donde en las tonalidades rojizas y las texturas de su *Ofrenda* pudiera condensar nuestra relación cosmogónica con la muerte –y que



Manel Pujol, *Ofrenda. Homenaje a México* (1998).
Técnica mixta/collage/tela. Archivo del artista.



Manel Pujol, *Carlos Chávez A. Intervención #3 para Arpa* (2009).
Archivo del artista.

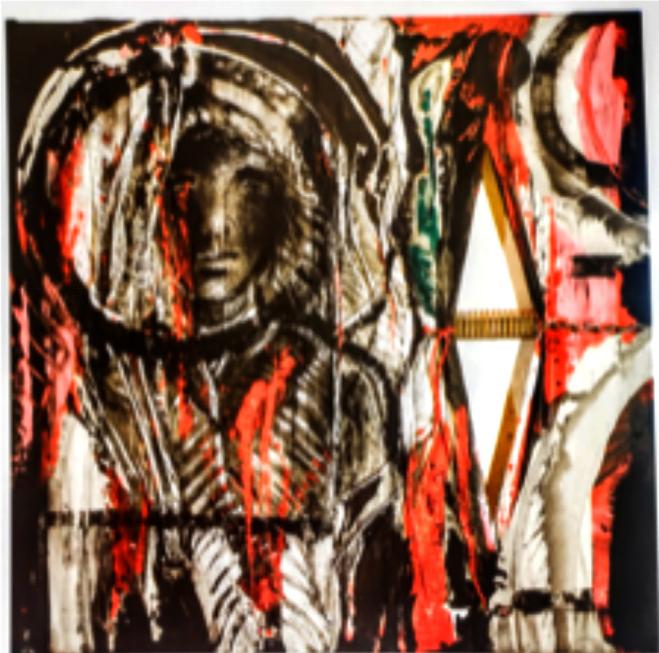
no por nada fuera este cuadro uno de los favoritos de Eduardo Matos Moctezuma—, después de este rito de paso por el mundo subterráneo de México, Manel navega por nuestro país a través de su música.

Se deslinda así y por fin de la figuración, pero sin abandonar el simbolismo; su pintura se aleja del realismo mágico para encontrarse en libertad en el «abismo de la abstracción»⁷. Sí, con esto se cercena del surrealismo de Salvador Dalí; pero se avecina a la poesía pictórica de Joan Miró. (Es decir, deja florecer el germen surrealista; pero desvía su cauce primero). No es casualidad que justo en el *país surrealista por excelencia* Manel haya encontrado la tierra fértil donde pudo cimentar los diques que detuvieran el *maremoto Dalí* para que su pintura pudiera elevarse hasta donde ha llegado (y lo que le falta todavía). Si bien, como hiciera notar Sylvia Navarrete, cuando en 1998 Manel llega a México, tiene

7 Por ocupar la imagen con la que Fernando Gálvez describe y apuntala la obra de Pujol.

que «nadar contracorriente» pues la pintura «perdía terreno frente a lo neoconcepcional y lo antiobjetual»⁸; sin embargo también es cierto que ya había pasado la fiebre anti abstracción con un Siqueiros —casi casi pistola en mano— amenazando a los pintores abstractos, o un Enrique Guzmán intentado destruir —en pleno Palacio de Bellas Artes— el *Negro no. 4* de Beatriz Zamora (que no sólo sorprendentemente resistió el embate del extintor con el que fue golpeado; sino que hasta la fecha ha resistido junto con la propuesta plástica de la pintora del negro mucho más que el grupo experimental de *Peyote y la Compañía*). Manel llega a un México que le abre las puertas, y uno que otro corazón; pero también a un México que, tras el susodicho error de diciembre, ha sucumbido a embates más ferreos que el extintor que Guzmán

8 Sylvia Navarrete, «Jubilosamente M. Pujol Baladas», en M. Pujol Baladas, *Méjico*. UAEH. México, 2024, p. 18.



Manel Pujol, *Silvestre Revueltas. La Coronela* (2010). Archivo del artista.



Manel Pujol, Richard Wagner. *Tetralogía del Anillo del Nibelungo. El oro del Rhin* (2008). Archivo del artista.

alzara contra el *Negro no. 4*. Y si para nosotros, los ciudadanos de a pie, nos ha implicado un desgaste terrible; para los artistas fue una condena. El pintor Juan Berruecos nos comentaba que antes de ese fatídico 1994 en México uno podía vivir como pintor. Exponía y podía vender cuadros. Pero que después del '94 la pintura se había vuelto un desierto). Sin embargo, en esa misma sequía, la pintura de Manel ha sido una excepción. Si bien actualmente el éxito no necesariamente requiere de talento; que la pintura de Manel se sostenga en medio de esta *tierra baldía cultural* que presenciamos en México es muestra de que, más allá de la propuesta robusta, la técnica y el oficio que ostenta, *Pujol, el artista, pinta con verdad*. Y no hay cataclismo moral o económico, cultural o político, que venza a lo verdadero en el arte. Ahí tenemos a Vlady como ejemplo.

Referencias

Daniel Garza Usabiaga. «De la abstracción post-pictórica al *geometrismo mexicano*», en *Museo de Arte Moderno, Kazuya Sakai en México 1965-1977. Pintura-Diseño-Crítica-Música*. INBA. México, 2016, pp. 17-53.

Johann Wolfgang von Goethe. *Fausto. Parte I y II*. [Edición bilingüe] Penguin Random House. México, 2016.

S. Navarrete «Jubilosamente M. Pujol Baladas», en *Manel Pujol Baladas, México*. UAEH. México, 2024, pp. 17-21.

Manel Pujol Baladas. *México*. UAEH. México, 2024.

Vlady, «Recorrido por los murales de la BMLT los días 15 y 29 de mayo de 2004» [Grabación de audio]. Archivo Centro Vlady.



Alfredo Domínguez

El Quijote de Azcapotzalco

Carina Víquez

Caminaba con un cayado y con sus perros detrás; al lado suyo, un mozo, como lo llamaba él, Juan, moreno y regordete. Cuando tuve más edad y tuve noticias de un personaje llamado Quijote, no pude menos que pensar en él cada vez que veía a mi vecino, cada vez que, desde mi casa, escuchaba el palo que, como bastón, usaba para marcar el paso y para separar al perro ajeno que se acercara a gruñir. Cuando lo encontraba en la calle, afable, me guiñaba un ojo y me decía «hola, guapa», y mientras escribo esto, aún lo escucho.

Durante alguna temporada, quizá todavía a finales de la década de los 90, hacía paella para vender. Ya fuera por sus hábitos o por su personalidad, era un hecho que no pasaba desapercibido, caminando o en su bicicleta o en su Tsuru rojo, parecía un hombre sin edad, sin tiempo, siempre con su tupida barba blanca, con sus ojos claros y un profundo acento español: él era don Manolo, el niño de la guerra, decía él. Quizá, por eso, denotaba una fuerza interna que solo hoy comprendo, y en su voz siempre conservó un tono de consigna, listo para defender «algo».

Madrid, 1936

Manuel tenía seis años y sabía que ante el sonido de las sirenas debía refugiarse. Mientras tanto, su padre, comisario de las milicias republicanas, combatía a los fascistas

en las calles de Madrid. «¡No pasarán!», era la consigna. Pero los fascistas sí pasaron y la República cayó en 1939. Manuel, su madre y sus hermanos se exiliaron en Francia.

Todos los vecinos habíamos escuchado una parte de su historia. Cierta día de 2013 le pregunté si podíamos entrevistarlo. Andrea Martínez y yo fuimos a su casa. En la planta baja vivían treinta y dos animales, perros y gatos, a los que alimentaba y daba atención veterinaria. Con tripié y cámara encendida, lo escuchamos.

—Soy un hombre de extrema izquierda que no tiene nada que ocultar —dijo luego de sentarse. En efecto, apenas se hizo adulto, Manuel, o Manolo, como lo conocimos todos, militó con los gobiernos de izquierda.

Manuel Rodríguez Morera

Don Manolo nació el 4 de julio de 1930. Su cumpleaños coincidía con el Día de Independencia de Estados Unidos y sonreía cuando lo hacía notar. A diferencia de los exiliados españoles que participaron en la fundación de instituciones y que fueron catedráticos de la UNAM y del actual Colegio de México, don Manolo perteneció al otro exilio, uno más doméstico pero entrañable. Colaboró en causas altruistas, como en la Liga Defensora de Animales, de la que fue fundador y apoderado. Esta fue, según dijo, la primera asociación

civil en México con el propósito de ofrecer una vida digna a las mascotas.

En México se ganó el afecto de todos. Su impronta la dejó entre los vecinos de la colonia Nueva Santa María, en Azcapotzalco. Hoy, a nueve años de su fallecimiento, personas insospechadas aún hablan de él: en el mercado, en la calle...

Morir peleando

—Soy un exiliado de la guerra de España. Primero estuve en Francia: siete años, siete meses y, aunque no me lo crea, siete días —así se presentó don Manolo.

Una vez que Franco se apoderó de España, en 1939, la sede del gobierno republicano se mudó a la Ciudad de México, a una casona en la colonia Juárez. Mientras tanto, en España, los republicanos tuvieron que huir. Cerca de dos millones se refugiaron en el sur de Francia. En este éxodo estuvo el padre de don Manolo, quien llegó de avanzada respecto a la familia y por eso pudo salir pronto de Europa.

Recordó don Manolo:

—Mi papá, que era Comisario de Guerra en las tropas republicanas, tuvo suerte porque llegó antes al puerto de Havre, en Francia. Nosotros íbamos a encontrarnos con él, pero íbamos en ferrocarril. En el puerto los republicanos fueron recibidos por voluntarios de la

Cruz Roja y les dijeron: «Señores, aquí está el barco de la marina mexicana y está recibiendo a los republicanos españoles. Los puede llevar a México; embárquense porque los alemanes están por llegar». Los republicanos contestaron: «¿Y nuestra familia, señor? Ellos vienen en el ferrocarril». El capitán del barco respondió: «Miren, señores, la situación es muy difícil. Si se embarcan tienen una posibilidad. Si no se embarcan, llegan los alemanes y los matan; o los llevan con Franco, que es igual que si los mataran».

Nosotros ya no pudimos avanzar más, porque los alemanes cortaron las vías para impedirnos llegar. Mientras tanto, los republicanos que estaban en el puerto votaron si se embarcaban o no: la mayoría votó a favor. Como a los diez minutos llegó una lancha alemana y con altoparlante los amenazaron: «¡o se regresan al puerto o los hundimos!». El capitán les contestó: «este es un barco mexicano y sólo recibe órdenes del gobierno de México, tripulación, ¡adelante!». Los alemanes tiraron cañonazos, pero eran cañones de campaña y cayeron al agua.

Mientras su padre se dirigía a México, don Manolo, su madre y sus hermanos quedaron en Francia. En París estuvieron a salvo por un breve periodo. Mientras esperaban una remota oportunidad para viajar a México, los nazis tomaron la capital francesa el 14 de junio de 1940.

—En Francia, aquello era espantoso, no podías salir a la calle, tenías que ver si no había alemanes. Si la Resistencia mataba a un soldado alemán, el sargento nazi decía: «en escarmiento, ¡fusilen a los primeros treinta!». Fusilaban a niños, mujeres, ancianitos... los que estuvieran cerca. Claro, seis meses

así, viviendo como las ratas, dije: «el hombre no nació para vivir así. Si me matan, que me maten; pero peleando, no como a una rata». Por eso me di a la tarea de buscar a la Resistencia. Yo tenía doce años.

Escribir la palabra «fusilados» es tan sencillo como leerla, pero cada que don Manolo la pronunciaba, le era difícil deshacer la congoja que le oprimía el pecho. Usaba la manga de su sudadera para secar las lágrimas; luego, hacía una breve pausa para recuperarse.

Don Manolo narró que unirse a la guerrilla fue difícil, pero una noche, un camión de la Resistencia, que buscaba alimento, pasó delante de donde se refugiaba con su familia.

—¡Momento! —contó don Manolo— ¿Ustedes son los que pelean contra los alemanes?

—Sí, claro, nosotros somos.

—Yo sé dónde hay comida. ¡Denme una metralleta y los llevo!

Ellos se rieron.

—No mira, nosotros somos veintitantes y sólo tenemos dos metralletas, unas pistolitas y un par de fusiles viejos; pero si túquieres, nos puedes ser muy útil. Tú, como niño, puedes ir a las esquinas y ver si hay alemanes o dónde hay comida.

Y eso fue lo que hice. Nunca me dieron una metralleta porque era un niño.

Don Manolo explicó que había dos organizaciones guerrilleras: los Partisanos y Francotiradores y las Fuerzas Francesas del Interior (F.F.I).

—Yo estaba con los Francotiradores, pero estábamos en la lucha parejos. Un francotirador daba la vida por uno de la F.F.I y uno de la F.F.I daba su vida por alguien de nosotros —dijo.

Don Manolo estuvo con los Partisanos y Francotiradores hasta que terminó la Segunda Guerra Mundial, en 1945. Contó que cuando estaba en campaña les decía a sus camaradas de tropa que cuando terminara la guerra partaría a la Ciudad de México para reencontrarse con su padre. Una posibilidad lejana en esos momentos de guerra, crisis económica y racionamiento de víveres; por esta razón, ellos se reían de lo que parecía una fantasía. Sobre todo, porque las fuerzas alemanas estaban desplegadas en todo París. Pero lo consiguió. Era 1946, la Cruz Roja les comunicó a los exiliados en Francia la invitación del general Cárdenas de asilarse en México.

Don Manolo llegó a México a los diecisésis años de edad. Su primera impresión al aterrizar en el Aeropuerto de la Ciudad de México y ver la colonia Moctezuma, con casas de adobe y techos de cartón, fue pensar que aquí también hubo bombardeos. Supuso que esas casas eran ruinas. Pero al ver a su familia reunida otra vez y saberse a salvo, supo que «México era el paraíso». Ya instalado, hizo amigos con los que iba a una taquería cercana a la chocolatería El Moro, en Eje Central: «Era feliz», aunque sus acompañantes se reían porque no estaba acostumbrado a comer picante.

Última batalla

Don Manolo nunca se casó ni tuvo hijos. Los últimos años de su vida los dedicó a sus treinta y dos mascotas, auxiliado por una pareja de veterinarios.

—El mundo está lleno de mentiras. Por eso me defino progresista —decía con voz regia.

Era de todos conocido que don Manolo no se negaba cuando alguien le llevaba un perro. Un vecino le dio a cuidar uno que ya no quería. Una mañana, don Manolo, que meses atrás había sufrido una fractura en el brazo, bajó con lentitud las escaleras de su casa para pasear al nuevo perro. Con correa en mano

cayó al suelo: ochenta y siete años de edad y una fractura de cadera.

Después de dos meses, aquel Manolo que sobrevivió a los bombardeos de Madrid y a la ocupación nazi; aquel que prefería morir peleando y que recordaba a los generales Lázaro Cárdenas y Charles de Gaulle; aquel que, como

él mismo decía, sobrevivió a dos guerras, una civil y otra mundial, y a dos exilios, uno en Francia y otro en México, murió en su cama.

Oda al no olvido, al perdón y amor a la libertad, ese era Manuel Rodríguez Morera, don Manolo, un Quijote que murió en Azcapotzalco en pleno siglo XXI. 



Jesús Hernández



Herika Martínez Prado

Distopía

Alejandro Montes

«Las cosas van mal y esa es la mejor señal para que vayan peor», es la afirmación con la que empieza el libro de un autor desconocido que leí por casualidad cuando, al entrar a casa de un amigo y beber durante toda la noche, decidí robarle algo, cualquier cosa, tampoco que fuese muy valioso: quizás el reloj chino de la mesa o, mejor aún, algunos discos de Led Zeppelin, pero sólo pude con ese libro que estaba sobre el refrigerador de la cocina. Lo vi por casualidad cuando fui por las últimas latas de cerveza que quedaban escondidas detrás de la lechuga y un ramo de epazote. No sé por qué lo hice. No soy un cleptómano ni un malasaña que apuñale por la espalda a quien se deje —y menos a quien tan amablemente me invita a tomar bajo el techo de su casa—; a lo mejor estaba demasiado ebrio para coordinar mis pensamientos y mis acciones. Sin calcularlo, me lo eché en mi pantalón.

Cuando salí de la casa de mi amigo, además de sentir el vampirazo en los ojos por culpa de la luz del sol y ver cómo los niños, ya bien arreglados y bañados, con sus uniformes impeccabilmente planchados, iban de la mano con sus mamás rumbo a la primaria —así como si ir a la escuela fuese garantía de éxito— y los

oficinistas o secretarias (ellos con el cuero cabelludo embarrado de goma que hacía como si trajeran un casco de cobre sobre la cabeza y ellas bañadas en perfume de rosas para dar impresión de frescura) caminaban presurosos, como si fuesen los dueños de las empresas donde chambeaban de lunes a viernes o, ya de perdida, trajeran en la mente grandes proyectos financieros que aplicarían en negocios enormes para fortalecer el desarrollo económico de este país, saqué el objeto de mi delito; lo hojeé aún atraído por el inicio, pero no pude leer más, pues me quedé varado en ese renglón, en ese preciso punto del libro que decía que las cosas están de la chingada y así será siempre, por más que le hagamos como le hagamos, estaremos igual de jodidos por los siglos de los siglos.

Dudé de la tesis de aquel autor por el principio de incertidumbre que me ha acompañado desde que descubrí que mi mejor amigo se estaba metiendo con el amor de mi vida (o al menos eso creía de ella); mientras yo trabajaba por las mañanas en una tienda de artículos electrónicos, ellos se quedaban de ver en un hotel de paso y, así como si yo les preocupara tanto, me iban a buscar a la salida de mi trabajo. «¿Cómo te fue?», «Te

extrañé tanto!», me decía ella con ojos de ternura. «¿Qué tal una bien fría para refrescar la garganta?», me decía él con una palmada en la espalda; luego a la cantina de la esquina (claro, como yo era el único empleado del momento, pues tenía que pagar los tragos y la botana).

«¡Cría cuervos y tendrás muchos!», fue lo que les grité cuando me lo dijeron después de tomar media botella de tequila; pero ni me escucharon, ya habían hecho su plan y hasta me invitaron a la boda, pues me estaban muy agradecidos, ya que por mí se habían encontrado en este mundo tan grande; por supuesto fui a la ceremonia nupcial, obvio para estropearla, pero al empezar a lanzar las copas de cristal en el momento del vals, los meseros me sacaron a empujones del salón de fiestas.

Después de un año me enteré de que su matrimonio había sido un fracaso: casi se habían matado y descuartizado; es más, prefirieron cortar por la mitad los muebles para que los dos quedaran con partes iguales de lo que algún día fue su nido de amor. ¿Quién le hizo el favor a quién?, me pregunto ahora con una sonrisa en los labios.

Luego seguí rumbo a mi casa, con la única idea de llegar a dormir, comer y dormir y luego,

quizás, volver a hojear el libro que traía entre mis manos. Me subí a un RTP que antes eran los camiones de la extinta Ruta 100. Como pude, pasé entre los cuerpos amontonados de tipos y tipas que, anónimos todos, se apretujaban unos contra otros por el espacio del pasillo. Sentí ahogarme al pasar por en medio de esa multitud, eso sin contar los codazos o patadas que a discreción me tiraban quienes ya se habían acomodado dentro del camión y, al descubrirse amenazados de que un extraño les quitara su lugar que ya se habían apropiado como si fuese una extensión de su ser, no dudarían un segundo en defenderlo con todo...

En fin, como pude me hice de un rincón hasta atrás, al lado de la puerta de salida; desde ahí miraba pasar el tráfico de la ciudad. Con ese calor pensé en un jueves soleado de primavera y en la posibilidad de estar tomando el sol en el jardín de la casa de algún amigo bien acomodado, en compañía de camaradas que, juntos todos, departíamos jugosos vodkas mientras charlábamos de la irremediable virtud de quien no se interesa por nada ni por nadie. Pero al momento me desperté de mi sueño cuando vi el rostro de fastidio de los demás pasajeros que, como yo, también estaban en medio de la nada, aguantando el calor oxidante de ese camión que indiferente nos llevaba parejos, todos agarrados del tubo que cruzaba por encima de nuestras cabezas. Pensé en la posibilidad de que alguno de mis vecinos de travesía no tuviese un lugar adónde ir, que solo estuviera dando vueltas por diversión, porque no tenía nada mejor que hacer y por eso decidió subirse en el primer camión que se topó en su camino; me

fijé bien en los demás y nada, ¿quién iba a dejar sus cosas para no hacer nada? No creo que el señor de al lado dejara de ir a trabajar de albañil para tomarse el día porque el sol le inspiraba sueño y tranquilidad, o que aquella señora regordeta dejara de ir al mercado porque ahora no se le dio la gana de cocinar o que aquel tipo con facha de vendedor no tocara cientos de puertas en busca del cliente ideal, en fin, creo que sólo yo iba en aquel camión sin una cosa fija que hacer durante el día, salvo dormir y comer.

Mi lado judeocristiano de inmediato me inculpó de haragán, de execrable holgazán que desperdicia la vida en el peor de los pecados: el de no hacer nada, mientras otros hombres, responsables y celosos de sus obligaciones, se partían la espalda como bueyes para que nada faltara en su hogar; entre tanto, yo venía de una noche de farra, sin un peso en los bolsillos, con ganas de orinar y un libro robado a cuestas. Pero más bien sentí padecer la angustia de los otros que, con ganas de gritar que ellos también querían desperdiciar el tiempo, aunque fuese solo un día por año, dejar de ser los mismos de siempre y malgastarse, tirarse en medio del parque y dormir por todo el día, comer y cagar para luego fumar un cigarro y leer el periódico y adormilarse con las noticias de la prensa sin la presión de que el jefe esté revisando, puntilloso, si llegamos temprano o tarde a la oficina, o fornicar sin parar para luego dormir y despertar y volverlo a hacer, en fin, pero creo que nadie dejaría de hacer sus cosas o pararía la ruta del camión para desviarse del camino.

Un chimeco me sacó de mis cavilaciones, pues se dejó venir de recto contra la trompa

del camión. La consecuencia del choque: dos camiones destortalados en la lateral del Periférico a la altura de Echegaray a las nueve de la mañana. Causa: ambos chóferes se cerraron el camino por pelear un metro de calle antes de que el otro lo hiciera y bloqueara el único espacio más o menos libre que quedaba por ganarle a la distancia varada de todos los días. Consecuencia: un par de lesionados (nada de gravedad), bajarnos del armatoste para buscar otro camión y varias horas de tráfico para los automovilistas que venían atrás.

Al ver la enorme cola de coches varados y el tremendo escándalo de cláxones que desesperados sonaban sin parar, razoné sobre el futuro de este país, sobre las posibilidades reales de desarrollo y los empleos ofrecidos semestre tras semestre para insertar al ejército de desempleados que demandan un lugar laboral, pensé en las promesas de la clase política y sus desfalcos sistémicos a la nación, en los muertos que día tras día aparecen por ejecuciones del narco o simples riñas callejeras, en la miseria de los campesinos que vienen a la ciudad a pedir apoyo y les avientan a los granaderos como si fueran grupos de vándalos, en las escuelas que en vez de educar a los niños los hacen autómatas idiotas, en la contaminación y el sol picajoso que genera cáncer en la piel, en la desigualdad donde pocos tienen un chingo y muchos no tienen ni madres, en fin, sentí una extraña sensación de gusto, de placer por el sinsentido de este estúpido mundo, pero luego, sin saber, me sentí angustiado y, sin pensarlo, aventé en medio del periférico el libro que me había robado la noche anterior y preferí caminar rumbo a mi casa. □



Jamine Ávalos



Octavio Hoyos

Alejandra García

ENSAYO



Enrique Semo Calev. *Los combates por la historia y el socialismo*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, 2024.

El legado marxista de la izquierda mexicana se colocó en la mesa de análisis gracias a la obra de nuestro autor. Conocedor profundo de sus debates y discrepancias, de sus interpretaciones y su puesta en práctica en los gobiernos. Analiza las diferentes perspectivas del marxismo, su interior y exterior. Este libro conforma el primer volumen de una serie que contiene su obra.

NOVELA



Aldo Flores Escobar. *Orgía con las sirenas*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México, 2025.

Esta obra se configura como una novela de aventuras, en la cual distintos relatos se entrelazan; participan personajes de la mitología y la historia griega que fueron decisivos en la Guerra del Peloponeso. Legjas, elemento crucial, es un absoluto incrédulo, que, irónicamente ha de enfrentarse con manifestaciones sobrenaturales y seres fantásticos en su contienda; derrotas, traiciones, amores y muchas otras circunstancias.

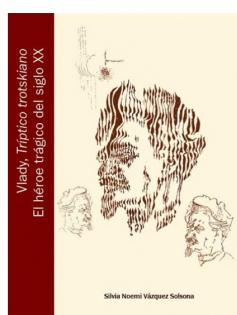
NOVELA



Maya López. *El reino del silencio*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México, 2025.

El silencio ha mantenido a Centroamérica en la oscuridad durante décadas. A través de sus llanuras y montañas han caminado incansablemente mujeres y hombres que huyeron de ese reino para imponer el destino de la palabra, de la denuncia, de la manifestación de las aspiraciones e ideales de libertad. Esta es la primera novela de Maya López, quien ha publicado extraordinaria poesía en otras ediciones de nuestra universidad.

ENSAYO



Silvia Noemí Vázquez Solsona. *Vlady, Tríptico trotskiano. El héroe trágico del siglo XX*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México, 2025.

Magiografía bolchevique (1967), *Viena 19* (1973) y *El instante* (1981) son las obras que conforman el *Tríptico trotskiano*. En éste, el héroe mitológico se opone al poder, vive y muere en pro de esa resistencia. Silvia Vázquez Solosona hace hincapié en la visión secular del cambio revolucionario sobre el que reflexiona Vlady. El contraste entre el tono de sus discursos y la casi canonización de sus víctimas.

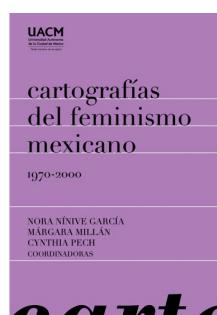
ENSAYO



Carolina Sanabria, Aliber Escobar Susano, Bértold Salas Murillo (coordinadores). *Interpretaciones en serie. Narrativas de la TV contemporánea*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México, 2025.

Analistas de distintos puntos del orbe, diseccionan asuntos cruciales en el desarrollo de la cultura televisiva de nuestro tiempo; los géneros y propuestas de entretenimiento que desarrollan. Las preferencias de la industria y sus audiencias determinan la línea que dicta irremediablemente las visiones que han de tenerse del mundo, las políticas que han de favorecerse, los estilos de vida que han de desearse.

ENSAYO



Nora Nínive García, Margarita Millán, Cynthia Pech (coordinadoras). *Cartografías del feminismo mexicano 1970-2000*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México, 2018.

Hoy que el feminismo vuelve a cobrar fuerza y que el ciclo histórico es nuevamente contado por muchas voces femeninas, sigue siendo una curiosidad casi antropológica encontrar un libro de esta naturaleza. La UACM, gracias a sus filas feministas, ha logrado la publicación y reedición de esta y otras obras que son fundamentales para la comprensión del pensamiento feminista en los rincones escondidos del mapa mundial.

Nuestros colaboradores

MIGRACIÓN

Irma Pineda. Escritora Binnizá, es autora de una docena de poemarios bilingües (Didxazá y español). Escribe la columna «La Flor de la Palabra» en *La Jornada Semanal*. Ha sido presidenta de Escritores en Lenguas Indígenas A.C. e integrante del Foro Permanente sobre Cuestiones Indígenas de la ONU. Su obra ha sido traducida al serbio, ruso, italiano, portugués, inglés y alemán.

José Javier Villarreal. Poeta, ensayista y traductor. Ha obtenido diversos premios por su obra poética, entre ellos el Premio Nacional de Literatura Simón Salazar Mora, Premio Nacional de Poesía Aguascalientes y el Premio del Certamen Nacional de Poesía Alfonso Reyes. Autor de los libros *Estatua sumergida, Historia de la coronación, voces y canciones, Poemas bajacalifornianos y Mar del norte*, entre otros.

José Luna. Narrador, cronista y fotoperiodista. Obtuvo la beca PRENDE de la Universidad Ibero Americana. Ha publicado en revistas de España, Austria y Estados Unidos. Colaborador en medios como *La Jornada, Proceso, Perro Crónico, Tierra Adentro y Pie de página*, entre otros. Miembro del comité editorial de la revista *Cultura Urbana* de la UACM.

Laura Castellanos. Periodista. Algunos de sus libros son *Méjico armado 1943-1981, Crónica de un país embozado 1994-2018* y *La marcha del #terremotofeminista, historia ilustrada del patriarcado en México*, ilustrado por Brenda Castro. Obtuvo el Premio María Moors Cabot y el Premio Latinoamericano de Periodismo de Investigación, entre otros.

Imanol Caneyada. Narrador y periodista. Entre su numerosa obra destacan los libros *Litio, Espectáculo para avestruces, Nómadas, La paredes desnudas* y *Fantasmas del oriente*. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández, el Premio Literatura José Fuentes Mares, y el Premio Bellas Artes de Novela José Rubén Romero, entre otros.

Fanny Morán. Escritora, productora y conductora de televisión, reportera cultural y docente. Su primera novela publicada es *Maktab*. Es egresada de la carrera de Creación Literaria de la UACM. Actualmente cursa la carrera en Arte y Patrimonio en la misma universidad. Es parte del Comité Editorial de la revista *Cultura Urbana*.

Óscar de la Borbolla. Filósofo, escritor y editor. Entre su numerosa obra destacan los libros *Todos los días atrás, Dejaré esta calle, Necrologías y Habitaciones calladas*. Es titular de la Dirección Editorial de la UANL. Obtuvo el Premio Internacional de Cuento Plural, entre otros.

Drusila Torres. Narradora, poeta y docente. Publicó el poemario *Donde brota el loto*, el ensayo «La educación en línea que tenemos y la que nos merecemos»; su tercer obra, la novela *La bondad* fue seleccionada como la mejor propuesta para publicación del Programa de Tutoría en Novela de la UNAM.

Jesús Vázquez. Licenciado en Comunicación y Cultura por la UACM. Junto a Casadra Archundia y Cinthia Serralde realizó el documental animado *Caminos Sonoros: música que cruza fronteras*, donde desarrolló un trabajo de investigación enfocado en la migración, la memoria y la música.

Salvador Gallardo Cabrera. Poeta, filósofo, ensayista, traductor y editor. Ha publicado los libros *Contorno del aire*, *Contorno de fuego*, *Curso délfico*, *Estado de sobrevuelo*, *Sublunar*, *La mudanza de los poderes* y *Las máximas políticas del mar*, entre otros.

Irad León. Escritor y periodista. Ha escrito en diversos medios impresos y digitales como *Tierra Adentro*, *Marvin*, *Ibero909*, *Cuadrivio*, *El Fanzine*, *Los bastardos de la uva*, *Distrito Global*, entre otros. Estudió la Licenciatura en Creación Literaria en la UACM.

Carmen Ros. Escritora y docente. Publicó la novela (*Y entonces me enamoré de ti*). Cuentos y ensayos suyos han sido publicados en medios como *El nuevo Herald de Miami*. Escribió guiones para *Discovery Channel*, *People & Arts*, entre otros. Profesora de tiempo completo en la UACM.

Tonatiuh Gallardo Núñez. Psicoanalista, filósofo de la ciencia e historiador del arte. Investigador y curador en el Centro Vlady de la UACM.

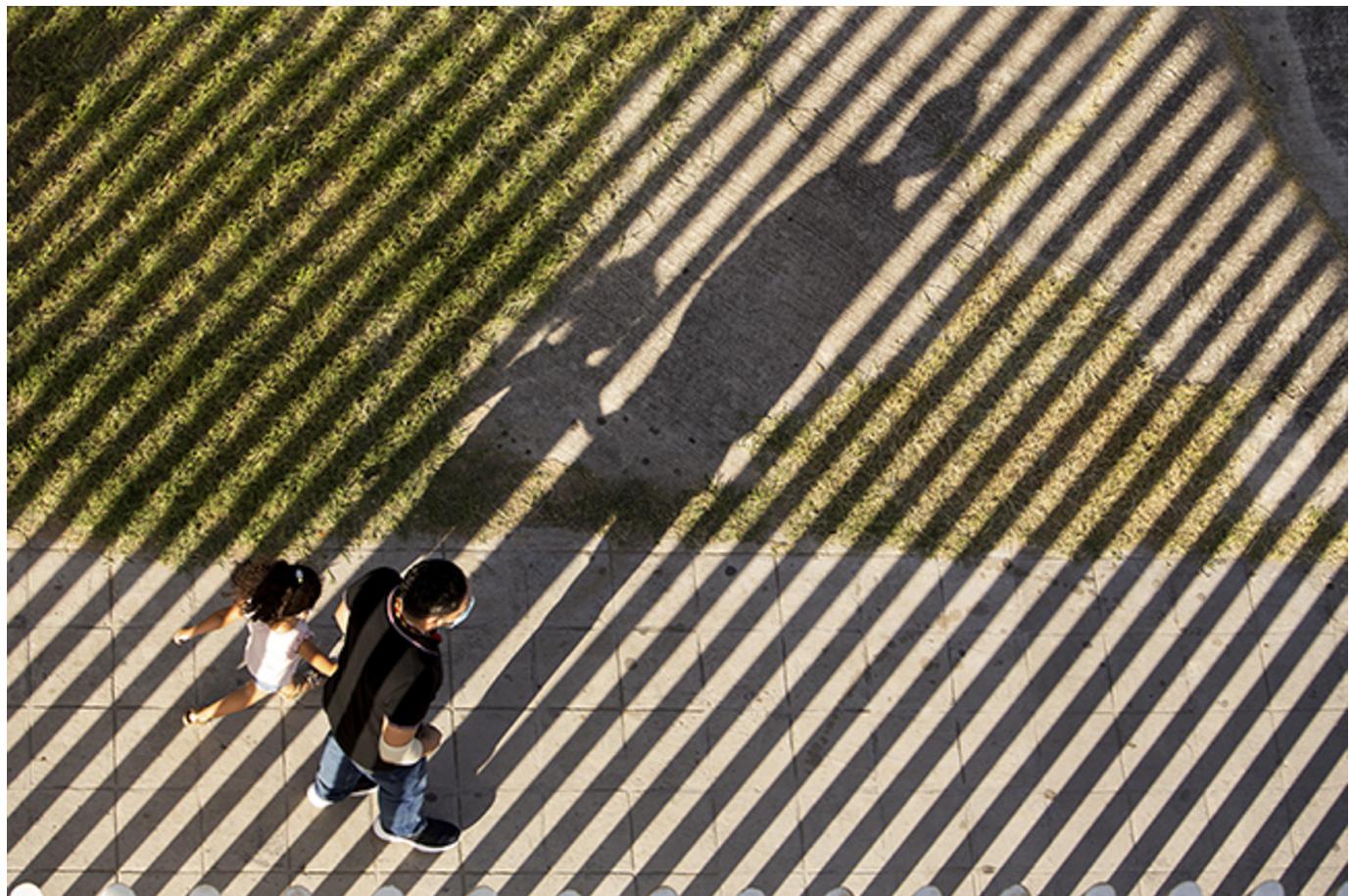
Junto a Pablo Hoyos y Martín Plascencia, coordinó el libro *Mil y un cuerpos. Activaciones y activismos desde las artes*. Ha escrito artículos para un sinnúmero de publicaciones académicas.

Carina Víquez. Escritora y editora. Colaboró en la revista *KM Cero*, el INBAL, el Gobierno de la Ciudad de México, la Fundación Sjögren y la Asociación Oficial de Cronistas de la Ciudad de México. Es parte del Comité Editorial de la revista *Cultura Urbana* de la UACM.

Alejandro Montes. Escritor y docente. Autor del libro *Narrar, un ensayo reflexivo sobre el acto de escribir*. Ensayos suyos han sido publicados en *La Jornada Semanal*, la revista *Generación* y la revista *Palabrijes*, entre otras. Es parte del Comité Editorial de la revista *Cultura Urbana* de la UACM.

Tadeo González. Estudia la licenciatura en creación literaria en la UACM. Descubrió su pasión por las letras en la obra de la escritora michoacana Concha Urquiza. En el 2024 recitó su obra junto a otros jóvenes de la UACM, en la 45° edición FIL del Palacio de Minería. Es corrector de originales en la revista *Ecos Literarios*.

Alejandra García. Lectora voraz y columnista de *Cultura Urbana* desde su fundación.



Edgar Silva-Fuentes Sánchez

CULTURA URBANA

Invita a los miembros
de la comunidad de la
Universidad Autónoma de la
Ciudad de México
y a los lectores en general
a enviar a la redacción
colaboraciones y comentarios.

Centro Cultural Casa Talavera. Talavera 20, col. Centro, alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06090, Ciudad de México, CDMX.
Correos: cultura.urbana@uacm.edu.mx
[y rowena.bali@uacm.edu.mx](mailto:rowena.bali@uacm.edu.mx)



Quetzali Blanco